La Falange ante la Universidad

DISCURSOS Y CONFERENCIAS DEL

V CONSEJO NACIONAL DEL S. E. U.

1942

MADRID

LA FALANGE ANTE LA UNIVERSIDAD

DISCURSOS Y CONFERENCIAS DEL
V CONSEJO NACIONAL DEL S. E. U.

1 9 4 2
MADRID

Día 9 de Diciembre

Apertura

DISCURSO DEL ALCALDE DE ALCALA DE HENARES,

CAMARADA CAYO DEL CAMPO

Grave compromiso sería para mí el solo hecho de dirigiros un cordialísimo saludo y una entusiasta bienvenida en nombre del Ayuntamiento y pueblo de Alcalá, en este sagrado para todos recinto, en el que no hay rincón donde no resuenen de modo augusto las palabras de la más selecta y elevada sabiduría española, si no contara con la seguridad de vuestra hidalga benevolencia y no hallara mi ánimo fortalecido por la presencia de una juventud vigorosa y optimista, iniciada y escogida por nuestro gran Ausente, bajo el lema de «servicio y sacrificio», para la excelsa tarea de rehacer la tradición cultural y civilizadora española, y puesta en marcha por nuestro glorioso Caudillo, que con la punta de su espada supo trazar los caminos de la España Una, Grande y Libre.

Quiero también felicitar fervorosamente a los organizadores de este V Consejo del S. E. U., organización que en el pleno muladar de la República roja se atrevía a

plantar la aromática flor de su primer Consejo, celebrado bajo la presidencia de **José Antonio,** el 11 de abril de 1935, y en el que designó al camarada Alejandro Salazar, asesinado en Madrid, jefe nacional de tan admirable organización. Y quiero felicitar, sobre todo, a los organizadores del presente Consejo, porque esta organización, que en tan pocos años ha sabido empaparse del espíritu puro de la sabiduría española, de la cultura de la hispanidad, ha tenido ahora el acierto, yo diría mejor la elegancia, de escoger a Alcalá, y en Alcalá, el glorioso albergue de su Universidad, para centro y cobijo de sus deliberaciones y labores.

Yo os digo que habéis tenido acierto en venir a esta ciudad que fué, es y debe seguir siendo ciudad universitaria; habéis tenido acierto, repito, porque esta ciudad tuvo por padre nada menos que al Cardenal Cisneros y tuvo por hijo nada menos que a Miguel de Cervantes Saavedra. Suerte grande la de esta ciudad, que tuvo tal padre y que tuvo tal hijo; suerte grande la de esta ciudad, que vió sus calles, descritas por las plumas próceres de Quevedo y de Mateo Alemán, rebullir y alborozarse con la alegría de los estudiantes de toda España que a ella afluían a oír las enseñanzas de aquellos maestros que lograron colocar nuestra Universidad a la altura de las mejores españolas, llegando a rivalizar con la de Salamanca dentro de nuestra España y a emular fuera de ella a Universidades de tan justificado empaque como las de París, Bolonia y Oxford; suerte grande la de esta ciudad, en la misma predilección de la horda roja, que con sus bárbaras devastaciones y destrucciones la mutilaran y señalaron como mártir; y suerte grande la de esta ciudad, que ve llegar a sus puertas venerables a las más intrépidas y laboriosas juventudes con los estandartes del amanecer español.

Este es el acierto que habéis tenido vosotros y esta es la suerte que ha tenido Alcalá.

Pero he dicho también que habéis tenido la elegancia en la elección de lugar, porque sólo el que esté henchido de ella puede respirar con placer inefable en este recinto el arte exquisito de la perenne civilización española. Aquí su artesonado mudéjar; aquí sus balaustradas y tribuna de la sabiduría señorial; aquí esas lápidas, tan repletas de nombres sabios que una sola bastaría para dar tono y atuendo de cultura a la nación más ambiciosa de ostentarla.

Empero, este acierto y esta elegancia mostrados en vuestra elección, que yo tanto me complazco en subrayar emocionadamente y que tan obligados y agradecidos nos deja para con vosotros a este Ayuntamiento, a esta ciudad y a su afortunado alcalde, tiene una contrapartida. Este acierto y elegancia vuestros, queridos camaradas, llevan como contrapartida una tarea que yo sé que es ardua, pero sé también que con vuestro entusiasmo no puede ser sino gloriosa. A vosotros os toca la gloria de enlazar el hilo, roto muchos años ha, de la tradición cultural española, y para ello no dejéis de mirar los nombres de esas lápidas, que si ornan y honran este Paraninfo, también reciben honra de él. Ahí hallaréis los primates de la filosofía, de la teología, de las humanidades, de la medicina, de las bellas letras... Ved ahí el nombre del primer gramático del Renacimiento, Nebrija; el del alcalaíno Solís, historiador de la Conquista de Méjico; el del gran médico Dr. D. Francisco Vallés, el Divino, cuyas obras figuran junto a las de Hipócrates en todas las bibliotecas de Alemania; el del gran bibliógrafo Arias Montano, que por orden de Felipe II organizó la Biblioteca de El Escorial, y todos, absolutamente todos, más los muchos que aun faltan, os podrán ofrecer los mejores materiales con sus obras para anudar el hilo de nuestra historia cultural, que con tantas energías intentó restablecer el maravilloso genio de Menéndez Pelayo en los desgraciados tiempos de la zarabanda democrática.

Suerte imponderable es también para vosotros la que os llega con los primeros trazos del nuevo orden europeo, ya que esta cultura de la hispanidad renaciente puede y debe ser uno de los mayores y mejores caudales que en un futuro próximo se viertan en la gran civilización europea. Por ella están luchando en la bárbara y helada Rusia bolchevique los hijos de España, vuestros hermanos en juventud y en servicio y sacrificio; y yo sé que vosotros, aquí, con vuestro trabajo y perseverancia, sabréis completar la obra que ellos escriben allí con su sangre. Bien os lo puedo recordar en esta ciudad, que al ser visitada por la Condesa de Pardo Bazán, dejó estampados en el álbum de nuestro Ayuntamiento estos trazos de su pluma: «Estando en esta ciudad no se comprende una separación entre las armas y las letras». Y si las armas son las que abren las puertas que se nos cierran, las letras son las que iluminan los caminos, que, como dijo Santa Teresa, «son gran cosa letras para dar en todo luz».

Con esto y con pediros perdón por el abuso que he hecho de vuestra benévola e hidalga atención, termino repitiéndoos nuestra gratitud por la distinción de que habéis hecho objeto a nuestra ciudad, la cual por mi boca os ofrece todo, todo el cariño suyo y todo lo que en ella pueda ser objeto de vuestras necesidades y aun de vuestros menores deseos. Habéis llamado y se os han abierto las puertas de par en par; pedid y recibiréis. Mas si en algún momento o circunstancia observáreis negligencia o pereza en acudiros en lo que merecéis, yo os pido que no culpéis a la ciudad, sino a mi torpeza. Tendría yo una pena sólo comparable a la inextinguible por el asesinato de mi hijo por las hordas rojas si en vuestra presencia y en mi alcaldía pudiera caer la más leve mancha sobre el inmaculado nombre de Alcalá.

Día 9 de Diciembre

DISCURSO DEL JEFE NACIONAL ACCIDENTAL DEL S. E. U.,

CAMARADA CARLOS M.ª R. DE VALCARCEL

Camarada Vicesecretario general del Movimiento, excelentísimos señores, dignísimas autoridades, camaradas:

Por quinta vez desde que el genio creador de la Falange fundara nuestro Sindicato, nos reunimos en Consejo Nacional para, en prometedora y exacta disciplina, estudiar los problemas fundamentales que a la juventud universitaria se plantean en estos momentos.

Como recordatorio y estímulo de quienes hoy nos congregamos aquí, quiero hacer un brevísimo resumen de lo que para la Falange y para el S. E. U. han supuesto nuestros pasados Consejos.

En abril de 1935, cercano aún el rumor de los disparos que nuestra dura dialéctica encendía en los cuatro costados de España, el Jefe Nacional de la Falange convoca el primero de los Consejos de estudiantes, bajo la directa jefatura de Alejandro Salazar, hoy con los mejores, en la eterna guardia de los luceros. José Antonio, en un discurso maravilloso, plasma de un modo definitivo los

tres órdenes de deberes acerca de los que deben meditar los universitarios: para con España, para con la Falange y para con la Universidad. Sus palabras, de constante actualidad, constituirán siempre el nervio más sensible de nuestro pensamiento político. GRACIA Y LEVADURA DE LA FALANGE llamó a nuestro Sindicato juvenil; y agregó:

«Por eso en él han querido introducir sus más activos venenos de desunión todos los enemigos, declarados o encubiertos, de lo que represnta la Falange.» Frase, camaradas, que ha de servirnos de perenne acicate para montar bien la guardia en torno de nuestras consignas.

La labor de aquel memorable Consejo fué extraordinariamente fructífera, y se aprobaron interesantísimas ponencias sobre la vida profesional, técnica y política en el clima escolar, tan turbulento y mezquino en aquella época desdichada: se propugnó por la sindicación única y obligatoria de los estudiantes, así como por la implantación urgente de campamentos y albergues, y de la Universidad Nacional Obrera, punto sobre el que el Sindicato tiene puestas sus más caras esperanzas.

Todos los mandos de la Falange, sus poetas y sus capitanes, José Antonio, Julio, Raimundo, Sánchez Mazas, Montes..., dan al S. E. U. el aliento de sus escritos y de sus ejemplos: la sangre de nuestros mejores se vierte en campos y ciudades; Francisco de Paula Sampol cae leyendo al divino Platón en las páginas ardientes de «F. E.»; Matías Montero muere, acribillado, en una encrucijada madrileña, donde aún falta la lápida que conmemore su sacrificio; en Sevilla, Jerónimo Pérez de la Rosa, universitario humilde, y Eduardo Rivas, modesto obrero electricista, caen juntos, tiñendo simbólicamente de rojo las piedras de una calle silenciosa.

En diciembre del mismo año se celebra el segundo Consejo Nacional, y Julio Ruiz de Alda, presidente de la Junta Política de la Falange, nos dice:

«No hacer caso a los que os aconsejen que seáis cautos y pacíficos; esto sería adelantar vuestra vejez; la juventud debe ser audaz y resuelta, y sólo así podemos aspirar a que la Patria no sea algo estático, sin aire de avance.»

Y José Antonio, nuestro Capitán entrañable, nos habla así, con aquella ternura que para con nosotros tenía:

«Si alguna vez me acomete la duda de si los veteranos de la Falange llegarán a dirigir a España, en cambio no dudo nunca que la regirán los muchachos que han descubierto en la Falange su verdadera actitud ante la Patria. Y entonces nosotros, los que ya podremos considerarnos viejos, a la hora del relevo, ya que no a la del descanso, podremos decirnos con tranquilo orgullo: «Si no vencí reyes moros, engendré quien los venciera».

En aquel Consejo, el S. E. U. declara, frente al derrotismo gubernamental, que hace de la guerra empresa revolucionaria; exige una total reforma universitaria, la revisión del profesorado y la obligatoriedad del deporte en la Universidad, dirigido por el Estado; propugna por el acceso a la Universidad de todos los españoles capacitados, y propone un servicio obligatorio de trabajo para los estudiantes.

La derrota de aquella F. U. E. comunistoide y pedante es definitiva. Paralelamente al S. E. U., las Agrupaciones Escolares Tradicionalistas y los Estudiantes Católicos alzan la bandera de sus sólidas convicciones y limpian la cátedra de aquel miasma deletéreo que la bajuna política de aquellos días exhalaba; contra los separatismos y los antimilitarismos, es decir, contra lo que atacaba la esencia de España, constituímos un único frente, juvenil y ardoroso.

Y cuando el Caudillo declara la guerra a los enemigos de la Patria, la Falange, enteriza y dura, vuelca su ímpetu soberbio por campos y ciudades. Y en la exigente primera línea, los universitarios. Bien puede decirse que

el S. E. U. ha sido la clave del secreto de aquellos jefes de centuria de los primeros días y de estos oficiales provisionales, efectivos ya, que asombraron al mundo con su diaria hazaña. El S. E. U., a las órdenes de la Falange, preparó, templó y dirigió a una minoría que había de arrastrar a toda la juventud española a la más grande epopeya de la historia de nuestra Patria. Las páginas escritas en los campos de combate no nos pertenecen, porque están vivas, para eterna memoria, en las mismas entrañas de la madre España. Este ha sido el mejor servicio prestado, y en el que se resumen casi todos los demás. Gracias al espíritu y al temple de los universitarios, el Caudillo aseguró las líneas y forjó la base inquebrantable de sus Ejércitos. Caídos en la tierra, en el aire y en el mar, con el blasón del cisne en el alma, claman y clamarán hasta la resurrección por la gloria inmarcesible de la Patria.

El tercer Consejo Nacional se celebra en octubre de 1936, en la cátedra de Fray Luis de León, de la Universidad salmanticense, sede de los más preclaros humanistas y teólogos. Los Consejeros, bajo la presidencia del camarada Heliodoro Fernández Cánepa, recién evadido de Madrid, acuden al Consejo desde todos los frentes de batalla, y sobre las mangas de casi todas las camisas azules florece la llama sangrienta de las Aspas Rojas. Las tareas han de llevarse a cabo durante sólo tres días, pues la lucha exige la presencia de los Consejeros en sus centurias y compañías; se enlazan todos los S. E. U. de la zona liberada y se plantan las bases de una reorganización completa.

Poco después, en noviembre del mismo año, Raimundo Fernández Cuesta habla a los camaradas del distrito universitario de Sevilla:

«Vosotros—dijo—aportasteis a la Falange todo el brío de vuestra juventud, hastiada de sensateces y de cómo-

das resignaciones, y todo el jugo de vuestros cerebros, en los que bullían las ideas sobre la nueva España. Trajisteis decisión e inteligencia, doctrina y acción; es decir, los ingredientes necesarios para toda obra revolucionaria. Vuestra tarea aun no ha terminado, y vosotros habéis de decir la última palabra. Resolved definitivamente la pugna que existe entre la España alicorta, chata, materializada, que algunos quieren revivir, como si para eso hubieran muerto los mejores de la Patria, y la España fresca, jugosa, exuberante de ambición histórica y de exacta justicia, que la Falange desea. Camaradas: Sin recelos injustificados, pero sin claudicaciones degradantes. Abiertos a todos los amores, pero salvajemente cerrados a todas las intrigas; dispuestas a mantener, como siempre, la sobria dignidad clásica y latina que José Antonio supo inculcarnos.»

En la gozosa primavera de 1937, el Decreto sobre la Unificación, dictado por el Caudillo, vino a cumplir una de nuestras fundamentales y más añejas aspiraciones; al afiliarnos en Falange, todos hemos jurado cumplir aquella consigna de la unidad: unidad en las tierras de España, unidad en las clases de España, unidad en el hombre y entre los hombres de España. Deseábamos, pues, fervientemente la unidad entre todos los estudiantes, y aspirábamos a ella porque sin la unidad de acción los esfuerzos revolucionarios de quienes nos hemos impuesto la tarea de hacer de la revolución nuestra empresa serían baldíos. Bandera de unidad que en los tres largos años de los tiempos heroicos mantuvimos enhiesta, bajo el signo amado de lo difícil.

El Jefe Nacional de la Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S., Francisco Franco, expresó la altísima idea que de las juventudes universitarias tenía en la concentración de Burgos, en el otoño del año 37, mostrando su cuidado ante la educación de «esta juventud gloriosa, esta juventud ejemplar, que, haciendo un lema

de la disciplina y de la jerarquía, no bastardea al servicio de la nueva España».

El 21 de noviembre de 1937 el Caudillo aprueba, por Decreto, los Estatutos del nuevo Sindicato Español Universitario, que, transcurrida la etapa unificadora, se establece con el carácter de único Sindicato oficial de estudiantes. Aquel día se cumplían cuatro años de la presentación de los antiguos Estatutos en la Dirección general de Seguridad por un puñado insignificante de universitarios, los primeros en comprender toda la hondura magnífica de la política joseantoniana.

Se inicia así una etapa dura, difícil y árida, de organización silenciosa: se montan los cineclubs, se establecen bibliotecas y exposiciones de Bellas Artes, reaparece HAZ, el veterano órgano de combate de los estudiantes, y toda una gama de actividades diversas florece a la sombra de las espadas, mientras los mejores universitarios siembran con sus huesos los montes y llanuras de España. El final de la guerra coincide con el relevo de los mandos nacionales del Sindicato: se nombra Jefe Nacional del mismo al camarada José Miguel Guitarte Irigaray, antiguo triunviro, fundador y Consejero Nacional de la Falange y del S. E. U., Palma de Plata de las primeras horas. Se abren las Universidades, y el S. E. U. viene obligado a recomenzar su labor específica, marcándose así una época de orientación, organización y trabajo.

Y llegamos así, a buen paso de andadura, al Consejo Nacional extraordinario de El Escorial, en el que se aprueban varias interesantísimas ponencias, entre las que destacan las relativas a la sindicación obligatoria, a la Milicia universitaria y a la orientación profesional, definiéndose conceptos tan fundamentales como son los de revolución y generación. Allí, en el ámbito más imperial de España, junto a los restos de Felipe y de Carlos, se dijo serena y orgullosamente: «La Revolución nacional-sindicalista es obra de la generación que hizo la guerra,

encontró su entronque en la rebeldía frente al siglo XIX y marcha, decidida y resuelta, hacia el Imperio». Y también se afirmó: «El S. E. U. va a la cabeza de la generación revolucionaria y exhibe como títulos que justifican esta primacía, primero, la representación intelectual y activa de la juventud española; segundo, la probada fuerza revolucionaria de la juventud universitaria frente a los tres últimos regímenes políticos».

Como comprobación de la eficiencia de aquel Consejo, el Caudillo firma, en febrero del año actual, un Decreto instituyendo la Milicia Universitaria, cuya puesta en marcha es esperada por la juventud española con fervorosa impaciencia.

Por último, el Jefe Nacional de la Falange y Caudillo de España firma una ley, en diciembre de 1940, creando el Frente de Juventudes, en cuya línea de unidad moral se encuadra el Sindicato Español Universitario, «de gloriosa tradición falangista», según reza textualmente la citada ley.

Este resumen, quizás extenso, de los Consejos Nacionales del S. E. U. y de las principales disposiciones legales que a él se refieren, no sería nada si no fuera acompañado de la quizás un poco apasionada apología que de su esencia quiero hacer.

Si la esperanza de la Patria está puesta en la juventud, es menester reconocer que de esta juventud la universitaria es, por razón específica de sus funciones, la llamada a convertir antes que ninguna esa esperanza en gozosa realidad. Y no ya en España, en las naciones todas, este axioma es fundamentalmente cierto, rigurosamente exacto. Repasad nuestras filas de gobernantes, de jerarquías políticas, de capitanes de la industria y de la ciencia; veréis que el porcentaje de universitarios es inmenso en cualquier caso y bajo cualquier régimen. De que estos gobernantes, estos sabios, estas jerarquías estén o no preparados para la mayor gloria de la nación

a que pertenecen, media un abismo. Es decir, de que los universitarios salgan a la palestra con un bagaje mediocre de conocimientos científicos, con una moral relajada, con unas superficiales creencias religiosas, con un escepticismo patriótico, blandengue y frío, a que a sus flamantes títulos académicos acompañen un apretado amor a la tierra que han de defender y acaso conducir, unas profundas convicciones religiosas y morales, un alto nivel cultural y científico, la diferencia es radical, y es la Patria quien primero padece o goza esta diferencia. Máxime en la vida moderna, en que nada se improvisa; en que muchas veces la política se subordina a la técnica; en que los discursos rimbombantes carecen de valor práctico.

De aquí que a nosotros, los nacionalsindicalistas universitarios, nos repela la Universidad liberal, hueca y turbia, en que empezamos a educarnos; por eso hubimos de entrar en ella a tiros, única dialéctica con que parece ser que nos podían entender en aquellos tiempos.

No. La Universidad anduvo siempre muy trabada a nuestras grandezas y desdichas, y sin ella no entenderíamos lo que fuimos y ambicionamos, ni conoceríamos las razones de España ni el sentido que tuvo y ha de tener el Imperio. La Universidad orientaba al Estado, a la par de servirle como instrumento técnico, y preparaba al pueblo para el cumplimiento católico de su destino. La historia aventurera y militar de la España que fué sería inexplicable si las hazañas no respondieran a la inacabada construcción de la Teología, la Política y el Derecho de nuestros clásicos universitarios. Tanta voluntad, sabiduría y sentido de una misión ordenada a cumplir se concretaron en las ejemplares instituciones españolas que, aunque duerman hoy el polvo de los archivos, bastaron para mantener largos siglos el Imperio, legar al mundo veinte Estados y conservar entre nosotros la dignidad y sustantividad española.

La Universidad servía de médula a una ambiciosa po-

lítica para España, precediendo a veces su actuación a la misma espada de los capitanes. Cisneros la hizo pilar de su política, en tanto sentaba el modelo de las modernas ciudades universitarias; no es, pues, extraño que con la clase de privilegios que tenía en nuestra mejor época la Universidad, Carlos I pidiera a Vitoria su consejo, aunque censurara públicamente sus doctrinas.

Sin la madurez científica que alcanzara Castilla a finales del siglo XV, no hubiera sido posible la primacía política de España; y sin el dominio de la cartografía y de las viejas ciencias náuticas, no se hubieran rematado los viajes transoceánicos. El preámbulo de las Capitulaciones de Santa Fe y la carta de Juan de la Casa abren el periplo de nuestro poema por las rutas de Fernández de Oviedo, Bernal Díaz del Castillo y Alonso de Ercilla. Con los guiones guerreros de los conquistadores—tantas veces bachilleres y doctores—van las raíces de nuestra cultura, y pronto las Universidades de Méjico y de San Marcos, de Lima, alcanzan los privilegios máximos y sus títulos igual validez que los de Alcalá y Salamanca. El Imperio decae cuando la vida de nuestros grandes hombres no se explica con la guerra o con la Universidad y cuando la Escuela de Mareantes de Sevilla deja de sacar a concurso premios «internacionales» para la solución de problemas de navegación.

Baste este ligero recuerdo para señalar cómo la Universidad española obedeció a la política del Imperio como pieza fundamental del mismo; envejecida y pobre, se renueva afrancesándose y dejando de ser el «ayuntamiento de maestros e escolares»; los cánones racionalistas le fueron arrancando sus fibras naturales, deshumanizándola con su «humanismo», injerto tras injerto, porque no aconsejaba la moda remozar la vieja savia de su carácter.

Y hasta el glorioso Alzamiento, la Universidad se viene limitando a ser un simple organismo oficial, ajeno en

absoluto a la vida y problemas del estudiante; a administrar malamente los estudios y a expedir títulos—previo el pago correspondiente—, que garantizan el ejercicio legal de una profesión que generalmente se desconoce; salvando la estoica labor de algunas cátedras que se dedican a la preparación de especialistas, ni forma científicos, ni hace profesionales, ni orienta, ni eleva la cultura del pueblo. No cumple ninguno de sus altísimos fines; en suma: la Universidad prácticamente sigue siendo el motivo para que la clase burguesa gaste lícitamente los mejores años de su juventud. Después, el sistema de oposiciones se encarga de castrar espiritualmente lo más sano de las generaciones universitarias; lo más sano, pese a haber salido de los Institutos sin la más elemental formación, pero hartos, eso sí, de novelas pornográficas y de literatura rusa, alternada, en el mejor de los casos, con las obras cumbres del romanticismo francés y con ediciones baratas de la filosofía pesimista.

Contra todo esto nos alzamos los estudiantes cuando oímos la voz premonitoria y tremenda de José Antonio, universitario de la mejor estirpe española. Y nos alzamos, gritando y muriendo por calles y campos, para el renuevo total de la España triste, que se nos desgarraba entre las manos de profesores materialistas y filósofos resentidos; es decir, de universitarios de la peor especie. A nuestro lado, hombro con hombro, los estudiantes tradicionalistas sostuvieron una admirable y desesperada lucha.

Recobrada la Patria por el esfuerzo y el sacrificio de nuestros mejores, nos urge la implantación de una Universidad que, como estas de Alcalá y Salamanca, nos enseñe a ser hombres totales, y por ende falangistas enteros, como José Antonio nos soñó.

Por ello, de un modo profundamente simbólico, hemos querido reunirnos aquí, bajo este artesonado maravilloso que recogiera las teorías egregias de Nebrija, Vallés, Solís, Arias Montano y San Ignacio.

El respeto a estos muros entre los que nos hemos encerrado nos exige a los universitarios de esta hora solar española un rigor implacable para con nosotros mismos, y yo espero que nuestra labor sea fecunda, no en promesas, sino en sólidas realidades. La presencia de tan altas jerarquías y la atención que nos presta la Falange nos comprometen a ello.

Y así como un día supimos batallar como buenos, hoy sabremos, con la ayuda de Dios, edificar los cimientos de la Universidad que la Patria necesita. Sólo os pedimos una cosa, y es que si efectivamente creéis en la necesidad de nuestro Sindicato y en la importancia medular que para España tiene una Universidad como la que exigimos, nos ayudéis con vuestro aliento, sin el cual nuestro esfuerzo será baldío. Al solicitar el apoyo de la Falange lo hago con la plena seguridad de obtenerlo, pues ninguno de los que militan en nuestras filas desde las horas fundacionales, como nadie que haya meditado el luminoso pensamiento de nuestro primer Capitán, ignora lo que para el Movimiento han sido y deben ser los universitarios; confío, pues, en que, convencidos de que la Universidad es la Escuela de Mandos de la Patria, nos ayudaréis con todo vuestro entusiasmo en el empeño que hoy nos congrega aquí.

Antes de terminar, jerarquías y camaradas, permitidme que por mi boca se desborde la emoción que siente el Sindicato ante el recuerdo de quienes se nos fueron, con nuestro Jefe Nacional a la cabeza, para, llevando en alto el cisne que un día tremolaran sobre Orán las huestes del gran Cardenal, combatir por Dios y por España en las filas de esa División que hoy asombra al mundo con sus proezas.

Como ayer y como siempre, con renunciación total de

la existencia, están lejos aquellos de quienes tan hondo recuerdo guardamos en lo más íntimo de nuestro corazón, pleno de orgullo ante su gesto. Su ausencia de entre estas prietas filas de camaradas, nos obliga a trabajar con fe y con ímpetu, en silencio y tensión, para el día alegre del regreso poderles mostrar la obra, Dios quiera que eficaz, de nuestra tarea.

Jerarquías, camaradas: por la Universidad que nos exigen nuestros muertos, por el Imperio que soñara José Antonio, por la Patria que, inasequibles al desaliento, hemos de forjar a la sombra de la espada del Caudillo.

¡¡ARRIBA ESPAÑA!! ¡¡VIVA FRANCO!!

Día 9 de Diciembre

DISCURSO DEL VICESECRETARIO GENERAL DE F. E. T. y de las J. O. N. S.,

CAMARADA JOSE LUNA MENENDEZ

Por circunstancias de momento no me encuentro en las condiciones que yo apetecería para hablar en este acto de hoy más rato del que yo quisiera. Yo os prometo, camaradas del S. E. U., que reposadamente, con todo el reposo que necesita la inteligencia para poderos hablar, vendré a daros una conferencia uno de estos días de los señalados para la celebración de vuestro Consejo. Por eso hoy sólo os diré unas cuantas palabras.

Era yo muy pequeño cuando, como les decía hoy a nuestros camaradas, andaba yo a gatas por Alcalá de Henares. Desde entonces no había vuelto a ella; como os digo, era muy pequeño para que yo pudiera recordar este sitio donde nos encontramos hoy; quiero con esto decir que hasta hace pocos momentos no había puesto el pie sobre la Universidad de Alcalá. Al entrar se me ha caído el alma a los pies: efectivamente, al entrar recordaba a Fray Francisco Ximénez de Cisneros, y recordaba que con motivo de lo que se creía en él prodigalidad, el rey Fernando vino a visitar la Universidad de Alcalá. Venía precisamente a censurarle los dispendios que, según

él, había cometido el Cardenal Cisneros en la Universidad de Alcalá de Henares. El rey Fernando, al recorrer estos locales que hoy vemos derruídos y ver la labor de aquel hombre, comparándola precisamente con los siete mil estudiantes que habían salido a recibirle, no pudo reprimir su asombro, y entonces el Cardenal Cisneros le dijo: «Señor, mientras vos conquistáis reinos y hacéis capitanes, yo trabajo para formar hombres que honren a España y sirvan a la Iglesia».

¡Qué diría el Cardenal Cisneros si levantara la cabeza y viera, en pleno siglo XX, esta Universidad por él fundada, que llegó a superar incluso a las de Salamanca y París, que entonces representaban la supremacía en el mundo!... ¡Qué diría el Cardenal Cisneros si hoy viera lo que los que nos llamamos civilizados hemos hecho con esta Universidad de Alcalá de Henares!

Al ver estas ruinas yo me sentí también hoy un poco perplejo; ahora (a mí las perplejidades me duran muy poco) me sentía perplejo, queridos camaradas—y os lo digo con la claridad y la conciencia falangistas de siempre—, al ver que miro a mi alrededor y no veo más que un campo de Agramante.

Dado el sitio en que estamos hoy, yo no voy a hacer referencias; pondré simplemente de manifiesto el recuerdo de una escena del «Quijote». Yo podía poner muchos ejemplos, pero, como digo, el local en que nos encontramos me invita a ser breve y a escoger aquello que no tenga comparaciones, y por eso me voy precisamente al Príncipe de nuestras letras.

Yo recuerdo aquella escena de la venta, en aquel momento de los cuadrilleros, en la que Sancho aporreaba al barbero, el barbero a Sancho, el criado a Luis, Luis al criado...; una doncella se desmayaba, por un lado; la otra ponía el grito en el cielo, por otro... En ese momento se levanta una voz potente que dice: «¡Teneos todos! ¡Envainad todos! ¡Oid todos si no queréis perder la vida!» Y

continuó diciendo: «Esto es un castillo encantado. Por aquí anda una legión de diablos, y como esto es producto de encantamiento, ya veréis cómo aquí se ha trasladado el campo de Agramante. Unos riñen con otros por la espada; otros, por el águila; éste, por el caballo; aqueste, por el yelmo. Pues bien: como campo de Agramante, a vos, señor Oidor, os corresponde ser el Rey de Agramante, y a vos, señor Cura, os corresponde poner paz, porque, por Dios Todopoderoso, es gran bellaquería que habiendo aquí tan altas personas peleen por cosa de tan poca monta.»

Yo veo este campo de Agramante; yo veo todo esto a través del «Quijote». Se necesita la voz que haga comparecer al Oidor y haga comparecer al Cura.

No ocurre lo mismo echando la vista al exterior. Ahí, gracias a un hombre dilecto, gracias a un hombre inteligentísimo, ahí la línea está perfectamente clara.

Yo recuerdo cierta ocasión, cuando José Antonio nos decía a muchos miles de falangistas, haciendo alusión a un Ministro agrario, que cuando España todavía tenía unas reservas que hoy pueden parecer incalculables, a aquel Ministro, con motivo de la guerra de Abisinia, se le ocurrió decir que España, ¡España!, tenía que agacharse y esconderse para que no se la viera.

Mirando, repito, al exterior, vemos a un hombre dilecto, a un falangista magnífico, joven, siguiendo la gesta de José Antonio cuando contaba aquéllo que hacía levantar hasta las piedras, que ha marcado perfectamente la línea de la Falange en el exterior, poniendo a España en el sitio que le corresponde.

Vemos, pues, camaradas, que no guardamos armonía en el interior con el exterior. En el interior no tenemos todo lo que queremos: cada vez que la Falange quiere algo, cada vez que la Falange intenta hacer algo, le fallan los resortes.

Y no es esto lo peor. Lo peor es que la juventud se

vuelva tétrica y triste, que la juventud no tenga lo que tuvieran aquéllas, lo que les proporcionó el Cardenal Cisneros. Por ello yo digo al S. E. U. que en primer lugar haga juventud alegre, que la juventud del S. E. U. sea precisamente la que siga la vena heroica que descubriera José Antonio, vena heroica que también estamos a punto de perder.

José Antonio dijo que el S. E. U. era la gracia y la levadura de la Falange. La levadura no sale de la nada, hay que hacerla también.

Pues bien, camaradas: en este campo de Agramante que antes os decía, también hemos estado a punto de perder esa levadura.

La levadura tienen que hacerla los apóstoles de José Antonio. Afortunadamente, en ese campo de Agramante todavía quedan apóstoles de José Antonio capaces de hacer esa levadura.

Yo os voy a referir una pequeña anécdota que vosotros tendréis muy en cuenta. Viajando con un camarada del S. E. U., salió en la conversación Mota del Cuervo, nombre que también suena mucho en la Falange. Ese compañero me refirió el acto que en Mota del Cuervo se celebró, y me añadía: «Después del acto celebrado, salí a ver el campo de Mota del Cuervo, y al fondo vi un molino de viento derruído. No se veía más que las ruinas del molino de viento. Pregunté a mis acompañantes, entre los cuales iba el alcalde, quien me contestó que allí había habido siempre cientos de molinos de viento, de los que no quedó más que las ruinas de uno.»

Este camarada dilecto inmediatamente hizo gestiones y compró aquellas ruinas del molino; lo ha reedificado y a la entrada ha puesto un rótulo que dice: «En España está todo por hacer». Como veis, camaradas, no faltó un apóstol que estuvo presto para reedificar sobre las ruinas de aquello que fué un molino de viento, de los que repre-

sentaban precisamente el genio español, otro para evitar su desaparición.

Y ahora sois vosotros, camaradas, los que tenéis que volver a reedificar esas ruinas, para que, así como hay apóstoles que os preparan vuestra levadura, para que haya molinos de viento contra los cuales podáis enristrar las lanzas, vosotros, por medio de la Universidad, seáis también los que hagáis esa unión a la que yo antes me refería al hacer mención del campo de Agramante echando la mirada al interior y al exterior.

Si vosotros, por medio de la Universidad, ante la falta absoluta de lo más indispensable, no conseguís hacer esta unión entre el interior y el exterior para que ésta sea perfecta de España hacia afuera, entonces ocurriría lo que yo ya más de una vez he dicho, y es que, camaradas, se repetiría la Historia, continuaría la Historia. Sois vosotros precisamente los que ante esos molinos de viento que nosotros vamos reedificando, para que no se pierdan las ruinas de España, tenéis que enristrar las lanzas, precisamente vosotros, los universitarios. Sois vosotros los que tenéis que volver a la Universidad de Alcalá de Henares; sois vosotros los que tenéis que imponer precisamente el rigor que impuso aquel hombre que siendo el primero de España y siendo el que lo mismo gobernaba reinos que diócesis y que ganaba batallas y dirigía conciencias, lo mismo que aquel hombre, que en un momento quiso precisamente abandonar su vida del claustro y abandonó su sayal de franciscano; sois vosotros los que al entrar otra vez en esta Universidad debéis hacer que tenga lo que tuvo en los tiempos de aquel gran hombre, para después sacar hombres que honren a España. Esto, os repito, lo tenéis que hacer precisamente vosotros, los camaradas del S. E. U. Y esto es urgente, esto es acuciante. Tened en cuenta que si vosotros no hacéis esto con la máxima urgencia, efectivamente, la rotura de que os hablaba puede ser una realidad; si, por el contrario, precisamente el

S. E. U., volviendo, repito, no a una juventud chabacana, calculadora y seria, sino a aquella juventud con ansia de Imperio que aquí por miles salían en tiempos del Cardenal Cisneros, porque vosotros lo impongáis se repetirá el hecho y esta Universidad volverá a ser lo que fué. Que esta angustia que sentimos al entrar hoy y no ver nada más que ruinas se transforme de tal forma que otra vez, cuando pueda volver aquí ese que puede dar la voz que yo os decía antes en el campo de Agramante; otra vez que vuelva aquí para inaugurar algún Consejo memorable del S. E. U., vuelva a encontrar sobre estas paredes otras palabras semejantes a las que había cuando el gran Cardenal Cisneros, y que por mediación del S. E. U., bajo el mando de la Falange, puedan leerse otra vez en esta Universidad y se formen hombres que honren a España porque la hacen una, grande y libre. Nada más.

Queda inaugurado el V Consejo Nacional del S. E. U. ¡Arriba España!

Día 10 de Diciembre

CONFERENCIA DEL SECRETARIO CENTRAL DEL S. E. M.,

CAMARADA GERARDO GAVILANES VEREA

Tema: «El S. E. U. y el S. E. M.»

Camaradas:

Unas palabras, muy pocas, de saludo indispensable: Nuestro modo de ser lo exige así. Un saludo, pues, para el S. E. U. y para su Consejo Nacional. Sin palabras o con ellas, bien sabéis todos cuál es mi admiración y cómo, sobre todo, anhelo y aguardo que salgan de aquí —de estas viejas aulas, de esta Alcalá imperial y maestra, que tantos y tantos nombres nos acercan—un Cisneros, un Cervantes, para sólo citar cimas superlativas; cómo pido y deseo que de estos actos, severos y mínimos, como José Antonio pedía, salga la fecundidad, la letra y el corazón de esa gran obra de signo revolucionario que España en cada instante pide con prisas y con ansia.

Un recuerdo, además—bien cargado de emoción y de envidia—, para aquellos lejanos camaradas de la División Azul; muy singularmente para los que forman en los cuadros del Sindicato Español Universitario, y de modo especial para las altas jerarquías, y en particular

para nuestro Jefe nacional, camarada José Miguel Guitarte. Mientras ellos allá, en la Rusia disolvente y esclava, hacen y ganan la Historia de España, mejor aún, la Historia de Europa, entreguémonos aquí, sin ocio ni desaliento, a afanes y tareas constructivas. Que cuando ellos vuelvan—en el pecho, las rosas simbólicas; en las manos y en el alma, la victoria gozadora y final—, que cuando ellos vuelvan, repito, nos encuentren a todos—bajo el recuerdo ardiente de sus vidas y de su azul gesta inenarrable—en el yunque del trabajo, en los talleres sagrados del hacer imperial, dando aquí sudor y ansia, mientras ellos allá—en la Rusia helada—dan lo que más vale: sangre, ímpetu, semillas de gloria para la Falange y para España.

Entro en el tema. ¿Deben los alumnos normalistas formar parte del S. E. U. o deben figurar en los cuadros generales del S. E. M.? Para dar respuesta, y darla sin excesiva anticipación, sin caer en fórmula irresponsable y alegre, quería primero traer a todos vosotros el recuerdo de aquellos primeros tiempos del Sindicato Español Universitario y de la Corporación del Magisterio, base y arranque esta última del que ahora llamamos Servicio Español del Magisterio. No es que vaya a evocar aquí, entero, el ciclo histórico de esos dos altos bloques—S. E. U. y S. E. M.—, entre los cuales, por su fuerza numérica, por lo que son en sí y significan, hállase tendido el arco histórico e indudable de la mejor revolución que José Antonio soñara: Revolución del espíritu, de la mente, del cerebro, y, vale decirlo, de los que forman parte de aquella España invertebrada del 18 de julio, dormidora y exangüe, que hubo que despertar y levantar con el regio clarín infalible de las armas.

Asomémonos, pues, a la edad histórica de la Falange: Tiempos de sudor y gloria, en que José Antonio, irrefrenable y lírico como puro iluminado, ardoroso y lírico como fino Apóstol, va llamando y aleccionando a la mejor ju-

ventud de España. Y es en ese inicio, en esos tiempos primeros de germinación, cuando aparece el S. E. U., que por encargo de José Antonio planea Julio Ruiz de Alda. Recordemos unas fechas. Mitin de la Comedia: 29 de octubre de 1933. En el mes siguiente preséntanse en la Dirección General de Seguridad, para su aprobación, los Estatutos del Sindicato Español Universitario. Días mártires, días difíciles, ensangrentados, en que había que luchar con la irrebatible «dialéctica de las pistolas». El 21 de noviembre de aquel año, la Dirección general de Seguridad aprueba los Estatutos del S. E. U. El 26 de febrero de 1935 fué elegido Jefe Nacional del Sindicato Alejandro Salazar y Salvador (¡Presente!).

Con el camarada Manuel Valdés a la cabeza, el área entera de los servicios culturales de la Falange era luego encuadrada en actividad precisa y única del Servicio de Educación Nacional, cuyo Reglamento me atreveré a consignar por su sobrio estilo y por la importancia enorme que encierra su articulado. Dice así:

«Falange Española de las J. O. N. S.—Reglamento del Servicio de Educación Nacional.—Artículo primero. El Servicio de Educación Nacional tiene, dentro del Movimiento Falangista, la alta misión de procurar la integración cultural del pueblo español conforme al espíritu nacional-sindicalista.—Art. 2.° El Servicio de Educación Nacional estará integrado, de momento, por los siguientes elementos: a), el Sindicato Español Universitario, que es una entidad autónoma adherida a Falange Española de las J. O. N. S. y encuadrada en el Servicio de Educación Nacional, cuyos fines, relativos a la totalidad de la Clase Escolar de España, son los que señala el art. 1.° de sus Estatutos; b), la Sección Femenina, según su propio Reglamento, tiene por objeto incorporar a la mujer española a la Obra de Regeneración y de Construcción de la Patria, contribuyendo a forjar un espíritu fecundo en sanas ideas de amor a España y a nuestro Estado Sindical, y

secundar a los Militantes Nacionalsindicalistas en la lucha contra la Anti-España, mediante la predicación, la divulgación y el ejemplo; c), la Jefatura Nacional del Profesorado, cuyo titular tiene la misión de infundir el sentido nacionalsindicalista en la Obra del Profesorado, en todos los grados de la Enseñanza, creando al efecto, y con la aprobación de la Superioridad, los organismos técnicos, profesionales y entidades autónomas que contribuyan a encauzar la actividad del Profesorado dentro del Movimiento Nacionalsindicalista; d), la Sección Deportiva y la Educación Física y Premilitar, cuya importantísima misión consiste en contribuir a elevar el nivel moral a la vez que mejorar la salud, promover la alegría y desarrollar las energías de nuestra Juventud, para obtener de ella un pueblo amante de su Patria, fuerte y disciplinado, que será la piedra angular del futuro Imperio español; e), el Secretario general, con las funciones siguientes: 1.ª, recibir de la Jefatura del Servicio de Educación Nacional todas las órdenes que hayan de transmitirse a cualquiera de los órganos antes mencionados; 2.ª, mantener la comunicación de la Jefatura de Educación Nacional con la de dichos órganos; 3.ª, vigilar la marcha de todas las actividades dependientes de este Servicio; 4.ª, llevar constancia documental de las actuaciones de Educación Nacional; 5.ª, representar al Jefe del Servicio en su ausencia y despachar por delegación del mismo los asuntos de trámite o notoria urgencia; f), el Jefe del Servicio, que, dentro de él, ejerce el Mando en la forma y sin más limitaciones que las precisadas en el capítulo de los Estatutos de la Falange Española de las J. O. N. S., las órdenes dadas y los Reglamentos aprobados por el Jefe del Movimiento.—Artículo 3.º Para su desenvolvimiento económico, el Servicio de Educación Nacional cuenta: 1.º Con su participación en el patrimonio único de F. E. y de las J. O. N. S.—2.º Con aquellos recursos que en caso de necesidad puedan autorizársele.—Madrid, 31 de marzo de 1935.—El Jefe del Ser-

vicio, **Manuel Valdés.**—Firmado y rubricado.—El Secretario general, **De Sanz Marco.**—Firmado y rubricado.—¡Arriba España!—Hay un sello con el yugo y las flechas en tinta roja, que dice: «Falange Española de las J. O. N. S.—Educación Nacional.»

Pero llega octubre de 1934. Y en sus días primeros, lo sabéis todos y lo recordaréis, celébrase el Primer Consejo Nacional de F. E. y de las J. O. N. S. Se pasa así de una fase primaria, un poco diversa y plural—aunque cargada de ímpetu inmejorable, de ácido y de arrojo, que han de ser siempre nuestra mejor escuela—; se pasa así, con ese Primer Consejo, a la vida orgánica de la Falange, definida ya, hecha doctrina única, rumbo y medida. Es en este mismo octubre cuando queda nombrado Jefe de Educación Nacional el camarada Valdés, quien recibe órdenes de José Antonio—ya Jefe Nacional y único de la Falange—de organizar, agrupar y articular las diferentes ramas que el Servicio Cultural de la Falange ha de comprender. Sanz Marco es designado para Secretario Nacional, y las ramas diversas del Servicio de Educación Nacional de la Falange entran en un franco período de actividad.

Más fechas. El 31 de marzo de 1935, los camaradas Valdés y Sanz Marco redactan el Reglamento general del Servicio de Educación Nacional a que antes hice alusión. Y poco después, en 14 de mayo, se presentan en la Dirección General de Seguridad los Estatutos de la Corporación del Magisterio, firmados por los camaradas Roberto García Verche y Manuela Jiménez Tabanera. (No hay que decir que la mano y el espíritu de José Antonio conducen e inspiran, así en su forma como en sus fines, todo lo que a la Corporación del Magisterio se refiere. De tal modo es así, que, como documento estimabilísimo e inapreciable, conserva el S. E. M. una cuartilla escrita de puño y letra de José Antonio, en la que él sintetiza uno de los artículos de los Estatutos, con estas palabras: «Ar-

tículo 6.° Son afiliados de número: 1.° Las personas dedicadas a funciones pedagógicas de primera enseñanza a quienes las disposiciones vigentes no prohiban pertenecer a la Corporación y que sean admitidos en ella por el Jefe local, donde le hubiere, o a falta de éste, por el Jefe provincial o el territorial».) Desde luego, en esos Estatutos, y José Antonio no lo rectifica—al menos no hay dato alguno—, figuran como afiliados de número los estudiantes de Magisterio, según determina el apartado segundo del artículo 6.° de los citados Estatutos.

Ahí está, en su mecánica legislativa, el panorama de aquella hora: el S. E. U., la Corporación del Magisterio, etcétera.

La mente y el corazón de José Antonio, dando nacimiento a todo el sistema complejo de los servicios culturales de la Falange: la Corporación y el S. E. U.—que es de lo que debo hablar—, con una configuración independiente y propia, claro es, pero, y esto es lo que quisiera destacar, con tangencias tales, con actuaciones tan fundidas y hermanas, que es bien difícil señalar y distinguir la órbita genuina de cada uno. Como ejemplo basta citar que la Corporación cursa y extiende sus propagandas a través del S. E. U., que son designados para miembros del Consejo Nacional del S. E. U., en calidad de maestros, varios camaradas. Esto es: dos «servicios de la Falange completamente fraternales, unidos en inquietud, en gesto, en sueños de justicia y de Imperio, que a la vez, trabajen en tareas únicas, en colaboraciones del mismo rango y el mismo espíritu». Así, por ejemplo, cuando surgió el proyecto de crear una «Universidad Nacionalsindicalista» y una «Academia para obreros», es el S. E. U. y es la Corporación, conjuntamente, los que planean y elaboran la memoria correspondiente.

Con ese paisaje de intimidad y colaboración que he querido dejaros, es más fácil entender mi posición en el problema planteado. ¿Deben los hombres normalistas

formar parte del S. E. U., o deben figurar en los cuadros generales del S. E. M.? Creo que deben formar parte del S. E. U. Si no hubiese otros motivos, habría que hacerlo para conservar al menos aquella intimidad inicial, aquel vínculo de amor y dolor con que nacimos a la vida sindical, nacional y política; si no hubiese otras causas, habríamos de realizarlo como motivo y lazo que nos junte a todos, nos apriete y nos funda en una sola familia espiritual.

Mi posición, pues, mi opinión sobre que los normalistas se integren en los cuadros generales del S. E. U., tiene estas tres razones:

Primera. Por razones de ortodoxia y herencia; esto es, por creer que—con ese entrecruce y tangencia—nos acercamos al espíritu del Vidente y Fundador y al pensamiento y ánimo de aquella hora prima. Recoger y conservar la herencia es nuestro primer deber. Decía con todo acierto nuestro insuperable Menéndez y Pelayo: «Donde no se conserva cuidadosamente la herencia del pasado, pobre o rico, grande o pequeño, no esperemos que brote un pensamiento original ni una idea dominadora.» Y tenía, a mi juicio, nuestro gran polígrafo sobrada razón. Todo respeto indeclinable hacia la forma y la sustancia primitiva de nuestra Falange, bien lo sabéis, es fundamentalísimo. La perennidad histórica sólo la ganan y mantienen aquellas concepciones y doctrinas que, como esta de la Falange, monástica y castrense a la vez, hecha de limo y luceros, doctrina santa de vivir y de morir, encierra y exige una dogmática intangible—eso que yo nombraba antes ortodoxia y herencia—y una liturgia —eso que José Antonio, creador de palabras eternas, enseñó—, a lo que llamaremos estilo. Pues por ese respeto hacia el amanecer y el pensamiento original es por lo que pido una total compenetración entre el S. E. U. y el S. E. M., que de un modo mínimo y urgente puede significar el que los normalistas formen parte del S. E. U.

Aunque necesaria, una sola cosa quiero añadir sobre esto, a saber: que ese respeto a la doctrina y ortodoxia inicial, es en el fondo homenaje a aquel José Antonio inmortal que, con su alma en lumbre, buscó antes de nada el pensamiento, el ímpetu, la claridad de la gozosa juventud que vivía entonces y soñaba dentro de nuestras viejas aulas; así surgía su amado S. E. U., «gracia y levadura de la Falange». Cierto que él, José Antonio—por eso fué creador, apóstol y maestro—, buscó y amó a los hombres todos del mapa vivo de nuestra Patria, y con ternura sin igual quiso y abrazó a los hombres de la alta Castilla, a los labriegos, a los recios y claros campesinos, eco y rescoldo de la fuerte raza. «Así, debemos fundir, decía José Antonio, explicando la anchura y el alcance de la Falange—el sentido eterno de la tierra castellana con la exactitud de un filósofo y de un poeta; si es que el ser filósofo y el ser poeta son cosas distintas.» (Discurso en el café de San Isidro, de Madrid, en el homenaje a Eugenio Montes, 24 de febrero de 1935.) Pero es indudable que para la Universidad, que es lo que el S. E. U. recogía, tuvo José Antonio una inquietud palpitante y cálida. Y si en todo—con precisión de milicia y claustro—hay que ser exactos, hay que vivir y caminar dentro de la geometría en alba de aquella hora apretada y dura, es indudable que en este mirar de ahora, en este interpretar cómo han de ser el S. E. U. y el S. E. M., cómo han de vivir abrazados y de cerca, así lo creo, con un sentido de invariabilidad y de ortodoxia, esto es, como en aquellos días indecibles, bajo la mirada directa del Fundador.

Para este mirar retrospectivo he tenido yo, antes de ahora, largas meditaciones. En este instante confidencial y pleno, frente a vosotros y a mí, quisiera comunicaros parte de mi larga meditación. No con ánimo de enseñanza, ya que soy yo quien viene aquí con actitud y ademán de aprender, sino por este entrecruce cordial que los falangistas tenemos deber de conservar imperturbable.

Mi meditación era ésta: en aquellos días granados y difíciles, la forma y estructura de los sectores culturales dentro de la Falange quedaba constituída del modo siguiente: I. Servicio de Educación Nacional. II. Los distintos sectores que lo integran, a saber: el Sindicato Español Universitario, con plena autonomía; el Servicio del Profesorado; la Corporación del Magisterio, etc. Esos tres sectores vivieron y crecieron juntos, con sudor y sangre de todos, y bajo la mirada única, timonera y augusta de aquel recio José Antonio, nacido para la inmortalidad. Han pasado los años y el panorama estructural continúa, si bien con nombres ligeramente distintos. Ahora hay: Delegación Nacional de Educación, Sindicato Español Universitario, Servicio Español del Profesorado, y Servicio Español del Magisterio. El S. E. M. y el S. E. P. están integrados en la Delegación Nacional de Educación. Y yo, una y otra vez, con el deseo recto, cuajado de inquietud, he venido preguntándome: ¿no convendría que, juntos los tres sectores, como en la hora inicial, viviéramos en sintonía y en entrega, con plena autonomía por parte del S. E. U., por cuanto si no fuera así perdería su modo de ser característico? El S. E. U. es juventud, ímpetu, presteza, altivez; y en el S. E. M. y en el S. E. P.—unidos espiritualmente dentro de la Delegación Nacional de Educación—serviría de germen, de útil ácido, de quilla ejemplar y magnífica. Es más: si no abundaron razones y alegatos de tipo cultural por encima de todo, bien sabido es que la primera masa homogénea que tuvo la Falange fué la universitaria. Al agruparse ésta en Sindicato Nacional, por razón lógica de nuestro ideario, no puede, bajo ningún concepto, fragmentarse, pues todos nuestros organismos han de tener una línea nacional, aunque tengan autonomía de funcionamiento, con vistas a problemas locales («Universidad, Revolución, Imperio», de Ruiz de Alda).

Ahora bien: la ley, de 6 de diciembre de 1940, institu-

yendo el Frente de Juventudes, en sus arts. 3º y 6º determina que la organización masculina estará dividida en grados correspondientes a las distintas secciones, agrupando el S. E. U. a los miembros del Frente de Juventudes que ingresen en una Universidad o Centro de Enseñanza Superior asimilable, desde los dieciocho años hasta la edad de su ingreso en las filas del Ejército; es decir, que marca como fecha tope la de veintiún años, edad que indiscutiblemente puede decirse que, en general, no señala el final del estudio universitario, ni muchísimo menos, como podría comprobarse mediante una sencilla estadística escolar.

Sentadas estas aseveraciones, y no debiendo romperse la continuidad del Sindicato por las razones que apuntábamos anteriormente, me permito contestar a aquella pregunta de un modo afirmativo. Así, pues, en este momento de cordialidad recíproca no vacilo en decirlo de un modo rotundo: el Sindicato Español Universitario puede y debe integrarse, aunque sólo sea espiritualmente, en la Delegación Nacional de Educación, con plena autonomía y como entidad adherida a dicho organismo superior de la cultura falangista. Juntos nacimos todos—el S. E. U., el S. E. P. y el S. E. M.—y juntos debemos vivir, con dirección única, según determina el anteproyecto de la reforma universitaria, con actuación coherente, en ayuda y correspondencia sin cesar, aunque por la ley del Frente de Juventudes quede integrado en este organismo, siempre y cuando no existan en la marcha cultural del Frente de Juventudes.

Vuelvo ahora a mi tema central.

Segundo. Los alumnos normalistas deben continuar en el S. E. U. por razones de tipo cultural y académico

para nosotros; para el S. E. M. no debe existir otro Magisterio que el que lleve en su formación signo universitario; lo demás tiene carácter transitorio, en espera de días de plenitud en los que al fin podamos lograrlo todo: que el Magisterio esté en posesión del Bachillerato y que cruce por la Universidad no sólo para pasar su examen de Estado, sino para cursar también algunas disciplinas esenciales. Nos declaramos, pues, en franca enemistad con toda formación que tienda al minimismo; con todo plan que busque el achicamiento de la cultura del maestro. Nada de normalismo al modo usual, con espíritu de capilla, insonoro y desconocido. Al contrario: buscamos un normalismo aireado, universal, de dimensiones visibles, que tenga carácter y estudio de Facultad. Nos subleva por entero esa concepción—o demasiado intencionada, o demasiado ingenua—de aquellos que hablan de «Magisterio urbano» y «Magisterio rural», dándole a este último sentido de limitación, de merma, de ligera cultura disminuída y pobre. Eso es—cuando no otra cosa—gozarse en el olvido homicida de lo mejor de nuestra España. No es posible—si se llevan en el alma las claras y eternas ideas de Destino, de Unidad, de Justicia, de Imperio, que son alma y sal y fuerza de la Falange—; no es posible, para aquella ancha España, labradora y genial, que amó con ímpetu José Antonio, preparar un Magisterio enano, manco de todo, a quien, en vez de alzársele, se le castra la mente y se le ponen, al nacer, señales de mendicidad, sellos y signos de esclavitud irremediable.

Por eso pedimos y deseamos que nuestros camaradas normalistas formen parte del S. E. U.; que vivan todo lo posible en los medios culturales y sindicales de la Universidad, y que un día u otro, según nuestro propósito y deseo, allí se formen y preparen, al menos en una gran parte de su cultura general.

Tercero. La última razón de ese encuadramiento en el S. E. U. tiene raíz social y política. El S. E. U., con su

magnífica organización, y especialmente con sus milicias —que son escuela castrense y falangista—, puede y sabe dar al normalista una formación integral que al S. E. M. no le es posible. Ni al Servicio Español del Magisterio, ni muchísimo menos a la Normal. La Escuela Normal, hoy por hoy, y salvando cosas y personas, está situada en vía muerta. En otros tiempos los filósofos y pedagogos españoles figuraban al servicio del extranjero, despreciando a nuestros grandes clásicos, como Suárez, que influyó enormemente en Europa, especialmente en Alemania, en los siglos XVII y XVIII. Y tan es así, que Descartes, Leibnitz, Kant, Fischte, Hégel, etc., utilizaron principios de su filosofía; como Vives, que con sus obras «Tratado de la enseñanza» y «Educación de la mujer», establece los objetivos de la Pedagogía, señalando sus relaciones con la Psicología y la Etica; y otros muchos, tan olvidados como incomprendidos. En la actualidad, para algunos, por lo visto, la revolución consiste lisa y llanamente en hacer lo contrario de lo que se hiciera en otra época. Y así, en efecto, hoy recuerdan algunos a nuestros pedagogos contemporáneos, desgraciadamente con excesiva frecuencia, haciendo caso omiso de nuestros clásicos y abstracción absoluta de los grandes educadores extranjeros, cuyas verdades, por ser precisamente verdades universales, es preciso aceptar y comprender; de la misma forma que no se explicaría una matemática exclusivamente nacional por el hecho de que los últimos descubrimientos científicos hubieran sido hechos por extranjeros, ni haríamos nunca dejación del valor universal que corresponde a matemáticos como Newton, Leibnitz, Euler, etc. Y es que «se sigue rindiendo culto exclusivo a las ideas vigentes hace cincuenta años, y estos retrasos de información y de sensibilidad se traducen luego en dificultades para conseguir y atrapar las victorias que nuestro tiempo hace posibles», como dijera Ramiro Ledesma Ramos.

Nuestra juventud no puede aprender allí ese desaso-

siego heroico y fecundo que la Falange necesita. Hoy por hoy, la Normal es impermeable a toda combatividad, a todo anhelo, a todo empuje ardoroso de signo falangista. Quizá algún día cambie por entero. Quizá algún día—como es nuestra ilusión y nuestro empeño—sea la Normal el gran taller donde se forje y labre la mejor juventud. Claro que para eso hay que ir primero al asalto, hay que ganarla, que vencerla a fuerza de estilo y de espíritu que la traspasen y renueven. No olvidéis que las Normales son órganos vitales de una nación. Escuchad estas palabras, avisadoras y certeras, de Julio Ruiz de Alda: «Otra consigna del Sindicato: Apoderarse de las Escuelas Normales en toda España. Hoy están todas ellas en manos de los socialistas, y esto tiene una importancia capital, no sólo para nosotros, sino para el porvenir de España. Meditad un poco y veréis que dentro de unos años, siguiendo así las cosas, la mayor parte de los niños españoles van a ser educados a base de ideas antinacionales». (Julio Ruiz de Alda. «Universidad, Revolución, Imperio»).

Ese pensamiento de conquista de las Escuelas Normales constituye en Ruiz de Alda una verdadera e insistente preocupación. Así, en el discurso pronunciado por él en el primer Consejo Nacional del S. E. U. (16 de abril de 1935), dijo estas palabras, bien significativas: «Tened estas cualidades—decía, refiriéndose a los camaradas del S. E. U.—, y así os apoderaréis de la enseñanza. Siempre que os hablo particularmente os repito lo mismo a todos: apoderaos de las Escuelas Normales. Es necesario apoderarse de ellas. Debe ser este fin como la labor y la mira preferidas por el S. E. U.; donde las mejores voluntades y los mejores entusiasmos se dediquen a ello. (En un breve inciso, mientras sigo leyendo las palabras interesantísimas de Ruiz de Alda, quiero aprovechar ese grito y ese mandato que él envía a las heroicas Juventudes del S. E. U., para evocar yo el entrecruce de pensamiento

y espiritualidad que surgía entonces entre ambas organizaciones y sus problemas específicos y fundamentales.) «La importancia que para las nuevas generaciones de españoles—sigue explicando Ruiz de Alda—tiene esta misión es trascendental. Todos los partidos políticos van al copo de las Normales, y daos cuenta del perjuicio que podía suponer el que se educaran con sus principios materialistas dos generaciones: nuestro Movimiento hubiera llegado tarde».

Hasta ahí las palabras indudables de aquel gran camarada. Mi comentario es bien sencillo. El problema de asalto a las Normales, a mi juicio, continúa. Ha cambiado de signo, claro es. Ahora ciertamente no están situados en ese paralelo rojo y antinacional que decía Ruiz de Alda; pero las hallamos, para ahora y para luego, un poco cristalizadas, sin personalidad, pobres de luz y de brío. Y hay que ir a ellas—como os decía—, para ponerlas enteramente en el área juvenil y actual que nuestro estilo y nuestra doctrina significan.

Traigamos, por último, otras palabras de Ruiz de Alda, que centran el interés que el tema tiene, el tema del S. E. U., de la Normal y de los normalistas. Son éstas: «... vosotros, por medio del Sindicato—no hay que decir que alude al Sindicato Español Universitario—, tenéis la obligación y el deber de luchar constantemente y de trabajar asiduamente hasta que todos los alumnos del Magisterio sean compañeros nuestros e inculquen a la juventud española nuestras ideas y nuestros sentimientos inmortales». (Julio Ruiz de Alda, «Universidad, Revolución, Imperio»).

Con esas palabras y con las otras razones de tipo general que he consignado, aparece bien tajante la justificación de que queden los normalistas inscritos en los cuadros del S. E. U. Cuando sean luego Maestros—hecha el alma, la inteligencia y el cuerpo a la austera y ardiente disciplina del S. E. U.—, vendrán a nosotros, al Servi-

cio Español del Magisterio, como germen, espejo y luz de la esencia falangista, de aquella pura y alta que José Antonio, aquel José Antonio que por dentro y por fuera tenía rectitudes de llama, de mástil y de hito, supo crear y contagiar.

Llego al tercer punto de mi tema, que dice así: «Transformación del S. E. M. en Sindicato». Pocas palabras puedo dedicar a este aspecto del tema. Los afiliados al S. E. M.—Maestros Nacionales, Profesores de Escuela Normal e Inspectores de la Primera enseñanza—son funcionarios del Estado, y dentro de su área, dentro del ámbito del Estado, no caben sindicatos. La ley no los autoriza. Por eso nació en la mente perspicaz de José Antonio en forma de corporación, y hoy continúa con el nombre de Servicio Español del Magisterio. «Servicio», en aquel concepto que nuestro Caudillo Franco glosó con estas palabras, en evocación de nuestro «servicio y sacrificio» falangista: «sacrificio, servicio, hermandad; trilogía hermosa, lema para nuestras juventudes; juventudes que a través de la Historia fueron jalonando los grandes acontecimientos de la vida de España».

Servicio Español del Magisterio quiere decir al servicio de la Falange. Los que vivimos en el S. E. M., y sobre todo los que, aunque sea accidentalmente, realizamos en él función de mando, no tenemos otro empeño que ése: que el S. E. M. sea un servicio de la Falange; que sea aprendizaje, formación, hermandad de la Falange.

Muchas veces, sin fundamento ni justicia, habla la gente de cosas del Magisterio. Y dicen—con intención quizá gananciosa—asimilar la escuela juvenil abierta y honda que nuestro Movimiento significa. En general se equivocan. Yo os digo que los afiliados al S. E. M.—que en esta hora pasan de cuarenta y un mil—son masa fácil, despierta y deseosa, que aguarda su justicia, por hacer aún; que espera acogida y reparación a tanta herida, vieja y reciente, como lleva en sí años y años, por no decir

siglos. Bien sabéis que nuestra doctrina llega fácilmente a todos; pero llega con más prontitud a los que sufrieron y esperaron. Por eso la gran masa del Magisterio puede ser Nacionalsindicalista—con ese sindicalismo cristiano y audaz que la Falange representa—. Ello dependerá de la nobleza de la táctica, de la acogida que se les dé, de la justicia social que se les ofrezca; que en vez de tantas censuras, depuraciones e injusticias, bien vale la pena de que ofrezcamos nosotros—después de cinco años—calor de hermandad, sentimiento de comprensión y de afecto. No es el maestro un funcionario que puede fríamente desempeñar su misión. El maestro es, por encima de todo, un educador. Y la obra de un educador ha de medirse por el espíritu que ponga en ella, por su emoción, por el puro afán que sepa y quiera despertar en los que educa. No podremos, pues, pedir que el Maestro español siembre fe si no la tiene; ni optimismo, ni sentido de comunicar, ni ansias de grandeza, ni afanes de justicia, si él permanece olvidado y herido, solo y triste, en medio de una orografía desigual, insensible e injusta.

La obra que viene realizando el Servicio Español del Magisterio ya podéis adivinarla.

Pero es obra difícil. Mover, levantar, orientar a cuarenta y un mil camaradas en esa situación de espíritu que antes decía, no es empresa sencilla. Hace falta ayuda, contacto, colaboración de muchos, como en aquella hora inicial de la Falange, compacta y fecunda. Lo que sí puedo aseguraros es que la vida y la obra del S. E. M. están impregnadas de falangismo, sin capillas de ninguna especie, que tanto daño nos hacen.

Antes de terminar quiero fijar mi posición, intransigente en cuanto al porvenir del Sindicato Español Universitario. Tengo fe ciega en el espíritu y en el estilo del S. E. U. Por eso en esta hora histórica yo sólo le digo:

¡Adelante, S. E. U.! «Nada te turbe», decía en sus divinas estrofas la Santa Andariega. ¡Adelante, S. E. U.!,

repito cordialmente. Si con algo pudiera dar ánimo a todos (ánimo que no necesitáis, camaradas), traería aquí unas palabras de Aparisi Guijarro. Son éstas: «Las gentes suelen decir, como quien revela una falta: es usted muy discutido. Eso, por el contrario, es el mejor elogio de un hombre; a los canallas y a los tontos no se los discute: se los condena o se los compadece».

Y nada más, por mi parte. Que nuestra labor sea fecunda en pensamientos y en obras. Que el recuerdo y el espíritu inmortal de José Antonio incite a cada uno a un puro y mejor hacer.

Y, en fin, os digo, camaradas del V Consejo Nacional del S. E. U.: si conseguimos levantarnos contra la duda, el recelo, la materia y el egoísmo, que nos ahogan entre sus brazos, haciendo que nos debatamos en lucha más o menos estéril entre nosotros mismos, ante el beneplácito y la satisfacción de nuestros enemigos, tanto más difíciles de discernir por cuanto se encuentran en nuestras propias filas, podremos volver nuestra mirada hacia el Fundador con el fin de que nos aliente en nuestra lucha cotidiana, para que seamos mejores en cada momento.

¡Arriba el S. E. U.!

Por Franco, ¡Arriba España!

Día 10 de Diciembre

CONFERENCIA DEL CAMARADA DEL S. E. P.

MANUEL BALLESTEROS

Tema: «El S. E. U. y el S. E. P.»

Jerarquías, camaradas asesores, camaradas consejeros:

Por razón de la no asistencia del camarada Subsecretario de Educación Nacional ha de ser mi voz—indudablemente mucho menos autorizada que la suya—la que ha de exponer algunas ideas sobre el Servicio del Profesorado y el S. E. U.

Al tratar este punto no quiero hacerlo de una manera doctrinal ni personal, sino simplemente servir de base con unas cuantas ideas que pueden servir también de guión para la discusión que en las Secciones, Comisiones y Subcomisiones se puede llevar a cabo. Así, pues, dejando a un lado todos los fáciles latiguillos de la importancia, del valer, etc., del Servicio del Profesorado y de sus relaciones con el S. E. U., quiero, fundamental y brevemente, exponer simplemente estas ideas, que han de servir, quizás como una ponencia más que como una conferencia, de base de discusiones posteriores.

Comenzaré primeramente por analizar lo que a mi modo de ver es la función y el ser del S. E. P., o sea del

Servicio Español del Profesorado, para pasar después a las relaciones y puntos de contacto y colaboración que haya de tener con el S. E. U. Así, pues, veamos cuál es la función del Servicio Español del Profesorado, creado por Circular núm. 1 de la Delegación Nacional de Educación, que distinguía, al crearlo, entre el S. E. P. S., de Enseñanza Superior, y el S. E. P. M., de Enseñanza Media. Ya veremos después si esta división inicial es útil, y nos parece a nosotros que haya de continuar mantenida, o puede ser impugnada de algún modo.

¿Es necesaria o no la existencia del S. E. P.? Es quizá la cuestión inicial que debemos plantearnos. El S. E. P., como agrupación de los Profesores universitarios, de los Profesores de Escuelas especiales, como los Doctores, Licenciados, y también como todos aquellos que se dedican a la enseñanza, es indudablemente una necesidad primordial, porque es a todos estos elementos, que actúan hasta ahora de un modo muchas veces aisladamente falangista, pero independientemente, a los que ha de agrupar en una acción de conjunto, dirigida, que desde luego no se nota, no existe dentro de la Universidad ni dentro de la enseñanza en general.

Antes de pasar a estudiar cuáles han de ser los fines que ha de cumplir esta agrupación de titulados y de profesores de Enseñanza Superior y Media, que se integra en el Servicio Español del Profesorado, hemos de decir cuál ha de ser la composición del mismo, quiénes van a formar parte del S. E. P. Indudablemente han de ser parte de este S. E. P. todos aquellos que, desempeñando las funciones docentes en la Universidad, en los Institutos de enseñanza media, en las Escuelas especiales o en la enseñanza privada, figuran actualmente distribuídos en distintas agrupaciones, hermandades, Sindicatos o Asociaciones profesionales; o sea que nosotros entendemos que deben todos, absolutamente todos, de un modo obligatorio, ingresar en el S. E. P. Sólo cuando se pueda tener

en las manos, por una afiliación obligatoria general, a todos los individuos se podrá imponer a todos una acción general de conjunto, que si es puramente voluntaria por iniciativa del profesorado, siempre constituiría una minoría a combatir dentro de una totalidad de un cuerpo general del Estado, o de un cuerpo universitario, etcétera. Los mandos habrían de recaer, lógica y naturalmente, sólo en militantes del Partido, porque si es obligatoria la afiliación en todos aquellos que forman parte de la docencia universitaria y media, no había de escogerse entre los capacitados, sino entre militantes que también reúnan estas cualidades de mejores y más capacitados. Por tanto, aquí, al hablar de mandos hay un problema que a mí me parece fundamental, y que vosotros seréis los encargados de dictaminar, de pronunciaros sobre él, antes de elevar conclusiones a la superioridad. ¿Quién ha de proponer a los mandos del S. E. P.? ¿Ha de ser el Jefe provincial de la localidad donde resida la cabeza del Distrito Universitario? ¿Ha de ser el Delegado provincial de Educación de la cabeza del Distrito Universitario? ¿Ha de ser el Rector?

Son éstos problemas que rozan también el anteproyecto de Reforma Universitaria que se discutirá en su día, según tengo entendido, en este Consejo, pero que debemos nosotros estar vigilantes para pensar en qué sentido, de qué manera puede quedar garantizada la independencia, la autonomía de acción política de los mandos autorizados de este S. E. P., y esto sólo puede lograrse si nosotros damos unas bases para que quien proponga pueda salvar a este valor, a esta autonomía de acción política dentro de la Universidad, de enseñanza general que han de tener los Mandos.

Veamos ahora cuáles han de ser los fines que ha de cumplir el Servicio Español del Profesorado. Ha de cumplir fines universitarios, o sea que, con relación a todos los afiliados que formen parte del profesorado universi-

tario—catedráticos, auxiliares, ayudantes—, ha de cumplir fines de asesoramiento político, de acción política dentro de la Universidad, para dar una tónica revolucionaria, falangista, dentro del profesorado universitario; ha de buscar también la moral, la disciplina de todos los que participan en la enseñanza, de todos los que actúan docentemente en diversos grados dentro de la Universidad, y han de ser también estos elementos tenidos en cuenta en centros, claustros, etc., como elemento imprescindible asesor. Ha de desempeñar también el S. E. P. funciones culturales; ha de ser promotor de cultura; ha de ser, con todos estos elementos capacitados con que cuenta, quien organice toda esta serie de iniciativas que han partido de diversos sitios en todos los Centros culturales. Ha de ser el que dé la guía para la organización de los cursillos, sabiendo más que nadie las necesidades del momento, las necesidades culturales, en conexión estrecha con las directrices políticas que deben ser precisas en cada momento. Además, ha de desempeñar dentro de la nación en general, y dentro del Partido, una función cultural, a mi modo de entender, de gran categoría. Existiendo dentro del Partido, en diversos organismos, en diversas creaciones del Partido, infinidad de secciones, de entidades que se ocupan de lo cultural, no habrá de reclutarse en otros sitios la orientación, la iniciativa, el mando para todas estas cosas,, más que dentro del Servicio Español del Profesorado, indudablemente el más capacitado, no lo digo por el hecho de ser yo profesor—hemos de decirlo valiente y claramente—, sino porque debe ser así. De manera que tanto para los servicios de Cultura popular, etc., habrá de ser éste el que dé la orientación precisa, fijar las consignas, etc.

Ha de cumplir además unos fines sociales, como reunión de todos los profesores de los diversos grados de la enseñanza; ha de cumplir para con estos afiliados fines sociales, de seguros, de viudedad, de cuotas de pen-

sión. Todo esto ha de preverlo el S. E. P., y no indico yo detalles que además son muy corrientes en este tipo de acción social, porque entra dentro de lo que vosotros habéis de pensar precisamente en la tarde de hoy; pero sí decir que dentro de las funciones y finalidades del S. E. P. a cumplir está el constituír estas hermandades, estas entidades de tipo económico que han de servir de garantía, de apoyo, de ayuda a las familias y a los mismos afiliados del S. E. P.; y ha de cumplir, por último, unos fines colegiales. Al decir fines colegiales se entiende, creo yo, claramente que quiero decir que han de ser los S. E. P. aquellos que se hagan cargo de lo que hasta ahora figura como materia propia de los colegios de licenciados y doctores. Simplemente con la indicación hecha al principio de que se afiliaran en ése todos los que se dedican a la enseñanza o los que en potencia puedan dedicarse porque están capacitados por su título para ello, ya implica la necesidad de la existencia del Colegio de Licenciados y Doctores, que además—creo no es necesario decirlo—, por no estar encuadrados dentro de la disciplina del Partido, no nos merecen a nosotros ninguna garantía, ninguna confianza de cumplimiento de todas las normas fundamentales de nuestra Revolución nacionalsindicalista. Desde el momento en que estén las funciones del Colegio encuadradas en el S. E. P., tendremos la garantía de que no sólo serán los mejores, sino que no serán explotados por nadie, al mismo tiempo, y cumplirán en cada función con una directriz y un criterio pura y netamente falangistas, y se evitará tanto caciquismo y tanto lucro que todavía subsiste, por la creación de estos organismos, rectores en cierto modo de la burocracia cultural, que tanto daño hacen en muchos sitios, salvo raras excepciones.

¿Cuál ha de ser la organización del S. E. P.? Parece ser que la Circular núm. 1 y algunas otras circulares especificaban la división en S. E. P. de Enseñanza Superior y S. E. P. de Enseñanza Media. A mi modo de ver es inne-

cesario, basta con uno solo. Organizado por Distritos Universitarios, con un Jefe Nacional de Servicios, integrado en la Delegación Nacional de Educación y sin precisar todavía, por la salvedad que he hecho antes, quién ha de ser el que ha de proponer a este Jefe de Distrito Universitario del S. E. P.,, y dentro de cada S. E. P. habrá las secciones correspondientes para los cuales la enseñanza media sería una cosa más. Asimismo creo imprescindible que como un órgano preciso del S. E. P. consideremos un Consejo Técnico, que sea el que sirva a los mandos responsabilizados, en este caso necesitados siempre, por tratarse de material cultural, de asesoramiento, de información, de elaboración de los temas que crea precisos.

Así, pues, dada esta organización, las jerarquías del S. E. P. serían las siguientes: Delegado Nacional de Educación, Jefe Nacional del Servicio o Delegado Nacional o Secretario general; la cuestión es que sea una persona única dentro de la Delegación Nacional de Educación la que tenga coordinadas las consignas y directrices que hay que dar a todos los Servicios Españoles del Profesorado de España. Después, Secretario de Distrito, y por último, Secretario por Delegación de Sección, como he indicado antes. Se plantea aquí también en este caso otro roce con el anteproyecto de reforma de la Universidad. ¿Cuál es la jerarquía de esta organización cultural del Partido al lado de la jerarquía universitaria? Yo, en realidad, no me he decidido todavía por saber cuáles serán las graduaciones o lugar que ha de ocupar el mando del S. E. P. al lado del mando universitario. Ahora sí veo claramente—y creo que lo veis todos—la necesidad que implica el resolverlo de un modo claro, diáfano y preciso. ¿Antes o después del rector? ¿Al lado o detrás? ¿Subordinada la identidad al cargo? Todos éstos son problemas que yo simplemente expongo y que vosotros habéis de resolverlos. Es el eterno pro-

blema de la dualidad entre los mandos del Partido y los mandos o jerarquías de la Universidad, identidad de los Delegados de Sección o Secretarios de Sección y valor jerárquico con respecto a los fines. Todo esto son puntos, a mi modo de entender, muy graves y que simplemente expongo ante vosotros para que fijéis el criterio de este Consejo Nacional sobre ellos.

Y así, brevemente expuestos estos extremos, paso a la segunda parte anunciada del tema del hoy, o sea al S. E. P. y al S. E. U. ¿Cuál es la relación entre ambas entidades? Toco quizás un problema que no sé por qué espejismo se ha hecho vidrioso, que roza, naturalmente, con los problemas de representación escolar en los claustros, etc., problemas que a mí me parecen, y que vosotros también estáis en ello, perfectamente artificiales, creados por mala voluntad. Hemos de considerar en primer lugar que el S. E. U. y el S. E. P. actúan como una línea no interrumpida de voluntad revolucionaria; formando un todo dentro de la Universidad no puede haber el menor peligro de que puedan considerarse jamás las dos entidades en contraposición, sino como continuación la una de la otra. Además, vivimos en un espejismo actual que dentro de pocos años desaparecerá por completo. No estamos aquí tratando de temas para el momento de hoy ni para pasado mañana, sino tratando, a mi modo de ver, para años, para decenios. Por lo tanto, si ahora todavía hay la existencia de núcleos grandes del Profesorado imbuídos de liberalismo, imbuídos de resentimiento, de vejez, dentro de diez años, por lo menos, todos los mandos del S. E., todos los profesores, procederán total y necesariamente del S. E. U., y, por lo tanto, al proceder del S. E. U. todos los profesores universitarios y de enseñanza media, no habrá el menor peligro de que pueda haber cuestión de competencia, sino dos partes orgánicas de un frente común de la revolución universitaria. Cada uno en

su puesto, cada uno en su esfera de acción. ¿Cuál ha de ser el grado o los distintos grados de esta colaboración entre el S. E. U. y el S. E. P.? A mi modo de entender debe haber una estrecha colaboración por parte de los mandos, o sea unión por la cabeza entre las dos entidades, dentro de la Universidad. El único modo de actuar y conjuntamente cumplir de un modo simultáneo las consignas revolucionarias del Partido es para todas aquellas iniciativas de tipo cultural, de orden, disciplina, etc., de colaboración de los mandos sin intervención del resto de las jerarquías del S. E. U. y del S. E. P., o sea Jefe del Distrito con Jefe del Distrito, hombro con hombro, codo con codo, trabajando con esta voluntad revolucionaria.

Ahora bien: deben formarse, en infinidad de casos, Comisiones mixtas de elementos del S. E. P. y del S. E. U. para estudiar conjuntamente todas las materias que, a título de información, han de presentarse conjuntamente a los mandos del S. E. U. y del S. E. P. para la decisión de tantos y tantos problemas que se plantean simultáneamente por la misma virulencia y la misma fuerza de los profesores y alumnos. Sin embargo, hay un problema siempre grave dentro de la Universidad, que es el descontento de los alumnos con respecto al profesor, las quejas que puede haber de los alumnos con respecto al profesor, o, por el contrario, el desagradable, vidrioso, caso de la actuación injusta, inmotivada o de represalia del profesor con respecto al alumno. No podemos admitir en caso alguno, ni nosotros ni vosotros, el régimen de denuncias, ni de firmas, ni de quejas en comisiones. Existiendo ya dentro de la Universidad el S. E. U. y el S. E. P. ha de ser por el conducto de estos dos organismos, de estas dos entidades, que funcionan la una al lado de la otra en estrecha colaboración para todo, por donde han de resolverse todas estas cuestiones, puramente personales en muchos casos, entre profesores y alumnos; pero de un

modo confidencial, secreto y concreto por la parte del S. E. P. y de apertura de expedientes de información por parte de las jerarquías y mandos del S. E. U.

Este es, a mi modo de ver, el problema de la competencia y el resto del espejismo inicial de unos posibles roces entre ambas entidades. Así, pues, vemos que el S. E. P. y el S. E. U, cerrando con ello esta segunda parte, forman una segunda línea de actuación, en que incluso debían estar unidos en la mejor creación del S. E. U., en cuanto a disciplina: la Milicia Universitaria. Incluso en esto, como tal, y siendo de los profesores universitarios, debían integrarse dentro de esta Milicia. Pero pueden darse casos pintorescos de un profesor Alférez y de un alumno Capitán o de que todos los mandos y jerarquías fueran específicamente los profesores. Es simplemente una cuestión a estudiar.

Así, pues, las conclusiones que yo quiero sacar de toda esta disertación mía son:

1º Necesidad de la existencia del S. E. P. como Servicio Español del Profesorado, pero no creaciones en el papel. Yo creo que podemos decir bien alto que estamos hartos de creaciones en el papel, y que para que exista una cosa en el papel y no en la realidad más vale que sigamos en el individualismo aislado de los profesores, siendo falangistas como lo somos, y no crear cargos, secciones, etc., que no existen más que en el papel, que es papel mojado.

2.º Que la acción de este S. E. P. es: Política profesional, política en la Universidad, de orientación, de moral, de disciplina, de resoluciones profesionales en cuanto a lo profesional; y

3.º Que deben ser el S. E. U. y el S. E. P. un frente común de colaboración, en que al cabo de los años veremos a los antiguos miembros del S. E. U. constituyendo íntegramente el S. E. P. Y nada más. ¡Arriba España!

Día 12 de Diciembre

CONFERENCIA DEL DELEGADO NACIONAL DEL SERVICIO EXTERIOR DE F. E. T. y de las J. O. N. S.

CAMARADA FELIPE XIMENEZ DE SANDOVAL

Tema: «Relaciones universitarias internacionales»

El Sindicato Español Universitario, con ocasión de la reunión de su V Consejo Nacional, que se celebra por primera vez en esta Universidad de Cisneros, bajo cuyo emblema alienta los pechos de los estudiantes falangistas, ha requerido mi colaboración para sus tareas. Solamente a título de viejo falangista y camarada de los fundadores de nuestro Movimiento, del que es gracia y levadura el Sindicato Español Universitario, he podido aceptar este cargo y este honor. Carezco de otros títulos para venir a hablaros, pero la disciplina y el afecto me traen aquí a hacerlo.

No podría omitir, al empezar, el recuerdo más emocionado a los primeros Jefes del Sindicato que ofrendaron su vida por la Patria y por la Falange: Matías Montero, en una calle madrileña; Alejandro Salazar, en una prisión roja, y José Miguel Guitarte, ofrendándola cada minuto en una Sección de Asalto en las filas de la gloriosa División Azul. Con la ejemplaridad de la conducta

de estos camaradas no es de extrañar que en las legiones de nuestros muertos haya un número inmenso de estudiantes de todas las Universidades, de todas las Facultades, de todas las Escuelas que hayan caído frente al enemigo en los albores y en el apogeo de la guerra civil, y en esta continuación que a nuestra Cruzada Nacional contra el comunismo se sigue en tierras de Rusia por los Ejércitos de los países amigos que combaten por un orden nuevo en Europa, en el que se salven todos los principios de la civilización occidental y cristiana. Mi recuerdo para todos esos camaradas presentes y ausentes y para el primer iniciador de vuestra actividad, nuestro inolvidable camarada Julio Ruiz de Alda, quien junto a José Antonio resumió en los corazones juveniles el patriotismo y el entusiasmo nacional, condenado a la esterilidad y la cobardía por toda la política anterior.

Ha señalado vuestro Jefe Nacional un tema altamente sugestivo para mi conversación con vosotros: «Relaciones internacionales universitarias». Carezco de la erudición y el tiempo necesarios para estudiar a fondo tema tan importante; sobre todo en su evolución histórica, que he de hacer de una manera esquemática para llegar al momento actual y esbozar algunas ideas sobre lo que estas relaciones deban ser en el momento en que la guerra en que se encuentra empeñado el mundo haya concluído y la paz vuelva a los espíritus jóvenes junto con el gusto del estudio y del saber, adormecida ahora por las músicas heroicas de los cañones.

El origen de las Universidades europeas y de las relaciones de tipo internacional de unas con otras en la Edad Media es un problema histórico que todavía no han llegado a precisar los sabios que se han ocupado de su estudio. Los autores más recientes han podido señalar algunas noticias referentes a las Universidades de la Edad Media, evolución de las primitivas escuelas monásticas o palaciegas que siguieron al fraccionamiento del

Imperio romano después de la invasión de los bárbaros. Los primeros esfuerzos intelectuales para salvar los restos de aquella espléndida civilización se debieron a la voluntad y la intuición de algunos monarcas primitivos y de ilustres representantes de la Iglesia. Teodorico, en Italia; Carlomagno, en Francia, y San Isidoro, en Sevilla, son los ejemplos más singulares de este deseo de un mundo lleno de confusión y de preocupaciones urgentes de conservar para el espíritu de su tiempo y de las generaciones venideras la suma de conocimientos que habían alcanzado las grandes civilizaciones anteriores en Grecia, en Roma y en Alejandría. Apenas constituídos estos Estados, primeros que siguen a la caída del Imperio romano, la presión de Oriente se acentúa sobre Europa, y nuevas invasiones de húngaros, normandos y sarracenos perturban la existencia de esos Estados, donde todavía no han cuajado fuertemente la nacionalidad, ni siquiera el idioma, y ponen de nuevo en peligro los restos salvados de las culturas antiguas. Es entonces cuando la Iglesia cristiana se apresta a recoger los manuscritos y los códices en sus sencillos Monasterios, donde se refugian los sabios de la época para componer sus cronicones.

Poco a poco la estabilidad de las organizaciones políticas va consiguiéndose, entre dificultades inmensas de la época, y la vida cambia sus circunstancias en los siglos XI y XII.

Las peregrinaciones, el espíritu de cruzada y la juglería andante establecen contacto entre unos y otros núcleos urbanos, primero, y primitivamente nacionales, después. Ellas son las primeras en recoger la fama de los teólogos o los juristas que en uno u otro sector de Europa explican a las juventudes el profundo concepto de la Religión católica o glosan las normas inmortales del derecho civil y de gentes elaborados en los siglos de esplendor de Roma. Al mismo tiempo que estas gentes trajinantes son portavoces de la cultura y de las cosas del

espíritu, difunden con un sentido práctico los progresos de las industrias locales y crean el comercio exterior de los pueblos.

Es muy curioso, sobre todo para nosotros, nacionalsindicalistas, el estudio de la evolución primitiva de las fuerzas culturales y económicas del mundo medieval y la aparición casi simultánea de dos instituciones semejantes: el Gremio y la Universidad. El gremio, que busca la protección de los artesanos—entonces no existe la industria—, y la Universidad, que busca en la asociación de profesores y estudiantes la defensa, frente a la exigencia feudal, de una libertad para aprender y ser enseñado.

Algunos autores alemanes han afirmado que estas asociaciones gremiales y estos núcleos universitarios primitivos son un solo hecho hasta el punto de designarse con la misma palabra: «Guilde». Las guildes escolares y las guildes industriales se desarrollan paralelamente, y es significativo que algunos fueros o leyes locales tengan para las guildes escolares y las industriales o comerciales normas parecidas. Hay un caso curioso en la teoría (historia) universitaria de la Edad Media, que es la guilde escolar de Bolonia, una de las Universidades más antiguas, con la de París y de Salerno, que se refiere sólo a los estudiantes forasteros, pues los estudiantes boloñeses tenían el amparo de sus propias autoridades y de su propio derecho.

En estas Universidades primitivas, que aun se llamaban colegios, es de subrayar el hecho de que la enseñanza era meramente privada, contratada libremente por profesores y alumnos. Estos se unían no para ampararse en el fuero del profesor, que aun no lo tenía, sino solamente para exigirle el cumplimiento de lo contratado. Por eso el rector de aquellos colegios o Universidades primitivas no era un maestro, sino un estudiante, y su designación

y su título significaban la jefatura electiva por sus compañeros para defender esos intereses. Al mismo tiempo, los maestros se asociaban para organizar la profesión de enseñanza con mira a sus conveniencias. Ello, naturalmente, dió origen a luchas entre escolares y profesores, que terminaron cuando se fundieron las dos entidades, escolar y profesoral, en una sola, que ya recibió el nombre de Universidad. En la Universidad el profesor no recibe sus emolumentos directamente de los alumnos, sino de la propia entidad universitaria o de la ciudad en que está establecida. Poco a poco el rectorado evoluciona y de los escolares pasa a los profesores.

Estas Universidades primitivas, que evolucionan al mismo tiempo que los gremios, no son en manera alguna nacionales ni estatales. Son entidades privadas que admiten o rechazan a los alumnos. Lo mismo escogen a los maestros, sin importar lo más mínimo su nacionalidad. Existe entonces en Europa una unidad indiscutible, a pesar de las guerras y las convulsiones para la formación de los Estados nacionales. Esta unidad es el catolicismo, todavía no alterado por los movimientos reformistas. El vehículo de esa unidad es una lengua común para todos los sabios del mundo: el latín.

El latín, lengua universitaria, intelectual, política, diplomática y hasta comercial en algunos sitios. El latín, que todavía no se ha descompuesto totalmente en los idiomas que hoy conocemos, ya que el actual francés, el actual castellano y el actual italiano de aquella época tenían mucho más parecido que en los tiempos presentes, y el trasiego de comerciantes, peregrinos y juglares ha creado una jerga perfectamente inteligible en cualquiera de los tres países. Esto es fácil advertirlo en la lectura de textos viejos, sobre todo castellanos y franceses, donde las similitudes idiomáticas son innumerables. Italia, luego de la creación por Dante de su inmortal poema, perfila en la lengua—la toscana—una

unidad que, en cambio, en lo político tardará siglos en alcanzar.

Los hombres que se dedican al estudio o a la enseñanza en estas Universidades viejas son verdaderos internacionalistas. La ciencia no ha adquirido todavía matices nacionales y es una sola, precisamente por ser católica. La pasión política de la época no llega apenas a las Universidades, donde maestros y discípulos sólo sienten la pasión de enseñar o de aprender. Aunque un poco más tarde las Universidades adquieran un tinte alegre y picaresco y el estudiante empiece a ser lo que ha sido desde el siglo XVI hasta nuestros días—mozo alegre, aventurero e indisciplinado—, en los siglos anteriores tiene un tinte místico y conventual.

No he de entrar a examinar—porque no hay tiempo para ello y además está profundamente estudiado por los investigadores y todos vosotros, estudiantes actuales, sabéis de ello más que yo—la evolución y formación de los títulos universitarios de Bachiller, Licenciado y Doctor y las atribuciones que la obtención de cada uno de ellos daba a los jóvenes estudiantes.

Para el tema señalado de esta charla sólo interesa subrayar que a fines de la Edad Media, lo mismo que en los gremios—donde ya se ha llegado a la exigencia del examen para la concesión del título industrial—, se llegó en las Universidades, y que la adquisición del grado representa el derecho a admitir a otros en la convivencia docente, lo mismo que en el aspecto industrial significaba adquirir el derecho a competir en la producción o venta. Precisamente en la vieja Universidad boloñesa se concedían excesivos privilegios a los maestros o doctores naturales de ella, hasta el punto de producirse una gran algazara escolar para hacer jurar a los doctores nativos que no se opondrían a que los extranjeros, debidamente elegidos, ocuparan cátedras en las Universidades.

A finales del siglo XV un acontecimiento trascenden-

tal, la invención de la Imprenta, altera bastante la vida universitaria. Antes de ello la labor intelectual universitaria era principalmente oral y manuscrita; apuntes y copias de códices eran el vehículo de transmisión de las teorías de los profesores, y la polémica y la argumentación silogística eran el estilo universitario. Este sistema se seguía en Bolonia, en París, en Colonia, en Salamanca y en Lérida.

Además, este sistema daba uniformidad a todas las Universidades europeas la general sumisión al Papa y el carácter eclesiástico de la mayor parte de ellas.

Ya he dicho que la vida universitaria no es en estos tiempos, final de la Edad Media y siglo del Renacimiento, una entidad nacional. Por ello se explica perfectamente que los más sabios maestros de la época sean traídos y llevados de unas en otras, llamados por su fama y pagados por las propias Universidades. Otras veces son los reyes los que llaman a sus cortes a los más ilustres maestros y subvienen a sus necesidades permitiéndoles la explicación en las Cátedras universitarias. Los más insignes hombres de ciencia de la Edad Media y del Renacimiento corren por toda Europa y difunden sus enseñanzas en unas y otras Universidades. Alberto Magno es profesor en París y en Colonia; Santo Tomás, que ha estudiado en Italia, en Francia y en Alemania, explica sus lecciones más tarde en París, en Oxford, en Colonia y en Harvard; Erasmo de Rotterdam, que ha estudiado en la Sorbona, en el famoso Colegio Montaigu, donde también fueron colegiales San Ignacio de Loyola, primero, y Juan Luis Vives, después, explica sus lecciones en París y en Oxford, y más tarde, en pleno cisma luterano, se retira a Basilea, desde donde sigue aleccionando al mundo en la senda del humanismo. El ilustre filósofo español Luis Vives, universitario en Valencia, colegial en París, se trasladó a Flandes y difundió su sabiduría desde Brujas, primero, y desde la famosa Universidad de Lovaina, más

tarde. Lo mismo que éstas, las figuras insignes de Miguel Servet, Tomás Moro, Vitoria, Suárez y Grocio recorren las Universidades alemanas, flamencas, españolas, italianas o inglesas.

Pero, en realidad, el final de esta Universidad europea que acoge en su seno a estudiantes y maestros de distintos orígenes nacionales, sin otra consideración que la del saber por el saber y la cultura por la cultura, empieza con la Reforma. También con ella empieza en el mundo el fracaso del humanismo, que es el intelectualismo de la época. Frente a la severidad y la serenidad con que los altos maestros de Teología, Retórica y Derecho del siglo XVI explican en su perfecto latín en las altas Cátedras de las Universidades tradicionales, Martín Lutero, humilde e ignorado fraile agustino, que no ha pasado por ninguna de aquellas célebres escuelas, hombre rudo y enérgico para quien un ser humano, y especialmente, un cristiano, tenía que ser hombre de guerra, alza su voz en las calles y en los caminos de Alemania, no en el latín correcto de los humanistas, sino en el rudo idioma del pueblo. Frente a la fina espiritualidad de los doctores universitarios, el fraile germánico tiene—como dice Zway—los dones del genial conductor de pueblos: gestos plásticos y palabra programática.

Lutero enciende la lucha en las ciudades, en las aldeas y en los campos de batalla y la lleva hasta la Universidad, donde la Contrarreforma, antes de ir a la guerra, ensaya sus razonamientos y sus silogismos.

La Reforma no llega a imponerse a Europa, pero indudablemente rompe la unidad espiritual que hasta los albores del siglo XVI había existido en el terreno de la inteligencia y la sabiduría. A partir del triunfo del protestantismo en Alemania e Inglaterra las Universidades pierden ese sentido internacional, y poco a poco van reduciendo su esfera de acción a los escolares de una misma nacionalidad. La Universidad española se hace es-

pañola; la francesa, francesa; inglesa, la inglesa, etc. Y aun cuando las doctrinas de unos y otros maestros traspasan las fronteras en alas de los libros, ya empieza a ser raro el caso de que las Universidades acepten las lecciones de profesores extranjeros.

Coincide con la Reforma el pleno establecimiento de los Estados nacionales. España ha creado su Imperio. Francia ensaya los primeros pasos de su Estado absolutista e Inglaterra empieza a acariciar su sueño de ser la reina de los mares. Aún se da—a fines del siglo XVI y principios del XVII—el caso de un profesor español explicando en Universidades de fuera de España. O el de discípulos de lengua no española viniendo a Salamanca o a Alcalá de Henares. Pero esto es porque España es un Imperio que abarca muchas tierras y, naturalmente, profesores y alumnos viven de una idea común.

Al terminar el siglo XVIII la Universidad es nacional en todas partes y ha surgido como aspiración de todas ellas el monopolio para el ejercicio de las profesiones, y a los extranjeros empieza a dificultárseles la obtención de títulos universitarios, facultativos. Con todo ello la Universidad, sobre todo la Universidad española, que—instrumento estatal, ya tiene que seguir el ritmo de decadencia del país—pierde importancia y eficacia. La Universidad española llega al lamentable estado en que la ha descrito el Padre Feijoo, y se empieza a pensar desde el Estado absolutista de los Borbones en la reforma de la misma, cosa que no llega hasta la época de Carlos III, aun cuando en los reinados de Felipe V y Fernando VI se ensayan algunas disposiciones legales para reformarla.

En esta época la situación de las Universidades era lamentable. Su autonomía y la falta de inspección daba lugar a abusos extraordinarios, sobre todo en la concesión de grados: rivalizaba en cuestiones filosóficas y teóricas fundamentales, estaba dividida interiormente en

bandos y fracciones inconciliables, y con dotación insignificante las Cátedras alejaban de ellas a los hombres más doctos del país y las traía a manos de eclesiásticos menores sin preparación para la enseñanza superior. Entonces fué cuando se decidió centralizar y uniformar la dirección e inspección de los estudios y la creación de organismos científicos ajenos a la Universidad, donde llegaban más fácilmente que a ella nuevas tendencias intelectuales. Organismos científicos—justo es decirlo—donde en el siglo XVIII se infiltraron muchas teorías antinacionales y por los que penetró la francmasonería a los medios intelectuales de España. Ya en esta época, y en el siglo XIX, las Universidades, salvo la de París, que siguió conservando siempre con orgullo su calidad de Maestra de gentes de todas nacionalidades, y más tarde la Universidad católica de Lovaina, se encerraron en un régimen de xenofobia. La Universidad francesa pasó por varias vicisitudes durante la Revolución, pues los ideales democráticos, enemigos de toda jerarquía, tenían que manifestar su encono a la que establecía los grados académicos, que por fuerza mantenía diferencias y privilegios mentales entre la masa de los ciudadanos. En esta época se dieron consignas antiuniversitarias que después han sido repetidas por las revoluciones comunistas, tal como aquella de que «la libertad no es el producto de las ciencias y las artes y no la han traído al pueblo los sabios, sino los **sans culottes»**. El Consulado y el primer Imperio francés se preocupan de la Universidad y la organizan. Napoleón deseaba formar una doctrina uniforme que se difundiera por igual entre todos los hombres de Francia y constituyese el apoyo moral e intelectual de los gobernantes. Para conseguirlo trató de formar un Cuerpo docente con jerarquía y disciplina de tipo militar, dentro del que se pasase de unos cargos a otros por ascenso, como en la milicia. No obstante ser Napoleón hijo de la Revolución y nieto de la Enciclopedia, fijó su

clara mirada en la organización de los jesuítas, tomándolos por modelo en este punto de jerarquía y milicia de su formación, con la aspiración de dar un sentido semejante a la organización de la enseñanza oficial de su Imperio, única entidad capaz de crear y vigilar la doctrina esencial del propio Estado. Con esta teoría crea en 6 de mayo de 1806 la Universidad imperial, en la que debían formarse todos los funcionarios públicos, entendiendo por tales no sólo aquellos que el Estado paga, sino a todos cuantos desempeñan funciones públicas, tales como notarios, abogados, maestros, sacerdotes, etc.

Con este sentido de formación estatal, naturalmente, la Universidad napoleónica no podía ni quería en manera alguna tener un intercambio de profesores y alumnos con los de otras naciones.

Lo mismo que la etiqueta, que la estrategia y que la legislación civil napoleónica, su doctrina universitaria traspasa las fronteras de Francia e influye en otros países, principalmente en España, en donde el siglo XIX ha copiado siempre las normas, buenas o malas, de la vecina de más allá del Pirineo. Las Cortes de Cádiz proyectaron una reforma universitaria en este sentido afrancesado y enciclopedista, que no pudo llevarse a cabo porque los estudiantes abandonaron la vida escolar para formar los famosos batallones literarios—algunos de los cuales, de ilustre memoria ha conmemorado el Sindicato Español Universitario en un acto en que yo mismo tuve el honor el hablar—que salieran al campo de batalla a librar combate contra las divisiones napoleónicas. Más tarde, terminada la guerra, en 1813, se presentó un informe que, no obstante la guerra de la Independencia, continúa inspirado en los principios franceses. La Universidad española sigue los azares y vaivenes de la política decimonónica, y liberales y absolutistas, progresistas y moderados estudian y varían diferentes planes que no hay

que mencionar ahora, pero en todos ellos impera el sentido nacionalista.

Tiene que ser el siglo XX—ya entrado en años—el que modifique esta falta de relaciones internacionales universitarias. No quiere decir esto que se haya alcanzado, ni con mucho, el justo límite apetecible para quienes necesitan del contraste de escuelas y de profesores. Pero mucho supone para las relaciones culturales de los pueblos los pasos que se han dado en este sentido. Es de esperar que el tiempo mejor que se anuncia detrás de las tempestades que atormentan al mundo, la vida universitaria internacional adquiera un mayor desarrollo y una mayor elasticidad, que favorezca las mejores relaciones de los pueblos, basada en el contacto de sus juventudes y en el intercambio de sus intelectuales más eminentes.

Existen actualmente multitud de becas—y ya me concreto a España—que permiten a los estudiantes más laboriosos completen su preparación técnica en las más famosas Cátedras del mundo. El acceso a las mejores Universidades europeas, y principalmente a las alemanas, donde los distintos ramos del saber humano han alcanzado notoria preeminencia, era fácil hasta principios de la guerra, y son innumerables los jóvenes profesores españoles que han completado su formación científica, adquiriendo al mismo tiempo un robusto pensamiento político, que después han puesto al servicio de España, en estas famosas Universidades alemanas.

Hoy día todas las Universidades europeas conceden grados de Licenciado o Doctor a estudiantes extranjeros que en ellas se matriculan y cursan sus estudios. También debe señalarse como norma actual de convivencia cultural y universitaria la reaparición de la norma tradicional de los doctores «honoris causa», título con que las más famosas Universidades del mundo premian a los hombres eminentes que influyen con su pensamiento y sus estudios en el saber humano.

Es de reciente creación la Institución llamada Lectorado, creada por distintos países para facilitar con mayor autenticidad el estudio de su lengua y su literatura a los estudiantes extranjeros que no pueden, por distintas circunstancias, desplazarse de sus patrias a estudiar aquéllas en el país originario. Estos Lectorados, a pesar de ser una institución de tipo universitario, han desbordado en casi todos los países de los Ministerios de Educación Nacional, pasando a los de Relaciones Exteriores. En España, nuestro Ministerio de Asuntos Exteriores—que desde su Sección de Relaciones Culturales realiza una gran labor con el auxilio eficacísimo del de Educación Nacional y de algunas otras entidades de alta cultura y asimismo de la Delegación Nacional del Servicio Exterior de F. E. T. y de las J. O. N. S.—sostiene actualmente Lectorados de lengua y literatura españolas en gran número de Universidades. Debido a nuestra guerra civil, primero, y después a las actuales circunstancias del mundo, no todos los Lectorados previstos tienen un funcionamiento normal. Hay varios que funcionaron anteriormente y ahora se encuentran en período de reorganización. Otros, que no han funcionado nunca, se estudian para el momento oportuno.

Actualmente funcionan con toda normalidad Lectorados españoles en las Universidades siguientes:

Alemania: Universidades de Berlín, Hamburgo, Heidelberg, Munich, Münster, Estrasburgo y Leipzig.

Italia: Universidades de Roma, Génova, Palermo, Bolonia, Florencia, Milán y Nápoles.

Francia: Universidades de París, Toulouse y Burdeos.

Holanda: Universidades de Utrecht y Amsterdam.

Dinamarca: Universidad de Copenhague.

Suiza: Universidades de Ginebra y Lausanne.

Suecia: Universidades de Estocolmo, Upsala y Lund.

Finlandia: Universidad de Helsinki.

Portugal: Universidad de Lisboa.

Rumania: Universidad de Bucarest.

India inglesa: Universidad de Bombay. Cátedra de Rajkot.

Egipto: Universidad de El Cairo.

Están en período de reorganización los siguientes Lectorados:

Inglaterra: Londres.

Alemania: Colonia, Bonn, Francfort, Marburgo, Praga y Varsovia.

Antiguo Reino de Yugoslavia. Sarajevo y Belgrado.

Grecia: Salónica.

Bulgaria: Sofía.

Africa francesa: Argel y Orán.

Japón: Osaka.

Estados Unidos: Universidades de San Francisco, Los Angeles, Princeton y Wisconsin.

En estas últimas Universidades norteamericanas el sistema que se ha seguido es diferente del de las restantes Universidades. El Lectorado es pagado por las mismas Universidades en lugar de serlo por el Estado español, como lo son en las otras que se han citado.

Debe señalarse, aun cuando su organización y sostenimiento no dependa del Estado español, la famosa Universidad de Santo Tomás, de Manila, fundada por los frailes Dominicos, y en la que, no obstante la rivalidad y el predominio de la enseñanza norteamericana, se conserva una tradición nuestra, de la que aprovechan por igual estudiantes yanquis, filipinos y españoles.

El Ministerio de Asuntos Exteriores concede becas para estudiantes en el extranjero; en la actualidad tiene varios pensionados en Alemania y en Italia. En colaboración con el Ministerio de Educación Nacional, organiza cursos de verano, para extranjeros, en Santander.

Italia sostiene Lectorados de idioma italiano en las siguientes Universidades españolas: Madrid, Barcelona, Zaragoza, Sevilla, Valladolid, Granada, Salamanca, Valencia, Oviedo y Santiago.

Existe una Cátedra francesa de Teología en la Universidad Pontificia de Salamanca. También hay Lectorados franceses en varias Universidades españolas.

En las Universidades españolas hay Lectorados de alemán.

Son muy importantes los trabajos de colaboración establecidos por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y son muchos los Profesores alemanes, italianos, suizos, etc., que han sido invitados por dicho Consejo Superior, y por mediación de la Sección de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores, para que trabajen en los Institutos dependientes del Consejo.

Todos los Lectorados españoles en el extranjero han sido restablecidos o creados a partir de abril de 1940, y cuentan con una Biblioteca española circulante, enviada por la Sección de Relaciones Culturales. Los Lectorados organizan Secciones de estudios hispánicos y conferencias de difusión de nuestra cultura, en torno a esas Bibliotecas, que se nutren en gran parte con los envíos de libros españoles hechos por la Sección de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores, que ha difundido en millares de volúmenes el pensamiento español clásico y contemporáneo para ponerlo al alcance de los numerosos alumnos que en todas partes del mundo sienten amor por la cultura hispánica.

Todo esto no es bastante para la apetencia de saber de las nuevas generaciones. Pero, desgraciadamente, las circunstancias del momento no permiten más todavía. Es de esperar que cuando la paz se restablezca en el mundo, los hombres dirigentes de la política europea comprendan la importancia de un mayor intercambio de alumnos y profesores en las Universidades. Si siempre ha sido fuerte la hermandad escolar, ha de serlo mayor después de la guerra, sobre todo en los hombres que toman parte en una batalla inmensa que adquiere en varios de sus escenarios un carácter de Cruzada de sentimientos y de

cultura. En las trincheras de esa inmensa línea de fuego que va desde los hielos del Océano Artico a nacionalidades entre las que se encuentran los mejores estudiantes, que han comprendido la compatibilidad del estudio y la acción y dejan alternativamente uno u otra para cumplir su deber nacional y juvenil, entre esos hombres están los que en el día de mañana han de suceder a los que hoy llevan las riendas de la política en sus países, y esa camaradería que nace en las trincheras cuando se lucha por un mismo ideal ha de repercutir en las relaciones todas de mañana, pero principalmente en las de las juventudes.

Hoy día la Universidad de los países totalitarios no está formada, como en los tiempos liberales y en los primitivos de la Edad Media, por dos guildes diferentes, la guilde de profesores y la guilde de alumnos, como en el Sindicato o la Corporación no existen ya las dos guildes de artesanos y patronos. Hoy día la Universidad es una organización totalitaria al servicio de un Estado nacional, y la misión de los profesores y los alumnos está claramente determinada. Los alumnos de las Universidades españolas, agrupados en vuestro Sindicato por propio impulso de su juventud, han entablado con los escolares de otros países europeos unos vínculos fraternales y estrechos, a veces por su solo esfuerzo. Vosotros, estudiantes del S. E. U., conocéis ya a vuestros jóvenes camaradas alemanes e italianos, y estáis en contacto con los grupos organizados de estudiantes de otros países. Habéis sembrado algo que, desde luego, los Gobiernos no pueden sembrar, porque la distancia y la circunspección diplomática lo impide muchas veces: habéis sembrado la cordialidad y la comprensión. Os conocéis y os estimáis, y por la propia experiencia de vuestros ojos y vuestros oídos habéis entendido muchas cosas que los hombres de una generación anterior no podían ver. Vosotros seréis quienes en plazo breve realicéis una vuelta a la amplitud internacional de las Universidades, no en el sentido que a la palabra internacional

da el concepto liberal masónico o socialistoide, sino en aquello que señalaba yo al principio, cuando hablaba de las Universidades medievales. Porque no hay duda que después del vencimiento de los enemigos eternos, las hordas de la barbarie y la incultura y la plaga de los que, llemándose civilizados, tienen un sentido materialista de la vida, la nueva Europa encontrará en lo que en el orden nuevo no se ha llegado a definir exactamente, pero que supone un restablecimiento de jerarquía de estilo y de universalidad, una fuerza semejante a la que tuvo antes de la Reforma el catolicismo: es decir, un aglutinante social, cultural y económico que, desproletarizando las masas para evitar totalmente la lucha de clases, basada en la injusticia social, haga accesibles a todos los hombres los caminos de la cultura y el estudio. Dentro de este orden nuevo, el sentido totalitario de los Estados y el sentimiento justo de las nacionalidades no podrán, en manera alguna, teñirnos de nacionalismos absurdos ni de internacionalismos traidores. La política internacional tendrá un aire nuevo, y las relaciones culturales, al servicio de una gran idea europea y social, han de presentar un aspecto totalmente distinto del conocido. Hemos de ver un resurgimiento de la vida universitaria, con un sentido fuerte y universal, para el servicio de los más altos ideales humanos.

Vosotros, estudiantes del S. E. U., que habéis llenado con vuestra actuación gloriosa desde vuestro Primer Consejo Nacional, en 1935, hasta la fecha, muchas páginas de la historia de España, tenéis marcado para el futuro un camino espléndido en servicio de la Patria y de la cultura europea. Que la fatiga no os rinda, que el desaliento no os invada, que el aburrimiento no os pueda. Tanto o más para vosotros, que sois jóvenes, ardorosos e ingenuos, que para quienes ya hemos pasado de los años en que la ingenuidad es lícita, debe ser constante cada minuto la mejor quizá de todas las consignas de José Anto-

nio: la de ser inasequibles al desaliento. Si seguís como hasta ahora, continuando cada día el trabajo del anterior, con el gozo juvenil del que empieza uno nuevo, no hay que dudar que os espera para muy pronto la mejor de las recompensas: dirigir la inteligencia española hacia la plenitud histórica de España, que es el Imperio, con lo que daréis a vuestra Patria el puesto preeminente en Europa que quería José Antonio; podréis hacer que alegue su condición de Eje espiritual del mundo hispánico como título de preeminencia en las empresas universales, e instalaréis en el alma de las futuras generaciones la alegría y el orgullo de la Patria. Es decir, cumpliréis las consignas que nos enseñó José Antonio y por las que han caído tantos camaradas nuestros con este mismo grito en los labios: ¡Arriba España!

Día 13 de Diciembre

CONFERENCIA DEL DELEGADO NACIONAL DE PRENSA, CAMARADA JUAN APARICIO

Tema: «Prensa Universitaria»

Romperé la costumbre casi canónica de estas conferencias tradicionales, yo que he vivido varios años en una ciudad ganadera y universitaria, como es la de Salamanca, donde el patio suena, no se sabe si para llamar a las reses o suena dentro de los claustros. Yo he vivido dentro de los claustros de Salamanca, que es toda la ciudad de Salamanca, cuando me encuentro en Madrid me falta tiempo para toda cosa, y por ello me he reducido a esta peroración.

¿Qué es la Prensa universitaria? En esta pregunta hay dos palabras y dos conceptos. Hay dos conceptos; el uno, práctico. La Prensa es un instrumento del Estado para cumplir sus altos fines históricos, y para la educación popular. Al conjugarse Prensa y Universidad nos encontramos en seguida con la novela picaresca.

Yo me atrevería a decir que nuestra novela picaresca era una Prensa universitaria de los siglos XVI y XVII. Al fin y al cabo, todo el paisaje cultural, toda la historia y toda la «dramatis persone» de la novela picaresca se desarrolla en las Universidades de Salamanca o en esta com-

plutense, y los problemas que aquéllas recogen son casi problemas universitarios en conexión con los problemas históricos y culturales de la vida española. Pero existe la diferencia enorme de que mientras el hombre, bien sea este hombre Mateo Alemán o bien el estoico Francisco de Quevedo, es un hombre barroco, que vive todavía la España imperial de los Austrias, vosotros, los universitarios de 1941, os diferenciáis, por fortuna, del alma de este hombre barroco en que si vuestra razón es también acongojada, no tenéis la conciencia de un declinar, sino al revés, vuestra angustia es todavía más grande porque estáis en el estímulo de una carrera histórica. Pero esta extensión de la clase universitaria que yo, quizás de una manera literaria y metafórica, encuentro en la novela picaresca no nos interesa para entenderlo mejor. Tampoco considero Prensa universitaria, y vosotros me daréis la razón, toda aquella Prensa que en el bachillerato de vuestros antepasados y de vuestros padres publicaba versos a los ojos verdes de las infinitas Melibeas de turno.

No es esta Prensa, de pequeño semanario, como tampoco yo considero como Prensa universitaria, referente a la que ha podido publicarse en los últimos tiempos alrededor de las Universidades de Europa, y los boletines que puedan redactar los escolares de Oxford o Cambridge, en donde ponen más pasión sobre el resultado de las regatas que sobre los ejercicios de Platón; ni siquiera aquellas hojitas modestas que se imprimían por la redacción de las comunidades de los estudiantes romanos revolucionarios y subversivos, que se expresaban patriotas y creadores; ni la Prensa de los grupos literarios en turno de las Universidades francesas, donde la literatura era más o menos semirrealista; ni siquiera esta hoja que yo me he encontrado esta primavera alrededor de la Universidad de Coimbra, y que todavía tiene un nombre con gran intensidad nostálgica; pues esta hoja de estudiantes con levita y capa y con sabantón debajo del brazo, que

se llama «Vía Latina», es la Prensa universitaria que nosotros queremos y que vosotros, por fortuna, ya habéis hecho en España.

Yo creo que la Prensa universitaria, la Prensa universitaria española, ha sido en su buena época, y lo será, gracias a Dios, en esta España de Franco, en que, como he dicho hace un momento, el hombre siente la misma congoja que el hombre barroco, pero una congoja más feliz; esta Prensa universitaria fué la expresión de un alma nacionalmente subversiva de la juventud.

Se han cumplido hace muy poco—diez años—, en el año tremendamente patético de 1931, y en este mes universitario de octubre de 1931, que en el número de la fundación de J. O. N. S.—permitidme esta pequeña confesión individual—yo publicaba en el número del día 3 de «La Conquista del Estado» un artículo tremendamente retórico, y con una retórica quizás directamente, que yo titulaba «Gritos y Pasquines, al abrirse la Universidad». El estado de espíritu de mi generación, de la primera generación de españoles con genio de España, puede quizás adivinarse ya en los párrafos estremecidos de esta soflama: «Mientras tal momento subviene...»

En este tono extractado y valiente, en el que colaboraban, como he dicho hace un instante, las primacías de nuestra promoción con conciencia histórica, ya había un indicio de Prensa universitaria; y es que en el fondo aquella «Conquista del Estado» primitiva era el antecedente primero de nuestro «Haz». Y era porque la reacción de la «Conquista del Estado» da los primeros fundadores del nacionalsindicalismo; eran universitarios, y lo eran porque tenían el deber histórico de serlo. Por eso yo siempre pongo junto al S. E. U. una gran esperanza, porque tiene una raíz profunda, una raíz que es la de la Universidad, la de la conciencia apasionada de nuestra historia y de nuestro destino en la Historia. Pero la «Conquista del Estado» hubo de morir en ese mes de octubre, cuan-

do ya existía otro ejemplar magnífico de Prensa universitaria, en Valladolid, y me refiero a «Libertad».

Las jornadas revolucionarias de los estudiantes nacionales de Valladolid de aquel año 1931 se vieron magníficas, promovidas y grávidas gracias a la existencia de «Libertad», que era la expresión del alma nueva en letra impresa; pero casi con una misma fuerza que si fuera impresa en tablas de bronce. Y después de «Libertad», vosotros, los camaradas más antiguos, quizás recordéis que en el año 1934, y en una cárcel, en la Cárcel Modelo, fué un caído glorioso del S. E. U., fué Ródenas, quien, compañero de prisión conmigo, con nosotros, con otros buenos y magníficos camaradas de la Falange, decidieron y decidimos que en el semanario político de la Falange, el «FE» de entonces, hubiera la primera página universitaria. Y aquella página universitaria de «FE» se redactó, se compuso y se dirigió desde las celdas de la Cárcel Modelo; y es que ya estaba la España de la guerra de 1936, de la guerra de las trincheras, muy en sazón, y vino lo más maravilloso de las grandes sazones de España, que es el mes de marzo, y en marzo de 1935 ese español de alma cálida, porque al fin y al cabo era un producto de la tierra cálida de Almería, Alejandro Salazar, llegó a concretar todo esto en algo claro, diáfano, valiente, revolucionario, que fué el semanario «Haz», que nace el 26 de marzo de 1935. Y José Antonio Primo de Rivera y Julio Ruiz de Alda, como antes Onésimo Redondo y Ramiro de Ledesma, dieron a la fundación de «Haz» toda la simpatía, todo el apoyo y, sobre todo, toda la esperanza en su éxito seguro, porque, camaradas, «Haz» era la expresión exactísima de una generación que estaba dispuesta a ir a las trincheras, si era menester y necesario. Y creo que después de esta graduación creciente, de este ritmo valiente que fué de este artículo un poco, como digo, retórico, hasta la creación perfecta de «Haz»,

en 1935, fué un diapasón ascendente, para después venir a la situación en que actualmente nos encontramos.

Voy a ser tan sincero como siempre he sido durante toda mi vida. El «Haz» de 1935 se fundó gracias a algo que no son suscripciones, a algo tan fuerte como es la sangre, el entusiasmo y la juventud. Pero si buscamos los libros de contabilidad, si existieran esos libros, encontraríamos que «Haz» nació por el apoyo de 25 suscripciones, y nada más que por 25 suscripciones. Y yo, camaradas, os digo que en diciembre de 1941 «Haz» no tiene más que 950 suscripciones, y esto no puede ser; es una gran responsabilidad vuestra y de los jefes de Distrito Universitario y de todos los que no han puesto la misma pasión de 1935 en que «Haz» continuara con su curva ascendente. Pero es que quizás en 1941 no podía el periódico, no podía el semanario de la Falange universitaria tener la misma tensión que en 1935. Y éste es el tremendo problema de la Prensa universitaria española en la época actual, en esta hora, en este mismo momento en que vivimos.

«Haz», el «Haz» de Alejandro Salazar y de todos aquellos camaradas que han muerto, o de los que por fortuna todavía sobreviven, fué—no me he cansado de repetir—la expresión de un momento pasional, y no sólo pasional, porque tratándose de universitarios esto sería muy poco; de un momento cultural, intelectual de la vida juvenil de la generación universitaria, de la primera generación combatiente. Pero desde entonces han pasado muchas cosas en España y, sobre todo, ha pasado la cosa tremenda, magnífica y victoriosa de la guerra ganada por nuestro Caudillo, Francisco Franco, ganada por España entera; pero sobre todo, con el apoyo de la Falange, y dentro de la Falange, con el apoyo de la juventud consciente de España, que es la universitaria, que es la del S. E. U.; con esta juventud, que con una frase que ya he repetido y acuñado, es lo que llamo la promoción de

1935, o sea, más sintéticamente, gracias a las quintas del S. E. U. Pero toda la pasión y toda la intención que se puso en esta faena quizás fuera en mengua de la misma pasión que tenía que ponerse en la Prensa universitaria para seguir la línea con las calorías de la época fundacional. Y entonces surgen las planas enteras de los periódicos que con el título de «Falange Universitaria» eran todo lo más contrario a esos pasquines, esos gritos que yo demandaba en 1931, y cuya sublimación más perfecta fueron cada una de las páginas de «Haz» en 1935. Lo que tenía que ser dinamicidad, creación, vida, se convirtió en lo que en el léxico periodístico se dice que es un vulgar ladrillo. Claro es que todavía, mejor dicho, es que ya estábamos ante el tremendo problema de lo que debía ser la Prensa universitaria.

Al mismo tiempo, y en estos años de la guerra y de la postguerra, en los Albergues universitarios y en las aulas universitarias de España surgían de vez en cuando esos periódicos murales que eran la transformación periodística acaso más lograda de los pasquines, transformación necesaria en todas las acciones y en todos los momentos para poner en vilo a la multitud. Y a la vez de esas páginas universitarias, de esos periódicos murales, han ido surgiendo en unas provincias, esporádicamente, con peor o mejor fortuna, los Boletines de información; y, sobre todo, ha conseguido ya lo que indudablemente es un perfil clásico y quizás ya inmejorable. Ha surgido la revista, que más que revista es el memorándum, el guía de «Guía», revista, semanario del Servicio técnico, en que los estudiantes encuadrados en las filas universitarias, o los que desde la calle miran con los ojos abiertos, miran en busca de una posición social, hacia la Universidad, o hacia—los más o menos universitarios—los muros, para buscar una idea. Pero esto todavía es poco. Pero acaso me diréis que no puede ser más, y no puede ser más porque la Prensa universitaria, casi por ser Prensa y llevar el

adjetivo «universitario» en un momento en que la pasión de los años fundacionales no está expresada periodísticamente con la misma tensión de entonces, ya se recorta voluntariamente, se circunscribe su ámbito, y viene a ser una cosa tan perfilada como aquel iluso profesor catalán que escribió un libro sobre la obstetricia catalana.

Yo estoy convencido que sería dificilísimo para un escritor hacer una revista universitaria, un cuento, una novela, una sección de humor exclusivamente para los universitarios, porque sería tan paradójico y tan imposible como si se tratara de decirles un cuento que sirviera de pasatiempo para los cojos o los mancos, aunque esto sea una situación más permanenete en la vida humana.

Y por esto, yo, desde la Delegación Nacional de Prensa, he procurado que la Universidad y sus problemas universitarios irrumpan señorialmente, con pleno dominio, en las páginas, en las columnas, en todas las secciones de la Prensa española. La Universidad española, los españoles encuadrados en el S. E. U., los nacionalsindicalistas, tienen derecho a llevar su voz, sus gritos, sus pasquines y sus problemas a todas las páginas, a todas las secciones, a imprimir un carácter juvenil y disciplinado en la Prensa de España. Y yo creo que se ha conseguido en parte, y con la ayuda vuestra creo que la demasía vendrá también. Pero esta misión, esta presencia de los universitarios en la Prensa española, que de este modo se convierte en Prensa al servicio de la Universidad, ya que es unidad de los instrumentos más necesarios del Estado, puede ser que no os baste y que sintáis todavía la nostalgia de aquella Prensa universitaria de 1935, o que yo siento la nostalgia en muchos casos de mis deseos de 1931. Seguramente tenéis también razón. Y como esa nostalgia de años ha sido más fuerte que lo fuera la contemplación del pretérito, y la ha llevado adonde tenía que ir, y ese camino termina en las puertas de San Petersburgo, allí la tenéis queridos camaradas del S. E. U., en la Sección del Sindicato Español

Universitario, encuadrados en las filas de la División Azul. Y yo, que tengo allí mis buenos amigos, y vosotros, que tenéis allí muy buenos camaradas, recibís constantemente —y yo acabo de recibir esta mañana—cartas y más cartas, en las que veis cómo están haciendo un alma nueva; porque ése es el secreto de la Falange, que la Falange no es un Partido con dogmática, sino una perpetua recreación del espíritu sobre España. Y gracias a esta recreación de la Falange, que se está realizando por la vanguardia de la nación española, frente a la Rusia moscovita, gracias a esta recreación, yo os prometo que volverán otra vez los periódicos universitarios con las calorías y con la ilusión de 1935.

Mientras tanto, es preciso que el semanario «Haz» no se consuma en la apatía de los universitarios que no lo propagan. No puede ser que sean tan sólo 950 las suscripciones del semanario «Haz», que éste haya renunciado voluntariamente al cupo de papel asignado y que haya pedido que se le rebaje; no puede ser que el semanario «Haz» no esté en cada mano de un camarada que pulule o estudie por los ámbitos de la Universidad española; y como estoy convencido de que esto no puede ser, uno de los frutos prácticos de este Consejo será una nueva vigorización del semanario «Haz», mientras llega el momento en que haya un nuevo «Haz», un «Haz» apretado, expresión de esta alma polémica y recreadora que se está creando en Rusia, entre sangre, entre nieve y entre gloria.

Camaradas: ¡Viva Francisco Franco! ¡Arriba España!

CONFERENCIA DEL ASESOR NACIONAL DE CULTURA DEL F. DE J., CAMARADA JULIAN PEMARTIN

Tema: «Asesoría Nacional de formación nacionalsindicalista»

Agobios de tiempo me han obligado a reducir la ponencia que se me asignó, «La asesoría de formación nacionalsindicalista», a fijar la función de la misma sin que me hayan permitido proyectar siquiera los organismos e instrumentos que podrían realizarla.

Para fijar la función de nuestra Asesoría creo necesario algunas aclaraciones sobre el concepto de formación nacionalsindicalista, ya que ese concepto, habitualmente erróneo en numerosas mentes desautorizadas, ha llegado a parecer deformado en alguna reciente disposición ministerial: la Orden del Ministerio de Educación Nacional de 16 de octubre de 1941.

Desde el principio nos dijo José Antonio que para salvar a España, en la única manera de salvación, para formar en las filas de la nueva fe española, habíamos de adoptar ante la vida entera, en cada uno de los actos nuestros, una actitud humana, profunda y completa. Esto quiere decir que la personalidad política de cada español no puede considerarse como una parte tan sólo de toda su personalidad humana; la personalidad política de cada español, la actitud de cada español ante la Patria, debe ser una actitud total, entera, fundamentada plena-

mente en todo el acervo intelectual y moral de cada individuo. La formación política, la formación nacionalsindicalista no puede concebirse, pues, como un compartimento a placer incomunible de la total educación, de toda la formación que se dé a los españoles, sino que debe ir difundida por cuantas disciplinas, por cuantas enseñanzas y ejercicios integren dicha educación, que, claro es, además de estar orientada plenamente hacia la nueva fe política, en el momento oportuno debe levantar las cátedras doctrinales que enseñen los fundamentos de la política vigente.

Sostener lo contrario, concebir la educación política como una asignatura, como una enseñanza aparte, adjetiva, en todo el cuerpo de la enseñanza, es seguir viendo la política, es decir, al servicio de la Patria, es seguir concibiendo la Patria con mente, por lo menos, liberal.

Estas premisas nos indican claramente que la función de la Asesoría de que tratamos es esencialmente inspectora, ya que la ordenación y creación doctrinal no debe corresponder a ella, sino al organismo que para esa importantísima misión creó la Junta Política: el Instituto de Estudios Políticos, hoy, por desgracia, instrumento absolutamente inválido y acaso pernicioso, con el ejemplo de su opulenta inactividad.

Tal misión inspectora de la Asesoría de Formación Nacionalsindicalista ha de realizarse sobre todo en la juventud, en el período de su formación, que necesariamente recibe en los Centros de Enseñanza o en los Centros de Trabajo y en el mismo Frente de Juventudes.

Por lo tanto, la Asesoría de Formación ha de ejercer, en primer lugar, inspección constante sobre las demás Asesorías del Frente y sus altos organismos formadores, para que todas las actividades educativas que de ellos emanen se mantengan en el mayor vigor doctrinal y se manifiesten con el más puro estilo falangista.

Y al ejercer esta función que pudiéramos llamar inter-

na, cumple ya la Asesoría de Formación su cometido: congregación de la juventud absorbida en los cuadros de aprendizaje, ya que, por el carácter exclusivamente técnico de la formación suministrada en dichos centros, toda la formación política que haya de recibir en ellos dicha juventud ha de darla necesariamente el Frente de Juventudes, por sus peculiares instrumentos formativos.

La misión inspectora que la Asesoría de Formación ha de realizar en todos los Centros de Enseñanza ha de dirigirse primero sobre la integridad doctrinal de la enseñanza que actualmente recibe la juventud española, en los Centros oficiales y privados, para que esa doctrina vaya siempre debidamente orientada y nutrida, y luego hacia esa misma enseñanza.

Quiero decir que la función inspectora de la Asesoría Nacionalsindicalista, que se estableciera en el Frente sobre centros de trabajo, se cumple a través de la inspección interna de nuestra Asesoría, puesto que la formación que pueden recibir los aprendices en los centros de trabajo depende de nuestra actividad, pues no puede recibir otra clase de formación política, como sucede en los Centros de enseñanza. Veamos ahora, por tanto, las funciones inspectoras más importantes que tiene que desempeñar nuestra Asesoría Nacionalsindicalista, es decir, aquella que tiene que realizar en los Centros de enseñanza.

Para lo primero, la Asesoría de Formación Nacionalsindicalista debe recabar la inmediata creación de una Cátedra de Derecho Político Nacionalsindicalista, en la Facultad de Derecho; otra, de Doctrina del Movimiento en sus relaciones con el Derecho, la Historia y el Arte, en la Facultad de Filosofía, y Cátedras semejantes a esta última en las Escuelas Normales de Maestros. Y debe tener presencia permanente en la confección de los planes de enseñanza y de los programas emitidos por las Direcciones Generales del Ministerio de Educación Nacional.

Para lo segundo, en primer lugar, debe tener representante en los Tribunales de Oposición a Cátedras de Universidad, de Instituto y de Escuelas Normales, y en segundo lugar, debe ejercer vigilancia por medio de un adecuado cuerpo en todos los Centros de Enseñanza para comprobar que se explican adecuadamente las disciplinas debidamente elaboradas.

Está claro que esta presencia está mucho más acusada en determinados problemas, sobre todo en Historia, Filosofía, Literatura, etc. Para lo segundo, para la inspección sobre la misma enseñanza en su ejercicio, debe tener representantes en los tribunales de oposiciones a Cátedras en la Universidad, o por lo menos en los Tribunales.

Pero el Frente de Juventudes no puede olvidar a la Juventud en estas horas en que la Juventud está fuera de la órbita estricta de su preparación profesional, sino que tiene que vigilarla en todas aquellas actividades y manifestaciones públicas que, en el aspecto político, pueden influir en la formación de esa juventud. Por ello, la Asesoría de Formación Nacionalsindicalista debe tener representantes en aquellos organismos de censura montados por la Vicesecretaria de Educación Popular para las publicaciones y espectáculos ofrecidos preferentemente a público juvenil.

Esta es, en esbozo, la función que incumbe a la Asesoría de Formación Nacionalsindicalista, y ahora habría que precisar los procedimientos e instrumentos con que puede realizarse, comenzando por dilucidar si esta Asesoría debe establecerse como un alto organismo, al nivel de la Delegación Nacional del Frente de Juventudes o como sendas Asesorías, insertas en la Jefatura del S. E. U. y en las de las Secciones que integran dicho Frente.

Perdonadme, camaradas, que, como ya os dije, no haya podido traer siquiera un somero estudio de esta segunda parte de mi ponencia, pero el tiempo ha podido más que mi voluntad de servir.

Día 14 de Diciembre

CONFERENCIA DEL CAMARADA ANTONIO TOVAR

Tema: «Misión del estudiante en la Revolución nacional-sindicalista»

Camaradas:

Hablar aquí en estos momentos de la Universidad, celebrar un Consejo como este vuestro, tan lleno de honradas preocupaciones universitarias, tiene una tremenda actualidad. Puesto que sabemos que la fuerza está en el ímpetu militar apoyado en la inteligencia, y puesto que en el mundo en que vivimos el secreto está en la amenaza que pesa sobre el porvenir de cada Patria débil, lo importante de nuestra misión universitaria está en dotar a la Patria de la inteligente fuerza que necesita, del ímpetu con bases técnicas, de la ambición apoyada en el conocimiento preciso, científico, de las cosas. No cantaremos, los que somos de nuestra generación, a la Ciencia con embobamiento teórico: podremos tener hasta amor a la Ciencia, pero lo que en ella nos interesa es, en primer término y antes que nada, cómo la Patria la necesita. El valor heroico y primitivo de los mejores combatientes de hoy tiene detrás—y si no es demasiado débil—unos for-

midables organismos estatales y unos asombrosos medios técnicos.

Por eso temblamos nosotros, falangistas, cuando vemos a demasiados compatriotas nuestros entusiasmarse fácil e ingenuamente ante el valor primitivo y heroico, para descuidar el montaje de un Estado serio y las bases científicas, esto es, universitarias, de una técnica nacionalizada y fuerte.

Queridos camaradas: Voy a hablar claro y a dar aquí, entre vosotros, alegremente y en camaradería, un grito de alarma.

Para nosotros, todos universitarios, muchos, como yo, decididos a pasarnos la vida en la Universidad, el problema de enlazar el valor heroico con un espíritu estatal y una ciencia nacionalizada es lo más urgente y lo que de manera gravísima constituye el problema de la Universidad.

A la luz de esta conciencia de peligro, en estos momentos de guerra mundial, no puede menos de parecernos estúpida (si no traidora) la conducta de cuantos socavan la soberanía del Estado y le quitan las palancas de mando que tiene para promover una ciencia nacional. Que estas palancas estén mohosas, que en nuestra Universidad quede demasiada cochambre, que no sea un tono muy revolucionario—aquí os veo pensar en muchos nombres; sí, a ellos me refiero—; en una palabra, que el Estado no haya hecho hasta ahora uso de todo su poder para una serie de buenas cosas, no prueba que haya que cercenar más este poder Por la unidad política de los españoles, por la ágil impulsión de la ciencia nacional, por evitar la comercialización lamentable de la enseñanza universitaria (bastante extendida ya por la desidia imbécil de muchos), hemos de oponernos a la creación de nuevas Universidades y al desgarramiento del poder estatal en el campo universitario. ¡No más leyes que arranquen partes importantes de poder a un Estado

que nosotros queremos «totalitario», y que en la enseñanza está a veces sometido a presiones y corrientes del tipo más antiestatal y liberalísimo!

Camaradas, estoy hablando bastante claro: que esto quede dicho aquí, en el S. E. U. (vosotros, los mandos, juzgaréis hasta qué punto es o no de la ortodoxia falangista lo que digo), mientras se estudia una importantísima reforma universitaria.

En realidad, que el Estado no haya hecho muy buen uso de su poder, que en lugar de engrasar las palancas haya regalado por las buenas unas cuantas, no nos desanima en nuestra fe revolucionaria, que espera de la actuación estatal, política, la mejora en nuestra enseñanza. No hay revolución constructiva posible, no hay intervención dura, ágil, fuerte, activa en la enseñanza si comenzamos por reducir el campo de acción estatal y clasificar con un riguroso clasismo (¡en todos los grados ya!: colegios de pago, escuela gratuita) la enseñanza.

Alguien tal vez me dirá que todo esto lo sabemos ya. Y le diré que también sabemos otras cosas, y que no por eso las hemos de callar. Además, si somos revolucionarios, no vamos ciertamente a abandonar el timón y a ponernos buenamente a esperar que las cosas se arreglen solas.

Por eso, para empezar voy a lamentar algunos hechos que complican y alteran la vida universitaria, y que, lo que es peor, pueden llegar a significar una alteración en la vida nacional; me refiero a las facilidades dadas a mucha gente para hacer el Bachillerato. Ello ha llenado nuestras Facultades de gentes indocumentadas. La ortografía misma ha decaído en los exámenes de una manera alarmante, y una enseñanza secundaria igual, que uniformice la preparación de los españoles, cada día aparece más lejana.

La consecuencia de esto es el número desproporcionado de alumnos en las Facultades. A veces el S. E. U., lle-

vado tal vez de impulsos generosos y sencillos, busca dar facilidades a los estudiantes, unas vacaciones más largas, unos exámenes menos rigurosos; pero esto sería desacertado, pues la competencia luego, con la carrera terminada, va a dejar en el arroyo a muchos titulados universitarios, con el consiguiente desprestigio para todos.

Una justicia severa, que vaya cribando los cursos, es un beneficio para los estudiantes, y lo es para la Patria, que evitará tener paro intelectual. Los mismos eliminados por esta severa justicia no son tan perjudicados a la larga como lo serían si con una preparación insuficiente se vieran lanzados a la dura lucha de la competencia profesional sin otro bagaje que el del mero título.

Hablando de esto, creo que toco el punto más grave y delicado, el punto que ningún industrialismo docente puede resolver, y sí sólo el Estado. Abandonar el resorte de esto es cortarnos las manos, y no podemos dejar que una tras otra el Estado vaya perdiendo las manos—exámenes. Centros, programas—con que maneja la enseñanza, y se vaya quedando manco.

He venido aquí para haceros partícipes de estas preocupaciones, como incidentalmente en el Consejo de El Escorial os hice partícipes de una muy concreta sobre el Bachillerato.

Nosotros creemos muy poco en las difusas fuerzas sociales. Si somos aún un Partido revolucionario, todo lo hemos de esperar del impulso que dé el Estado. Creemos en el ímpetu sano y primitivo de nuestra raza; pero no creemos que nadie pueda encauzarle, dirigirle y sacarle rendimiento en la historia mejor que un Estado nacional-sindicalista. Si después de llamarnos falangistas, hombres de nuestro tiempo, en que cada Estado debe ser como un acorazado, obediente al menor gesto del mando único, fiamos la educación de los futuros españoles a desconocidas fuerzas sociales, a esas Academias mercantilizadas cuyos anuncios de preparación para «examen de Es-

tado» leemos en los tranvías y en las vallas de los solares, abandonamos nuestra misión. Ya sabemos que hay muchos españoles, muchísimos, a uno y otro lado, a quienes no les gusta nada el Estado totalitario, y sigue no gustándoles, y en voz baja, como antes en voz alta decía cierto jefe, creen a la Falange de un peligroso «paganismo». Queridos camaradas, en serio: ni siquiera busquemos las causas políticas y económicas (conquistar a la juventud y ganar dinero) de que nace este modo de pensar; limitémonos a señalarles dónde están esas maravillosas Bélgicas cedistas, qué soldados salen de esos colegios norteamericanos, para, como un hecho inexorable, reclamar la imposición del S. E. U., de las Organizaciones Juveniles, de todo lo que representa espíritu militar, estatal, revolucionario, obligatoriamente a todos los españoles. La fisura que existe entre el español de escuela gratuita y colegio de pago, el alumno de colegio de pago y de Instituto nacional, es por donde queda incubándose otra vez la lucha de clases. No hago retórica, y doy este grito ante la amenaza, vigente en el proyecto de Reforma universitaria, de la admisión por el Estado de una Universidad de pago, que hasta en los grados superiores de la enseñanza diversifique la educación de los españoles. Y yo os pregunto a vosotros, camaradas falangistas: ¿qué porvenir puede tener el S. E. U. en las futuras Universidades de pago? Podemos medir por el presente mediocre destino de las Organizaciones Juveniles en los colegios de pago.

Sea, pues, en estas palabras sobre la Universidad nacionalsindicalista, ésta de la unidad la primera consigna. Universidad nacional y sólo nacional. Tradicional y fuerte, bien avenida con el catolicismo y sirviendo a la creación de la ciencia y la técnica que necesita España. La educación de las juventudes que ahora cada patria necesita no puede estar en otras manos. ¡Qué ingenua parece la vieja educación de colegio, de clase social más

o menos privilegiada, para las tremendas circunstancias en que se está jugando—sin metáfora—el porvenir del mundo!

Los que no quieren aceptar esta unidad en la educación de los españoles me dirán que ya tiene ahí el Estado sus Universidades y qué es lo que hace con ellas. Pero es que, camaradas, nosotros nos entusiasmamos más con otra Universidad que con la que tenemos. También amamos a la Universidad porque no nos gusta así como está. Salvo algunas excepciones honrosas, y más en las Universidades de provincias que en las de Madrid y Barcelona, vivimos en época de perfecta cochambre universitaria; como en los más felices tiempos de Dato o de Romanones—y aún menos—, los profesores faltan a clase, y la da el ayudante del auxiliar de un auxiliar en cuarto grado; el polvo reposa desde años sobre los libros en Institutos y Seminarios. Los planes complican la vida, pero no sacuden al viejo y respetable organismo su placidez; las vacaciones se alargan, y no es raro llegar a desaparecer una clase porque el profesor o los alumnos se han adormilado definitivamente. **¡No es de una Universidad así de donde pueden salir ideas ambiciosas, grandes y revolucionarias! Nosotros no pedimos que esto continúe, ni nos interesan nada los respetables intereses particulares de unos caballeros que admiten vivir en una Universidad así.**

Pero que esta Universidad no nos guste nada no nos hará renunciar a que queramos una Universidad grande y nacional, una Universidad digna de esta época, en que la Patria ha de orientarlo todo a su conservación, defensa y ambiciones. Cuando se nos viene ahora con monsergas cedistas, de los «derechos» de no sabemos cuánta gente sobre la juventud, nos dan ganas de gritar que lo que necesitamos no son más que soldados, aviadores, técnicos, químicos, constructores de barcos, de cañones, de industrias, de edificios, de puentes, y educadores de quie-

nes sepan hacer todo esto. La mentalidad de hijo de familia tiene que acabar ahora en una edad muy temprana.

Os haré una confidencia personal explicándoos que a ratos mi desesperación por haberme dedicado a cosa tan inactual como las lenguas antiguas sólo encuentra consuelo encontrándome preparado para ser un educador, un universitario que predique con el ejemplo en una restauración universitaria de España.

En alguna parte he escrito que la disgregación de España en los siglos de su derrota, esa disgregación que tan dramáticamente nos han hecho sentir Jiménez Caballero y Ramiro Ledesma en sus escritos, tuvo como consecuencia la disgregación universitaria. Ya en 1600, iniciadas nuestras derrotas militares y políticas, la Universidad española decae: en Salamanca y en Alcalá ya faltan los tipos griegos y hebreos, y las nuevas ciencias, la Matemática y la Física, no entran, al nacer, en nuestra Universidad. En el siglo XVII y en el XVIII nuestra Universidad dormita irremediablemente, y ni Reales Academias ni enciclopédicos Feijoos pudieron compensar a España de ello. En el XIX, ni reformas, ni trasplantes de métodos extranjeros, ni instituciones extra o superuniversitarias pudieron remediar el mal. Porque la Patria no tiene otro organismo que la Universidad para que las provincias alcancen su altura cultural, y sólo la Universidad es lo que puede salvar de la mediocridad a generaciones enteras de estudiantes.

Levantaremos, pues, nuestra voz en pro de un resurgimiento universitario, en pro de una nueva y ágil Universidad, libre de ancianos no tanto por edad como por arteriosclerosis. No debe existir cultura superior a la universitario, e instituciones que tienen ya vida, en gran parte decorosa y digna, como el Consejo de Investigaciones, habrán de atender cada día más a los problemas de la Universidad y a la vida de los escolares; a la elevación de la vida universitaria en las provincias y a la plena

incorporación de todo lo que hay ya en Madrid—bibliotecas, profesorado, laboratorios—para beneficio de los universitarios.

Buenos principios que llevamos ahora en España todos en nuestra bandera—con más o menos autenticidad, pero todos—, no han encontrado todavía su alojamiento en la Universidad. Todavía cada profesor es demasiado dueño de su Cátedra, y se echa todavía de menos una intervención directa de los que tienen la responsabilidad universitaria, Rectores y Decanos, en la vida de todos los días: en la puntualidad y asistencia del profesorado; en el contenido, orientación y completa explicación de los programas; en la organización de Seminarios, clases prácticas y de repaso; en todo lo que signifique trabajo, orden y orientación de esfuerzos. **La disciplina está muy lejos de haber entrado en la Universidad. No ha cambiado todavía sino muy poco en comparación de lo que era antes de la guerra. Y hemos de luchar para que esto no sea más tiempo. La reacción, los liberales, todavía se escudan—más o menos declaradamente—en el viejo mito de la «libertad de Cátedra». Contra ella, y para una disciplina falangista, hemos de pedir que los resortes del mando se refuercen y amplíen; que la Universidad y los demás Centros del Estado tengan—lo que es la gran ventaja de la Enseñanza privada—un director, un mando que mande de veras y que no respete los derechos de nadie que abandone su deber. El que no da la clase no debe cobrar.**

Cumpliendo así estos deberes, la jerarquía universitaria nos irá mereciendo todo el respeto que en muchos

casos no conquista sino por tradición, y en algunos casos no obtiene de ninguna manera.

En cuanto a los estudiantes, debemos, camaradas, hacer examen de conciencia y considerarnos culpables de haber abandonado a veces la línea falangista de lo difícil y lo exigente, y haber tenido contemplaciones y cosas fáciles, concesiones a la masa que invade—en proporciones peligrosas para la Patria—las aulas universitarias. La disciplina escolar habrá de ser impuesta de modo completo, y el S. E. U. no tiene por qué hacerse abogado de causas menudas, facilonas, y en último término, útiles para ir aumentando el paro intelectual, lo que puede dar en un peligroso fermento subversivo.

El problema de nuestra Universidad está en modernizarse y hacerse ágil, recogiendo a la vez todo lo que pueda de nuestra gran tradición. Tan difícil es una cosa como otra, esta es la verdad, porque de las dos cosas tenemos demasiado poco. No sé si hablo excesivamente deprimido por la hora del atardecer en que me toca dar clase en el viejo caserón de San Bernardo. Es una gran aula, con muchos estantes para libros. En los estantes hay demasiado pocos, y los que hay, con polvo de años. No, no hay quien sienta ninguna alegría juvenil en un ambiente así; uno se deja llevar del desánimo, y ha de acudir a los más fuertes resortes de una fe falangista para no abandonar toda ambición de una vida universitaria fuerte, activa, nueva.

De tradición no queda, al menos en Madrid, nada. Todo lo que pesa polvorientamente sobre nosotros es cochambre liberal y decimonónica. Los pasillos están llenos de barbudos espectros, y las aulas se llaman muchas veces con nombres positivistas: «Antropología criminal», «Laboratorio de Literatura Jurídica», mientras el abandono lo va devorando todo.

Otras Universidades, en las provincias, tienen más cerca una gloriosa tradición; Salamanca, Valladolid, tie-

nen edificios, bibliotecas antiguas, donde vive el cuerpo de nuestra mejor tradición. Pero la soldadura es dificilísima, y hace falta una fuerza de titán para lograrla. Ya hemos dicho desde cuándo se corta la vida universitaria entre nosotros, y después de la tradición, cortada durante más de dos siglos, el trabajo para enlazar con ella ha de ser inmenso. ¡Como que nuestra Universidad tiene que realizar ahora lo que en el siglo XIX no hizo!

Uno de nuestros buenos camaradas me hizo una vez una confidencia escalofriante; la había leído en Larra y me la decía en tono de secreto: «Lo que no se haga de prisa en el siglo XIX, no se hará nunca». Y esta frase de Larra es el imposible que tenemos que vencer. En pocas ciencias hemos tenido la figura décimonónica necesaria: un Menéndez Pelayo, un Cajal; aun estas mismas han venido demasiado tarde. La gran labor de fundadores, el escuadrar los primeros bloques, y trazar la planta, y poner los cimientos, esto es lo que tenemos que hacer ahora en la Universidad para cada ciencia, en un tiempo en que se exige un trabajo demasiado fino para emprender grandes cosas de conjunto. Y, sin embargo, ¡hay que atreverse! Renunciar a ello sería quedarnos sin misión. Y además, no puede haber verdadera enseñanza, enseñanza inquieta y ambiciosa, si el maestro no se siente siempre al borde de lo desconocido, que es lo que sólo la investigación toca. Separar la docencia de la investigación, creer que puede haber un buen maestro sin que sea investigador, me parece absurdo. Y hacer del investigador un bicho raro del laboratorio, sin contacto con la juventud, sin que lo que cada día aprende le sirva para enseñarlo a nadie—es condenarle a un destino demasiado duro. Investigación y docencia juntos, evitarán al sabio maestro que todos conocemos, que todos los años cumple su duro deber repitiendo literalmente cada día del año la correspondiente lección en forma de disco.

La investigación en cada Universidad, las rejuvenece-

rá y las hará nuevas y las revolucionará. La investigación llevará bibliotecas y laboratorios a las Universidades de provincias, y esos Seminarios o colegios maravillosos de Heidelberg, de Gottinga o de Oxford se podrán repetir en Salamanca, en Granada, en Valladolid, en Santiago. Mejor que en la vida falsa y trafagosa de Madrid.

La investigación enlazará la tradición con lo nuevo, y sacará la Universidad del marasmo administrativo, decimonónico, parlamentario sin investigación y sin docencia, sin tradición y sin nada nuevo, en que en tantos casos—no olvidemos las excepciones—vegeta.

En realidad, en estos tiempos lo que importa más seriamente es que la Patria llegue a estar preparada para su defensa y sus ambiciones. Se nos dirá que entonces para qué nos preocupa tanto la Universidad. Es la pregunta que me he hecho a mí mismo tantas veces; y la respuesta es que todo, hasta un bachillerato serio, hasta la más pura y especulativa investigación, está orientado —cuando la dirección del Estado es resuelta y ambiciosa—hacia la grandeza de la Patria. Cada uno en nuestro puesto podemos ayudar a que la máquina estatal funcione rigurosamente—y muchas partes de la Universidad son miembros de un organismo guerrero completo.

El valor militar, de que nuestra Patria tiene tantas razones para estar orgullosa, sólo rinde lo debido cuando una técnica sabe darle los necesarios instrumentos de acción. Del esfuerzo de nuestros soldados, del sacrificio propio en el momento necesario, no sacaremos el debido fruto mientras no tengamos detrás de nosotros, no ya los fabricantes de tipos standard, sino los propios inventores de aviones, tanques, automóviles o ametralladoras. Una guerra, aparte el valor y demás ingredientes necesarios, siempre ha sido una carrera de inventos, y ha ganado siempre las batallas el más valiente, pero también el que ha tenido mejor técnica. El valor rabioso, desesperado, de sacrificio, es mejor gastarlo racionalmente y en

el único momento justo. Nuestros camaradas de la División Azul, según he podido saber, en Alemania han ganado su prestigio casi fabuloso a costa de un sacrificio que en la guerra actual está reducido al mínimo, y que ellos derrochan. En la misma Alemania de hoy, nuestros reglamentos militares, que exigen cierta cantidad de bajas para las recompensas, p r o d u c e n, sencillamente, asombro.

Esa técnica y esa organización, que manejan el valor simplemente como un arma y en el único momento justo en que es **necesario,** se crean inmediatamente en las escuelas técnicas o militares, por ingenieros y estrategas, pero mediatamente dependen del que es organismo científico superior: de la Universidad. Y he aquí por qué he creído necesario insistir en el valor militar, guerrero, que tiene la más retirada Cátedra de Matemáticas, de Química, de Historia.

Sin contar lo que puede ser en manos militares verdaderamente enamoradas del asunto vuestra Milicia Universitaria.

No os he dicho nada nuevo, camaradas, y aquí habréis tratado de todo esto con más rigor que yo lo estoy haciendo. No me ocupo de la Universidad como un problema a examinar desde fuera, sino que la siento como una pieza importante en una nave que hemos de cuidar mucho, como es nuestro Estado, todavía sin perfeccionar en piezas fundamentales. Estas palabras mías son casi una interrupción en las tareas del Consejo—, una voz que llega de la realidad imponente de nuestro tiempo, y que querría un estado de alarma, de preparación p a r a todo en todas las actividades de la vida nacional, sin moho ni oxidaciones en ninguna articulación.

Me parece que nosotros somos los encargados de la misión de formar el cuadro heroico que salve nuestra esencia nacional hispánica, que con toda clarividencia, pulso,

fanatismo y resolución ha de proteger todo lo tierno, débil, y que nosotros amamos con verdadera dedicación.

El mirar las cosas así me trae a hablaros—y esto da cierta novedad a verdades olvidadas de puro sabidas—de asuntos en los que todos pensamos lo mismo. No me he cuidado mucho de traer una redacción esmerada ni quiero hacer retórica; traigo el hecho, brutal y tremendo, de cómo es el siglo XX, para hacérnoslo presente, en medio del Consejo. Esto no es literatura, camaradas. Si suena antipático, duro y seco, diré que la culpa no es mía, sino de los hechos mismos, que, si son en verdad durísimos, nadie podrá negar que son grandes y que nos ha tocado vivir una época que pronto parecerá de categoría mítica. Y si en esta época nos toca nada menos que el tener delante de nosotros, combinada con el propio dramatismo, una gran ocasión de España, habremos de sentirnos estremecidos nosotros, universitarios, de la enorme responsabilidad que nos alcanza. Personalmente, cada uno de nosotros se borra ante la magnitud de las cosas. Ahí está todo, bordeando nuestra España, pesando sobre nuestros destinos personales.

¿Y qué hemos de hacer entonces los universitarios? Todo lo contrario de entregarnos fatalistamente al destino. La incertidumbre del mañana no debe pesar sobre nuestro trabajo ni nos debe servir de disculpa para ahorrar esfuerzos. Arquímedes, después de inventar varios artefactos para la defensa de su patria, cuando los soldados romanos la tomaron, murió resolviendo un problema matemático.

Debemos sentir que una ciencia, cualquiera que ella sea, es una máquina de guerra. Y a ella nos hemos de dedicar con pasión y casi con furia, con los dientes apretados y los músculos tendidos; como el soldado que maneja la ametralladora o el obrero que maneja los bloques incandescentes de que se hará el cañón. ¡Exijámonos más y dotemos a la Patria de una Universidad impulsiva

y viva! Y en esto los estudiantes, y concretamente el S. E. U., pueden ser el acicate, el aguijón, lo que los griegos llamaban el «estro»; que no es otra cosa que el «tábano», lo que debe picar e intranquilizar hasta al paquidermo enmohecido que es la vida nacional en todo lo que no es falangista.

La vieja estudiantina bohemia hay que liquidarla implacablemente, limpiándola como se limpia un cuarto de pintorescos trastos viejos que por higiene hay que quemar. ¡Se acabaron los estudiantes alegres y despreocupados! Y pregonar esto es la labor más dura del S. E. U., la menos demagógica, la que no le atraerá las mayorías mediocres de gente universitaria.

Y voy a terminar estas divagaciones, que si no han servido para deciros cosas nuevas sí son buenas para confirmarnos en nuestra fe. No quiero ser más largo, porque las cuatro o cinco cosas más graves para un universitario en estos momentos quedan dichas.

Camaradas, ¡Arriba España!

Día 15 de Diciembre

CONFERENCIA DEL CAMARADA LAIN ENTRALGO

Tema: «Medios de captación del universitario»

Camaradas: Como un signo de la que va siendo pertinaz y excesivamente larga costumbre en tantas cosas de España, vengo, más que con una elaboración un poco detallada del tema que me habéis encomendado, con un simple guión. Perdonad, pues, si todo queda como embastado.

Queréis que os hable de la captación del universitario. Me ha parecido conveniente dividir en dos partes, por la estructura misma del contenido de la conferencia, mis propias palabras. La primera va a ocuparse de la captación del universitario estudiante. La segunda, de la penetración en el medio docente: la captación del universitario profesor.

Cuando nos enfrentamos con cualquier problema teórico o práctico, la primera exigencia, esto es evidente, es preguntarse por qué cosa sea aquello de que nos vamos a ocupar. Si se trata de intentar captar a un joven universitario, lo primero que hace falta saber es qué cosa sea un joven universitario. Según los datos externos, esto es facilísimo. El joven universitario es aquel que se halla ma-

triculado en una disciplina de las que en la Universidad se profesan. Bien; pero esto no es bastante, porque esta conclusión meramente externa no nos basta, ni con mucho, al fin que nos proponemos. Si queremos captarle intelectual y afectivamente en su inteligencia y en su ánimo, es preciso que penetremos algo más adentro que en una mera hoja de inscripción de matrícula, que consta en Secretaría. Vamos a preguntarnos, pues, qué cosa sea el ser joven, qué es ser joven dentro de la cosa, más general, de qué es ser hombre, qué es ser hombre joven, pues, y sobre ello intentaremos marcar las conclusiones fundamentales que respecto de la captación de ese ser que llamamos hombre joven podemos obtener. Si nos detenemos a lo que parece hoy conclusión más acreditada en la definición de la juventud, en ella encontramos dos elementos que conviene destacar sobremanera desde el primer momento. En el período de la juventud, y justamente en el lapso de la juventud que transcurre dentro de la vida universitaria, el hombre realiza dos tareas fundamentales en su destino personal. En la primera se descubre a sí mismo; en la segunda descubre al mundo en que vive. Durante un largo tiempo—bastantes años puede decirse—el muchacho no vive su propia personalidad; vive en un medio colectivo y actúa con una personalidad en cierto modo difundida, difusa, participada.

El niño, en su familia, piensa más en su familia que por él mismo, no es tal hombre: es un miembro de una familia. No es frecuente, es constante, que el niño no tenga más opiniones, más juicios sobre el mundo, sobre sí mismo, que los que la familia en que vive tiene. Pero llega un momento en que comienza, justamente con la pubertad, con la adolescencia, en que empieza a cobrarse del mundo hasta entonces colectivo, participado, del alma infantil, y a través del resquicio de esta hendidura comienza ese muchacho a descubrirse, primero, a sí mismo. Se da cuenta de que él es un ser absolutamente dis-

tante, lejano, individual e íntimo, respecto al medio familiar, municipal, escolar, etc., en que hasta entonces vivía.

En segundo, descubre ya desde esta atalaya a que ha llegado su conciencia, descubre el mundo. Hasta entonces estaba en el mundo; desde ahora va a estar frente al mundo, va a tomar postura frente a él; ya no es un elemento más en ese mundo vivo que es el infantil. Ya es una entidad que se coloca frente al mundo, que son sus compañeros, su familia, la Escuela, la Universidad, etcétera, y toma posturas.

Este proceso, delicadísimo, es indudablemente el más importante o el primero de los importantes que acontece en la vida de cada niño. Hay dos o tres momentos dramáticos, cruciales y decisivos en el destino personal de cada hombre. El primero es seguramente este en que se descubre a sí mismo.

Vosotros empezáis a manejar muchachos justamente en el momento en que ellos empiezan a descubrirse a sí mismos, y justamente porque tratáis con ellos, conviene que tengáis presente algunas determinaciones que en el modo de ser del joven dominan a esta actitud suya ante sí y ante el mundo. Fijaos que el descubrimiento de esta intimidad lleva consigo un distanciamiento, un distanciamiento de la propia vida. Empieza ya el hombre a verse a sí mismo con mente reflexiva de la propia vida anterior, a un distanciamiento del medio. Empieza ya a ver el medio como problema; la familia, la Universidad, el medio profesional es en sí un problema. Y una distancia, de un modo más o menos velado, de un modo más o menos ostensible, una distancia es siempre, fijaos bien, inicialmente una protesta. La primera manifestación del joven—esto lo hemos oído todos—es la que podría designarse, sin dar a estas palabras, naturalmente, ningún término melodramático, la protesta juvenil. El joven, como todos, se decide a situarse frente a «A», y trazar límites. Si yo me defino frente a otro es porque me sitúo frente

a «A», y este situarse frente a «A» es a lo que denomino protesta juvenil. Quiere ello decir que siempre, por inexorable que sea la humana vida y la humana historia, por el hecho de que crezcan jóvenes, van a surgir promociones de jóvenes distintos, disconformes, distantes del medio. Cada uno de estos grupos que se distinguen del medio por haber salido a la luz y a la conciencia de sí en un momento determinado, es lo que se llama una generación.

La generación, pues, aparece por exigencias biológicas de la Historia, se quiera o no se quiera. Pero, naturalmente, la forma de definición de una generación ya es distinta.

Una generación puede definirse por matices leves respecto a las promociones anteriores, y en el tiempo y en el quehacer una generación puede definirse por una actitud tan distante, tan tremendamente distante de la que le precedió, que empeña en justificar esta distancia nada menos que su vida entera. Las consecuencias históricas son las que definen esta distancia generacional, que va a ser leve o grave, va a ser diálogo o disputa a muerte. No es éste el momento de analizar la estructura histórica del tiempo para ver en qué momento se dan unas y otras generaciones. Me basta, por el momento, sentar este hecho: la existencia de la generación es biológica e históricamente vital, e históricamente, si queréis, necesaria.

Segundo. Una generación se define siempre por un situarse frente al medio, por el mismo hecho en que consiste el nacimiento de la conciencia juvenil.

Tercero, que es adonde quería ir: cómo se sitúa frente a un mundo inédito. Es inédito por el mismo hecho de nacer en aquel momento ante unos ojos. Este nuevo grupo de hombres, individual o colectivamente considerados en el alma de cada uno o en el total de todos los que constituyen la generación, este grupo de hombres tiene una conciencia todavía insobornable. Más tarde quizás

sea sobornable. Por el momento, la conciencia juvenil es insobornable. Podéis imaginar el descubrimiento de una tierra incógnita por parte de un navegante que llega a ella. Indudablemente, el primer tráfico que tenga con esta tierra va a ser el asombro ante ella; es decir, este hombre, que se encuentra con unos pobladores, desconocidos, de estas tierras, salvo que se halle, podríamos decir con viejas palabras, con un par de pecados originales, no se le ocurre traficar con ningún grupo fundamentalmente.

Esta es la conciencia de la juventud. La juventud, ante el mundo en que se sitúa la patria, mejor dicho, un momento de la patria, porque ésta se concreta, en momentos decisivos históricamente, en la patria, la familia, la Universidad. En este situarse frente al medio que le rodea, la juventud siempre tiene un tono de insobornabilidad. Más tarde los intereses de la vida harán que adopte actitudes más o menos torcidas, más o menos equívocas. Ante esta sociedad, el primer encuentro siempre es el de puro asombro, incapaz de visiones torcidas y traicioneras. Así, pues, la insobornabilidad.

Pero esto, que ocurre siempre a un joven despierto a la vida, adquiere matiz singular, especialísimo, cuando este joven es estudiante. ¿Por qué? Porque la conciencia del estudiante es una conciencia elevada, es una conciencia esclarecida, es una conciencia reflexiva sobre aquello que ve; es decir, en todo joven, de un modo más o menos oscuro, de un modo más o menos obtuso, se produce este despertar frente al medio cuando llega el crecimiento, la crisis de la pubertad; pero en el estudiante se produce esto de un modo esclarecido, de un modo reflexivo. El estudiante, que tiene ya una formación por el hecho de ser estudiante, cuando llega este momento quiere conocer en su ser, en sus principios, en sus causas, aquella realidad frente a la cual se encuentra, y natural-

mente, como se pregunta por ella, se contesta también respecto a ella, se esclarece asimismo respecto a ella.

Esta es la diferencia fundamental del estudiante. Esto nos marca ya el camino fundamental de penetración en todo joven por parte de un movimiento de cualquier índole, de un movimiento político, religioso, artístico, intelectual, etc. El nuestro, que aspira a ser todas estas cosas de una vez, con tanto más motivo. La nota fundamental que la penetración en el medio juvenil exige, el cual se propone esto como tarea, son dos: la primera, autenticidad; la segunda, lo que llamo ahora, con palabras que luego explicaré, la plasticidad de historia. Si para cualquier medio hace falta la actitud auténtica, para ninguno tanto como para el joven. Si yo quiero conquistar a un público financiero, pongo por caso, yo necesito una serie de argucias tácticas, de habilidades tácticas, que tengo que adquirir mediante la reflexión, el cálculo, el estudio, etc. Esto es de todo punto necesario, y en algunos momentos este conjunto de saberes prácticos y tácticos de mi acción es el que domina justamente el sentido de mi acción captadora del medio al cual me voy a dirigir. Evidentemente, si yo quiero dirigirme a un público campesino, indudablemente el conjunto de saberes de orden teórico, de relación con los problemas del campo, y de orden táctico, como sean los de la psicología del hombre campesino, que es torcida muchas veces, es el que denominaré elemento rector de esta acción mía.

Pero fijaos bien que aquí vamos a conquistar almas recién despiertas, almas todavía asombradas, todavía insobornables. Aquí el remedio táctico, aquí ese conjunto de recetas teóricas apenas tienen nada que hacer; domina fundamentalmente a todo lo demás eso que acabo de llamar la autenticidad, cuya nota fundamental voy a precisar en seguida.

¿Qué es esto de la autenticidad? Podría definirse, si nos pidiesen una definición con palabras sencillas, bre-

ves y verosímilmente profundas: se es auténtico cuando uno existe según lo que uno mismo es. Existir según lo que uno mismo es, esto es la autenticidad. Esto nos plantea, naturalmente, problemas que no son para tratados aquí, problemas incluso metafísicos, es decir, qué es lo que uno mismo es. Aquí viene el problema, usando palabras de otro sentido, pero palabras de José Antonio, de la eterna metafísica de cada hombre. José Antonio hablaba de España en un sentido que muchos falangistas hemos pensado, pero casi con más razón se puede hablar de lo que cada hombre es. Recuerdo, en unos ensayos de Unamuno, que decía que «Juan» es lo menos tres o cuatro cosas: el «Juan» que es, el «Juan» que cree que es, el «Juan» que quiere ser, etc.; y juega con esta serie de situaciones del hombre en el medio, con ingenio, hasta establecer tres o cuatro modos de ser de este «Juan», que es el que se llama así.

Pues bien: el primer estrato, el de eso que es cada hombre, plantea problemas, como digo, metafísicos, e incluso bastante complicados. No nos hemos de ocupar de ellos porque mi digresión se refiere fundamentalmente a aspectos más prácticos, más pragmáticos en el modo de entender la autenticidad. En el orden de los hechos, esta definición de la autenticidad, existir según uno mismo es, se traduce en dos principios fundamentales: el primero, hacer lo que se dice, y el segundo, decir lo que se siente. Indudablemente en la estructura de la acción humana estos dos elementos se hallan sucesivamente ordenados uno tras del otro. El primero es la actitud íntima, personal, intransferible, de cada hombre; el sentir íntimo de cada hombre. Este sentir íntimo de nada serviría si no puede traducirse en palabras, palabras dichas. Este sentir lleva aparejado un decir, pero asimismo este decir no sería nada si no fuese seguido de actos, de acción, de un hacer. La autenticidad consiste, pues, en que haya una ligazón unívoca y armónica, en correspondencia absoluta

entre sí, entre aquellos tres estratos de la conducta humana: del sentir, del decir y del hacer.

Nuestro decir, por empezar por el más fácilmente visible, puesto que puede reducirse a palabras, a signos, ya sabemos cuál es: el de la Falange. Nuestro sentir, eso lo tiene que decidir cada cual. La correspondencia entre ese decir de la Falange y la actitud propia y personal del ánimo, eso es un problema que decide la conciencia de cada hombre, y naturalmente, quien tiene que decidirlo, a juzgar por sus actos, es el mundo.

El último estrato fundamental es el hacer. Nuestro sentir, nuestro decir y nuestro hacer admitamos que sean como deben ser los de la Falange. Pues bien, camaradas, el problema fundamental de la captación del universitario no es el de determinadas técnicas o recetas, no es el de establecer una cantina para comedores más o menos baratos y confortables, no es el de establecer un sistema de becas o de viajes más o menos remuneradores para aquel que se va a entregar a las actividades de la Falange. En absoluto, esto podrá ser, como os digo, para otros medios; para un medio de almas, como antes os decía, asombradas, todavía insobornables, todavía recién despiertas, no hay más actitud que la autenticidad en el cumplimiento, como decimos.

Yo os aseguro esto: Si vais a la Universidad haciendo de veras lo que decís y sentís de veras lo que hacéis, la Universidad, entendida en su estamento estudiantil, estará con vosotros; si no vais con esto, es inútil que ofrezcáis dinero. Tenemos el ejemplo bien patente del fracaso de la F. U. E. La F. U. E. de los años 1927, 28 y 29 —era yo estudiante entonces—, se puede decir la F. U. E. aportaba un conjunto de elementos, de ideales, de lucha, más o menos equivocados—no es éste el momento de juzgarlo, históricamente ya están juzgados—; pero aportaba una serie de elementos que tenían más o menos ideales. Entonces la F. U. E., que se dirigía a los es-

tudiantes, se extendía hasta conquistarlos íntegramente. Todo lo que sea negar esto es negar la evidencia. Al triunfar la República, fracasó en el alma de los jóvenes todo aquel haz de ideas en el cual se había movido. Aquello no tenía solución real. Entonces, de la República se hizo proteger mediante concesiones abundantes de dinero los pomposos cruceros universitarios, los campos de deporte, los teatros universitarios, etc.; todo bien dotado. ¿Qué sucedió? La juventud se divorció de aquella F. U. E. protegida con dinero, porque faltaba la efectividad, porque estos hombres no habían hecho lo que decían. Evidentemente no había dinero, no había autenticidad; la Universidad se volvió de espaldas.

Hoy nos encontramos en una situación bastante más difícil que aquella, porque el S. E. U., pese a todos los reconocimientos oficiales, no tiene una protección decidida, como aquéllos la tuvieron después del triunfo de la República. La situación nuestra es mucho más difícil, porque no podemos ofrecer ese dinero en una forma u otra. Naturalmente, un crucero por el Mediterráneo ofrecería no pocos atractivos. ¡Qué bonito sería ofrecer un crucero por el Mediterráneo a los estudiantes que no forman en el S. E. U!... ¡Admitamos las condiciones utópicas de paz para que se afiliaran al mismo!...

Pues bien, quitémonos desde ahora esta idea. Mientras nosotros no nos acerquemos con una actitud falangista entera, absolutamente entera, aunque no sepamos nada, aunque nuestros medios sean ineficaces, aunque los medios de dotación sean los más rudimentarios, nosotros no conseguiremos nada. Esto es una perogrullada; pero ¡qué culpa tengo yo!... si las cosas importantes del mundo son casi siempre perogrulladas. Pues bien: pensadlo vosotros, que tenéis funciones rectoras en los Distritos universitarios: si no tenéis la función pura, definida, de la Falange, las consignas de la jefatura de la Falange, no haremos nada; si tenéis esto, eso sí, tenéis a la juventud

universitaria. Cada vez se va haciendo más patente esta afirmación: o España se salva con la Falange, o no se salva. Esto es ya absolutamente una verdad inequívoca. Pues bien; vosotros sois en parte los titulares de esta consigna. Si vosotros seguís adelante, con autenticidad, llegando en una unidad absolutamente armónica, indisoluble, con el decir, el hacer y el sentir, entonces penetraréis en el corazón de estas masas, sedientas de un ideal, porque acaban de descubrir la bondad que no tiene contaminación alguna. Si no hacéis esto, ¿para qué apelar a todos los remedios tácticos? Porque os decía que simplemente embastando el tema había suficiente, porque yo sobre esto probaría una serie de conclusiones respecto a este tema. Una de ellas es falangista auténtica. Si el S. E. U. sabe lo que es y lo que significa, entonces tendremos la Universidad. ¿No es esto así?: entonces no podremos penetrar, no tendremos a la Universidad. Claro que esto es un poco difícil, porque el S. E. U., como la Falange en general, tiene que vivir en un grande equívoco, tiene que vivir en la fachada de un Estado y nada más que en la fachada, por lo menos en muchos órganos de los que forman este Estado.

Este es un problema difícil de soslayar. ¿Cómo mantener una actitud auténtica que lleva consigo la protesta radical, decidida y valiente contra muchas realidades de las que nos rodean y al mismo tiempo ser los detentadores de la legalidad dentro de la Universidad? Este es un problema grande, pero es de mandos, que yo tengo simplemente que señalarlo. Vosotros lo sabéis, lo sentís en vuestro corazón, muchas veces en vuestra vida; pero éste es el problema. Sí; esta coyuntura es trágica como la más trágica en que se haya visto jamás ningún movimiento de nuestro ciclo, porque jamás la Historia ha vivido un momento político y se ha visto en una coyuntura tan histórica y difícil como esta de la Falange.

Si vosotros estáis bien orientados por vuestros man-

dos, tener autenticidad en un servicio que ha de ser ley y principios de revolución que nos incumbe, entonces es seguro que tendréis a la Universidad. Pero fijaos que éste es el punto más difícil en que es preciso decidir entre dos nortes que lanzan al Estado constituído en línea difícil sobre la cual tiene que marchar como cuerda sobre un vacío que rodea nuestros pasos de universitario. Así, pues, autenticidad, autenticidad difícilmente resuelta en cada caso, frente a esos dos imperativos. ¿Cómo? Si yo lo supiera, indudablemente habría resuelto el problema de España; pero lo que no conviene es olvidar el problema; hay que tenerlo presente en cada caso. Sería muy fácil captar una juventud, ahora, adoptando una posición entera, revolucionaria. Esto indudablemente sería más fácil que la postura actual, pero éste es un camino que nos está vedado históricamente, que no nos es lícito.

Hemos adoptado una postura de lealtad a nuestros mandos, y la debemos mantener; la hemos de cohonestar a la lealtad absolutamente sincera, permanente y continuada, de los imperativos de la revolución que están por detrás de nosotros. Este es el problema. En cada uno de vuestros actos, vosotros, Jefes de Distrito Universitario, no olvidéis esto: en cada momento pensad cómo se pueden armonizar estos dos caminos dentro de una actitud, como os digo, entera, resuelta, auténtica, que éste es el único camino de encontrar a la juventud.

Justamente esto nos plantea el segundo punto de los que antes decía, como derivado del proceso del despertar de la generación. Os decía que hacían falta dos elementos fundamentales en nuestra actitud, dos ingredientes fundamentales de nuestra actitud. El primero, la autenticidad. Ya hemos visto este punto difícil a qué encrucijada nos ha conducido su análisis. El segundo, el que se titulaba la plasticidad histórica.

Cada varios años, tres, cinco, diez años, según la época, aparecen nuevas generaciones. Ante nuestros ojos

están varias ya que son fragmentos de esta terrible y extraordinaria Historia de España que tenemos a nuestras espaldas; entre la de 1885—época de la Restauración—y la de 1898 hay una distancia generacional grave, evidentemente, que se extiende a muchos órdenes en la contemplación de la vida, del mundo, de la Patria, de la Historia, etc. Después de esto, hemos visto la generación de 1898, apasionada, sentimental, casticista, metida en el terruño; a la generación que surge diez años después, generación docta, europeísta, técnica, letrada, la generación del grupo de Ortega, hay una distancia extraordinaria. De esta generación a la que viene diez años más tarde, esa generación de profesiones técnicas, de personas que viven entre nosotros y que han alcanzado el premio de sus saberes por una perfección técnica que en España no se podía apreciar, pero que muchas veces le ha faltado el temblor nacional histórico en el alma, hay otra distancia de esta generación a la de los hombres de treinta y tantos años que formaron en las filas primeras de José Antonio, hay otra más grave todavía. Es decir, que el despertar de los jóvenes demuestra que la reacción está torcida de caracteres, unas veces gravemente diferentes, otras levemente diferentes. Pues bien: a esto es a lo que quería llamar plasticidad histórica. Indudablemente, los jóvenes que despiertan a la luz de luchas en la época en que nacía la Falange, de 1933 al 36, vieron un mundo distinto del de los jóvenes que están despertando hoy. Sería, pues, absolutamente equivocado pretender enfrentarnos con unas almas que no saben nada de lo que entonces pasaba, con la lucha de lo que entonces se planteó

Este es el segundo fenómeno de la plasticidad de la historia. Sin esto no hay acción posible ni competencia; sin esto es inútil que tratéis de acercaros. Es necesario, pues, conjugar los dos tiempos: autenticidad y plasticidad históricas. Dominadlas, por cuanto que el joven de diecisiete y dieciocho años que hoy abre sus ojos a la luz del

mundo se encuentra con una realidad española fundamentalmente distinta a la del 34 y 35. Sus pasiones van a ser distintas. Prevengámonos de ellas, porque vamos a tener que emplear procedimientos distintos en los problemas de la captación de este hombre. **Yo tengo alguna experiencia respecto a esto, y si he de hablar aquí con absoluta sinceridad, os diré que no tengo una opinión excesivamente buena de esta juventud que empieza ahora la vida. Y me explico. Es una generación de buenos muchachos; han visto plasmarse el final de su adolescencia en momentos difíciles, en momentos en que el imperativo de la disciplina lo era con más fuerza que nunca en la tierra de España. Epoca de la guerra; inmediatamente posterior a ella, la postguerra; pero me parece observar —vosotros tenéis experiencia mucho más amplia, extendida a todas las tierras de España—, me parece observar que esta generación es un poco de «buenos chicos».**

Me ha parecido esto: han acudido hace poco a la Universidad; todos ellos son muchachos respetuosos, trabajadores, que asisten a sus clases con más puntualidad que nunca, pero les falta un poco de emoción histórica y nacional. ¿Por qué? Porque pienso que es que la gente está cansada de este choque de emociones permanentes en que ha vivido España desde hace diez años a esta parte. ¿Es que las almas de los españoles están un poco fatigadas y prefieren dedicarse al trabajo técnico de obtener un título? Yo no sé; pero lo que veo en el medio estudiantil es que sólo una minoría, la selecta, la del S. E. U., despierta—por eso formáis en la Falange—. Esto me parece un medio quizás un poco grande desde el punto de vista de la tensión histórica nacional. Esto plantea un problema nuevo con el cual hay que contar. ¿Cómo se va a conseguir avivar a estos hombres?

Yo os aseguro que me he enfrentado bastantes veces con jóvenes de estos que vamos a llamar, con una palabra bastante empleada, «neutros», desde el punto

de vista nacional y político. ¿Es extraordinariamente difícil cómo se consigue despertar la emoción viva constante que los falangistas deben tener frente a los problemas de su patria, de esta patria minúscula, en un mundo desatado como el que vivimos? Yo no lo sé; pero creedme que me he esforzado por llevar esta angustia de lo español en un mundo desatado, y me encuentro muchas veces con una reacción de indiferencia. Los alumnos de ingenieros prefieren los problemas para ingresar en la academia. Con esto hay que contar. Yo no os puedo dar una receta, y me parece que no hay más que extremar el celo, el ardor, la autenticidad. No me parece que hay otro camino; pero a pesar de que el celo esté muy expresado, muchas veces no logra romper o incendiar esa cosa grande, temblorosa e indiferente, y muchas veces asiática, que me parece observar en buena parte, en su mayoría, de los estudiantes universitarios y de escuelas especiales. Vosotros lo habréis visto. Así yo os he dicho cómo me encuentro con este problema y me gustaría que se resolviera. Yo distinguiría dos clases de hombres fundamentales: hombres con entusiasmo y los que no lo tienen. Dadme hombres con entusiasmo, que yo me encargaré de que este entusiasmo sea el mío. Ahora, si me ponéis frente a un hombre que no es capaz de ninguna pasión entusiasmada, para mí es el peor enemigo, que está más lejos de mí: preferible sería enfrentármelas con un anarquista capaz de entusiasmo, con el cual lucharía, llegando incluso a la muerte, porque sé que acabaría convenciéndole, que con un hombre frío. Pues bien: esta capacidad de entusiasmo es la que yo noto extraordinariamente alejada en nuestros hombres de hoy.

Yo tengo la experiencia de una juventud universitaria en los años terminales de la Dictadura. He visto entrar en la Universidad, porque siempre estaré cerca de ella o dentro de ella, a los jóvenes de los primeros años de la República. Entonces había una temperatura—emplee-

mos la palabra—en la Universidad que hoy no hay. ¿Por qué? No lo sé; éste es un hecho. Meditémoslo, pues, porque es preciso contar con ello. No os hagáis ilusiones por el número de los que se afilian en vuestras listas. No os hagáis ilusiones por esto. Exigid un servicio, y más si este servicio ha de ser voluntario: veréis la prueba más patente de que la actitud de estos hombres dista mucho de ser, no ya la de un joven del S. E. U., la de un camarada falangista, sino la de un joven, porque un joven, es esto lo verdaderamente grave, justamente por todas estas cosas—como he dicho hace un momento—tendrá pasiones como ningún otro estamento de la vida nacional. La presencia de la juventud universitaria en todas las revoluciones, de cualquier signo, es el mejor argumento histórico.

Pues bien: pensemos en esto. ¿Por qué sucede esto? ¿Tendremos culpa nosotros de ello? ¿Será que hemos perdido nosotros línea, ardor, calor falangista para poderlo contagiar a los demás? ¿Será que el medio puede más que nosotros y seremos como una llama encendida en medio de los campos inmensos, helados, de la vida nacional? Esto es un problema que podrá ser contestado según unos u otros creáis. Pero el hecho es patente. La juventud universitaria que hoy despierta a la vida, el tono de esa juventud al despertar, según lo que antes llamé la plasticidad histórica de la generación, es indudablemente por la grisura y tibieza, que en orden a la vida nacional se extiende a la vida histórica, que es lo que nos interesa a los falangistas, salvo lo eterno, y nuestra vida en la Historia lleva dentro de sí el mundo de lo eterno. Pues bien: esto es un hecho; tenedlo en cuenta. Yo no vengo a daros recetas, vengo a señalaros problemas. Respecto a vosotros mismos, la autenticidad; respecto a los demás, esta realidad española, que es absolutamente entera e insoslayable.

La segunda parte de este programa de problemas, que no es otra cosa mi divagación, se refiere al medio

docente, al universitario profesor. El profesor universitario es un ser curioso. Yo he meditado muchas veces acerca de este fenómeno, y quizás el único estamento de la vida nacional en que no existe conciencia de clase, en el sentido habitual de esta palabra, de clases como agrupación de defensa de intereses económicos, quizás sea el único el profesor universitario. El profesorado de segunda enseñanza tiene marcada conciencia de clase. Evidentemente realiza en sus Asociaciones aumentos de sueldos, subvenciones de exámenes, libros de texto, etc. El profesorado de segunda enseñanza es indudablemente clasista. El Magisterio primario también lo es. El profesorado universitario no tiene conciencia de clase. Este es un fenómeno curioso que tiene unas mismas raíces con dos vertientes distintas. El profesorado universitario es vocacional. Evidentemente nadie va a la Universidad a ganarse la vida. Esto está claro; pero justamente porque va vocacionalmente, por un motivo que radica en su intimidad, este hombre tiene una recia intimidad que le impide fundirse en ese mundo, en ese estamento llano, colectivo, igualitario, que es la intimidad y la dedicación vocacional; y lo que esto supone, por el lado exterior, de intimidad, impide la reacción clasista del profesorado universitario. Por lo demás, condiciones externas, ¡qué duda cabe que las hay! La mediocridad de la vida del profesor universitario apenas puede compararse con la de ningún otro. Imaginaos la vida del pobre profesor por esas Universidades del mundo hispánico. Actualmente, las condiciones externas de la crisis apenas existen. Pues bien: no me importa discutir el problema de los haberes de los Catedráticos de Universidad, que no es éste el momento, pero sí recoger las raíces de este fenómeno de la crisis, justamente en lo que hace a la organización y a la intimidad. Estos son datos con los cuales es preciso contar siempre.

Quiere decir esto que la captación de un profesor

universitario, si este profesor universitario, por su educación primera, por su formación en sus años juveniles o por ese don de Dios, que en último término lo es, en virtud de lo cual un hombre, incluso en los momentos más culminados de su vida, puede despertarse en su alma la inquietud histórica. El profesor universitario que por educación, por medios previos o por esto que se da en pocos, ya lo veis, que un hombre de cincuenta años hoy se incendie en el mismo entusiasmo por el destino histórico en que vive España. Pero para nosotros esto es casi imposible. Por eso la disposición primera de los primitivos núcleos del Movimiento de las J. O. N. S. prohibía el conceder mandos a los hombres de más de cuarenta y cinco años.

El profesor universitario, por ese ambiente hecho a la intimidad, en que la misma condición del profesor universitario requiere ese hombre, es difícilmente asequible a la penetración por algo que sea la reacción en un movimiento colectivo, en fin de cuentas, o comunal—si queréis usar palabras que expresen más la repetida unión de nuestras filas.

Quiere decir esto que yo no me haría muchas ilusiones respecto a la penetración de la Falange, del S. E. U., concretamente, en el ámbito del profesorado. Es preciso considerar esto con una ligera actitud, en fin, inteligentemente irónica si se quiere, en la cual seguramente podemos adivinar la enfocaría José Antonio frente a este problema. José Antonio, respetuoso, enamorado de la ciencia, pero conocedor de los hombres para darse cuenta de si un grupo de hombres que existe ya, con los cuales uno convive, podrán estimarse, podrá apreciar determinadas dotes científicas de su vida privada, pero de los cuales no podrá hacer falangistas. ¿Por qué? Por estas razones fundamentales. Pero esto nos marca otro camino: el de los futuros universitarios.

Es decir, que frente al problema de los actuales uni-

versitarios los problemas son complejísimos por la magnitud con que han sobrevivido a todo el enorme trasiego de la vida que han supuesto nuestros diez años últimos. Los que viven con suficiencia técnica o científica, pero con tibieza o con cierta acritud política junto a nosotros; los que no pudieron aún ser falangistas, se dan cuenta quizás—palabras de José Antonio, que quería ver en los labios de Ortega algún día: «Esto va siendo», «esto va acercándose».

Los tres grupos del problema son: frente al profesor inepto, el profesor apto, pero distante de nosotros en algunas medidas, y el que se quiere acercar a nosotros con su exactitud e ineptitud. Estos son problemas que no tenemos que aclarar nosotros. Son problemas que dependen del Mando, son problemas de táctica singular. El Mando es el que tiene que tomar una postura. Naturalmente, tratar de tomar posturas generales frente a cada caso concreto. Pero, en cambio, hay otro problema que es grave: el de los futuros universitarios. ¿Es que nosotros tenemos que esperar a que los futuros universitarios sean los falangistas? Evidentemente. ¿Cómo? ¿Estableciendo mediante un artículo reglamentario lo siguiente: «En lo sucesivo todos los profesores universitarios serán militantes de la Falange»? No; así no se consigue nada.

Se consigue vigilando nosotros, desde ahora, la provisión de las Cátedras. ¿Cómo? Es necesario que el conjunto de medios en táctica que yo voy a tocar aquí simplemente, en mera enumeración programática, sin descender, porque yo sólo os voy a dar cuenta, requeriría no una hora, sino bastantes años de atención en cuanto tratásemos de exponerle al Mando la formación de estos hombres. Tres órdenes creo que conviene estudiar en cuanto a la falangización del futuro docente universitario que sale de entre vosotros, que está saliendo ya de entre vosotros, si no de los que entre vosotros gobernáis. Son:

1º Vigilar muy precisamente la formación de los futuros docentes en orden a pensiones y becas, de las cuales han de salir. El S. E. U. necesita, bien pidiéndolo por él mismo, bien—lo cual, naturalmente, es lo que debe hacerse—a través de su Mando, que es la Secretaría General del Movimiento, a través del S. E. U., del S. E. P. o de cualquiera de los organismos docentes falangistas, necesita forzosamente una intervención inmedita, eficaz en todo este problema que engloba estas palabras: Concesión de becas y Pensiones de futuros docentes. ¿Cómo? Primero, para que vayan allí todos nuestros camaradas que tengan la vocación de la vida docente, con lo cual tendremos la garantía de que será un falangista. Segundo, para falangizar en cuanto sea posible aquellos otros de los que van a ir, que, por su talento, formación técnica, capacidad, están seguramente equivocados en la vida.

Esto es una cosa que el S. E. U. debe hacer. Es absolutamente necesario, es un problema de orden táctico que se ha de hacer ante una mesa de pocas personas, estudiando ya las vías por las que se resuelva esta vida en España, del medio de engranaje. Pero éste es un problema capital. Vigilancia política de la formación del profesorado en cuanto a los que reciben becas y pensiones.

2º Vigilancia de la opinión en la formación de los catedráticos. La indiferencia del Movimiento respecto a la provisión de las cátedras es realmente suicida. Esto de que nosotros los universitarios falangistas asistamos como meros espectadores cuando se va a proveer una cátedra de Historia de España, en la que hace falta que esté nuestro sentido de España; una cátedra de Historia de la Filosofía; una cátedra de Derecho en cualquiera de sus órdenes, donde tiene que ir nuestro sentido de la Historia, aparte ya de otras. En una cátedra de Matemáticas no vamos a pretender—no sé si a alguien se le habrá ocu-

rrido—el hacer las Matemáticas políticas. No; pero indudablemente tan político es el que vaya un hombre con sentido falangista a explicar Historia de España como que vaya, con suficiencia técnica, a explicar técnica de construcción de buques. Esto es político. Esto es una cosa que la Falange debe vigilar estrechamente. Esto, como os digo antes, es de táctica, que no tengo por qué tratar aquí.

Pero si el S. E. U. quiere ser eficaz en orden a la captación de la Universidad entera en el futuro; es ésta una de las cosas que no puede olvidar: vigilancia en la provisión de Cátedras; vigilancia, puesto que el medio hoy en España es el único, por fortuna, que es ostensible. Vigilancia de la provisión de las Cátedras. El Movimiento debe exigir una participación, la que sea, como sea, pero debe exigir una participación en el juicio que se va a formar de los opositores encargados de regentar las Cátedras, porque estas Cátedras hayan de ser naturalmente profesadas por nuestro entendimiento del mundo exterior y de la patria. También porque esas Cátedras tengan que estar regentadas por los mejores técnicos, cuando la técnica deba ser la estrategia de la construcción de buques.

3º El tercer punto fundamental en orden a los futuros docentes es el de las Residencias y Colegios Mayores. Yo sé que os ocupáis de esto de un modo íntimo. Yo quiero llamaros sobre esto la atención. En la estructura futura de la Universidad española los Colegios Mayores van a ser una de las premisas fundamentales; conviene que el S. E. U. lo sepa y tome posiciones respecto a esto; conviene que el S. E. U. establezca relaciones estrechas con el Ministro de Educación o con los demás organismos que dependen del Ministerio, para que se establezca de un modo claro la formación política a cargo de los únicos que pueden formar políticamente, de los estudiantes po-

líticos, esto es, el S. E. U., en relación con los Mandos universitarios y en relación con los Mandos políticos del Movimiento. No se trata de establecer el Monopolio, no; se trata simplemente de establecer el principio. El modo de realizarlo vendrá luego; pero no olvidar esto, que es nota fundamentalísima.

Que no se dé la triste experiencia de que ante nuestros ojos se estén plasmando realidades importantes de la vida nacional, durante las cuales el Movimiento no hiciese más que ser simple espectador. Este es un problema que debe tomar el S. E. U. como capital para su meditación y actuación, para los dos, para su estudio y acción.

Así, pues, en orden a los docentes, y descartado el problema de los actuales docentes, digo que, por las razones a que antes he aludido, me parece difícil de abordar. Esto es un problema de prudencia táctica y acción circunstancial, y fijémonos tan sólo en los factores universitarios. Hay tres puntos que quiero grabar bien en vuestra mente.

Primero, becas y pensiones; segundo, vigilancia de las oposiciones a Cátedras, y tercero, Residencias y Colegios Mayores. Estos son puntos capitalísimos; no los olvidéis. Pensad que de entre las filas del S. E. U. van a salir tres haces fundamentales de hombres. Primero, el haz de los que van a vivir una vida profesional, el que va a ser médico de aldea, abogado en ejercicio de una ciudad, notario, abogado del Estado, etc. Esto es importantísimo. Estos hombres que forman la vida de la Administración española necesitan estar compenetrados de nuestra táctica y política. Evidentemente, la acción frente a éstos es educativa; pero después vienen otros dos haces mucho más unidos, pero más importantes desde el punto de vista de su idea y de su actuación. Son las obras

vocacionales, que por disposición, por aptitud y colocación van a dedicarse a la vida universitaria, y la de los que van a dedicarse al mando político. Porque de vuestras filas tiene que salir realmente esa enorme masa de los hombres de acción meramente profesionales: el médico, el abogado, el ingeniero, el miembro de la Administración del Estado que van a ejercer su vida profesionalmente, pero que están en estos dos estamentos que conviene vigilar: **el del Mando político, que en buena medida tiene que salir del S. E. U., y más en un movimiento que tiene raíces fundamentalmente universitarias, a diferencia de los otros movimientos de tipo totalitario de Europa. El movimiento de la Falange se caracterizó por la categoría universitaria de sus fundadores—José Antonio, Ramiro, Onésimo—, figuras capitalísimas que han salido de la Universidad y en ella se han formado. Pues bien: esto se traduce, incluso en la estructura del Movimiento, en la preponderancia del universitario en el mando político fundamentalmente.**

Este haz de hombres está encomendado a vuestra atención. El segundo es el del profesorado universitario. El resto de otros hombres no pasa por vosotros, pero sí tiene de entre ellos, probablemente, quien ha de pasar por vosotros: el estudiante militar: Estos tres, el político, el militar y el universitario, y el hombre de trabajo, que éste no pasa por vuestras manos, aunque también en parte por los Sindicatos profesionales. Junto a ellos está la representación de la eternidad, en forma de religiosos que, naturalmente, viven con nosotros, pero no son formados entre nosotros, y entre todos ellos, a vosotros os está encomendado—fijaos bien—nada menos que tres de los más importantes o cuatro de los grupos más im-

portantes de la vida nacional: el mando político; la conciencia cultural y científica, expresada en el profesorado universitario; parte del mando militar, que sale también de vosotros, e indudablemente todo el estrato general y eficaz de la Administración española.

Si pensáis en esto, yo creo que pocos vais a poder dormir. Indudablemente la responsabilidad del hombre del S. E. U. es dura, más dura que nunca la dificultad; más dura que nunca también porque vosotros quizás, como los camaradas del S. E. U., sintáis en las entrañas este imperativo de autenticidad, y pocos que se encuentran, bien por su misma condición de juventud, de propensión a la acción directa e inmediata, pocos se encuentran también en la existencia difícil y apasionante de ansias de expansión y autenticidad en aras de una legalidad también por nosotros exigida íntima y entrañablemente.

Esto es lo que quería traer a vosotros: un índice de programa, una serie de cuestiones de meditación que van a hablar también de desasosiego porque llevéis esto cada uno después a vuestros distritos universitarios. Creo que no habrá sido del todo inválido este rato de expansión moral de muchas cosas que uno lleva dentro y que no todos los días puede y quiere decir.

¡Arriba España!

CONFERENCIA DEL CAMARADA FERMIN IZURDIAGA

Tema: «El Cardenal Cisneros»

Perdonadme, camaradas, si mi palabra no es tan tersa, tan gozosa y tan exacta como vosotros merecéis, porque después de un viaje penoso acaso se rinda el cuerpo, aunque el espíritu esté siempre decidido y pronto; y si en esto hubiera algo de sacrificio, yo lo quiero colocar, como homenaje, a los pies del Cardenal, pero junto con vuestro sacrificio, con este ejemplo que estáis dando a España en estas jornadas maravillosas de rigor, en las que habéis puesto de pie maravillosamente vuestro emblema de acción y de estudio.

Y yo os digo, camaradas, que ahora, cuando yo venía a Alcalá se levantaba en mi recuerdo una ascensión que hice en la pasada primavera. Subí la pasada primavera al Leire; es un torso ciclópeo, un fuerte espinazo por donde circula esa savia cálida y viva de la Historia de Navarra; corte y corazón del reino la llamó aquel Sancho el Mayor cuando por un instante brillaba en su mano el gozo de aquella estrella imperial que se apagó muy pronto después. Subí al Leire, como mil trescientos años antes subiera, acaso para evadirse de aquel dolor,

otro peregrino; aquel obispo, aquel gigante de Córdoba—San Eulogio—, tan inquieto por la sabiduría y por las ciencias, que buscaba en las alturas del Leire refrigerio para su espíritu, y lo encontró porque allí le sorprendieron las más ricas incitaciones humanísticas y las más sacras emociones religiosas, y lo encontró porque al llegar a aquel pórtico animoso se reanimaron los santos y las leyendas, y dentro se sorprendió este peregrino porque encontró las traducciones maravillosas de Horacio y de Ovidio.

El Leire es también santuario de la sabiduría. Yo subí al Leire esta pasada primavera de 1941 porque esperaba también a otro peregrino. En 1541 sabéis que un universitario español y ejemplar, Francisco de Javier, había de hacerse desde aquellas costas de Lisboa a su magnífica peregrinación de los mares. Yo lo esperaba allí porque sabía que pasaría, porque en el Leire, que es una serranía envuelta en un colosal marco de tormentas y de oraciones, y de lobos, y de rebaños, y de pastores, estaba, y todavía está, un castillo de su señorío, el pequeño castillo de Javier. Esperaba a Francisco de Javier y me metí en la cripta, aquella cripta que tiene un sabor de catacumba, y extendí allí el blanco mantel para mi convido espiritual. Y llegó a mi pensamiento Francisco de Javier. Este hombre que, siendo universitario, como vosotros, porque es español, me parece que enmienda un poco las páginas del Evangelio en la medida de Cristo, porque allí, cuando se le presenta el capitán Loyola y le dice: «¿De qué te sirve ganar este mundo si pierdes el alma?», él, porque es español, madura la sentencia del Evangelio en su alma y ve que es posible ganar todo el mundo y salvar el alma.

Y lo esperaba allí, y vino, y hablamos, y yo, con impaciencia, le pedí me mostrara aquellas cartografías intactas que él iba a descubrir en esos mundos desconocidos del Mar y del Oriente.

En la «empresa» de Saavedra Fajardo se dice: «O subir o bajar.» Y allí estaba la flecha erigida, implacable, alta: o subir o bajar, o subir y bajar, mejor, que esta es la más perfecta y completa imagen de la vida. En los años primeros la juventud espléndida, las ambiciones, los porvenires, la hora de la primavera, suben a un estío maravilloso, cuando el sol está alto y las ambiciones y los objetivos nos pueden hacer completamente el carácter; y después declina y obscurece el paisaje, dolorosamente, cuando se tienen ya las sienes teñidas de nieve y de canas, para hundirse en el invierno implacable del olvido, en la tumba de la muerte.

Subir y bajar, que ese es también el empeño de la cultura: un estío, una culminación, una flecha que es el Imperio; es una vertiente el subir fatigado de los hombres que hacen la cultura y el bajar después hasta perderse por la irrupción de los bárbaros.

O subir o bajar. Todo menos estarse quieto, menos ni subir ni bajar. Hay muchas cosas que ni suben ni bajan: lo blando, lo gris, lo asexual, lo cedista. Ni subo ni bajo. Todo lo seudo: lo seudocientífico, lo seudocultural, lo seudorreligioso, lo seudoheroico, lo seudointelectual... Ni subo ni bajo. Pero vosotros, como yo, camaradas, tenemos el empeño de subir, y por eso tenía que ser así. Se completaba aquella primera «empresa» de Fajardo con aquella otra maravillosa y falangista: «Dum luceam, peream»: «Mientras subo, me consumo; mientras ardo, me consumo.» Subid en la vida y en la cultura, camaradas. En la vida, así como subía San Juan de la Cruz la montaña de la vida, luciendo maravillosamente, aunque al subir se rompa la pesadumbre de la carne y nos asalten en el camino los lobos carniceros, el enemigo doméstico de la pasión y toda suerte de enemigos. Subid así, audazmente, como San Juan de la Cruz, con alegría, haciendo de la vida una canción, como hace nuestra Falange. «Dum luceam, peream», mientras subo me

consumo, como han subido, camaradas, nuestros combatientes; subir con la gracia y la soltura a los luceros y dejar la vida rota, pero ardiendo en llamas de ejemplaridad y de emoción, para que se levantase España, porque este ¡Arriba España! de nuestra Falange fuera algún día una grande y gozosa realidad.

Subí al Leire con estos pensamientos, porque la pasada primavera fué desazonada en la rosa, en la espiga y en la política. Madrid, recordadlo, camaradas, este corazón que no acaba de entregarse a los faustos de la vida de nuestro estilo, trepidó la pasada primavera como a cada etapa y cada jornada de la Falange: augurios, chismes, prenuncios malos del porvenir, un paisaje de nostalgias restauradoras...; pero todo, camaradas, contra la Falange, por el pecado de amar y servir hasta la muerte a España.

Por esto subí al Leire, porque soy un provinciano—¡qué palabra he dicho, camaradas, tan revalorizada después de la Cruzada—; subí porque era provinciano, porque acaso haya menester un día, desde esta fragancia de luz que hay en las almas, bajar otra vez a la conquista espiritual de España. Y ahí arriba, en las cimas, yo encontré—doloroso es decirlo a los tres años de la victoria—la vocación española; la vocación española, que es esto: Primero, lo santo, lo católico; lo católico, pero apostólico y romano; la catolicidad encarnada en aquel español, el capitón Loyola, que nos dice en su sentir con la Iglesia que ha de ser así: catolicidad como la fe del carbonero, ardiente, ingenua, disciplinada de tal forma que debemos pensar que lo negro es blanco si así lo demandare la jerarquía.

Lo católico primero y después lo heroico: Aquella espada del Gran Capitán y aquel rosario de batallas, de laureles y de victorias del paladín de la cristiandad. Y después lo político, el genio colosal político del Cardenal Cisneros. Y después, lo artesano: maestro Mateo,

maestro Arce, que son la encarnación, la sensación maravillosa de la justicia y de la caridad cristiano.

Este es el llamamiento a una vocación española que algún día yo dirigiré a la juventud, aunque hoy sólo me limite a traeros a vuestro Consejo este Cardenal Cisneros. Pero con una divisa, con una definición que dice: Cuaresma y tentación del político.

Os demostraba hace un momento esas cosas que ni suben ni bajan, grises, avitales, y, sin embargo, ved a este hombre que ni sube ni baja, que está quieto, solitario, meditabundo, encarcelado: es un clérigo de España. Se llama Gonzalo de Cisneros.

Poco paisaje necesita—las cuatro paredes desnudas de una cárcel—para centrar su figura, y, sin embargo, yo os diré que ha nacido de la más genuina raíz castellana; pero ha nacido en un hogar pobre, estrecho, apretado por la miseria. Guarda en las viejas arcas familiares pergaminos de ejecutoria, aquellos que recuerdan las hazañas de aquel antepasado sirviendo a Alfonso VII. Hay algún letrado, hay otro antepasado de sangre noble de Navarra..., pero Gonzalo de Cisneros nace en un hogar pobre. Sus padres le envían a estudiar las primeras letras a Roa; después, humanidades a Alcalá, y más tarde, a conseguir aquel «Doctor in utroque», en ambos Derechos, a Salamanca.

Dejémosle a nuestro héroe que él, como estudiante pobre, tenga que recurrir durante las vacaciones a dar lecciones a otros camaradas para allegar otros recursos a la honestidad de su pobre hogar. Dejémosle, porque creo que es más interesante centrar la figura en el tiempo de Cisneros.

El tiempo de Cisneros es muy semejante a nuestros tiempos.

Agoniza la Edad Media, y con ella su institución esencial: el Imperio. Y agoniza el Imperio a manos de las herejías, de la doble herejía. Se presiente aquella turbación

de Lutero contra la fe que ha de segregar al mundo de la obediencia de Roma. Y se presiente también aquel motín de los nacionalismos, de las nacionalidades del Cardenal Richelieu, que ha de negar la obediencia al César. Dios y el César, estos eslabones que eran toda la vida del hombre, la vida natural y la eterna, con un principio homólogo maravilloso, unívoco, se va a romper ante esta irrupción violenta de las dos herejías.

Como en vísperas de algo extraordinario y tremendo, el tiempo de Cisneros es un tiempo de espera en el mundo intelectual y social; un tiempo de espera, de angustia, de dolor como de partos; es un tiempo que arde. Ved el arte gótico, aquellos encantos puros de las líneas góticas; ved cómo se hacen flamígeras, cómo arden, cómo queman aquellas piedras. Es un tiempo de locura, de insensateces; y más tarde, Erasmo hará esto: el elogio de la locura. Es un tiempo dantesco. Dante mete toda la vida del hombre, la vida espiritual y la vida corpórea, en una comedia; pero en una comedia en la que hay cavernas, calderas de pez hirviendo y tormentos estremecedores.

Es una edad de crítica, de fustigar, de latigazos, de cantarle las verdades al lucero del alba en las coplas de Mingo Revulgo; y después, siguiendo a esta alucinación que es Europa y su paisaje cultural, una ola de pobres, de mendigos, de leprosos.

Agoniza la Edad Media. Existen tres caminos para evadirse y para laborar: el verso, la espada y la nave.

Hay que buscar de volver por los fueros de la imaginación. Que el poeta suscite y haga al héroe, que cincele el heroismo y la hermosura de Don Quijote y Dulcinea. El verso. ¡Ay del pueblo que no sabe levantar, frente a la poesía que derriba, la que construye!

Y se necesita la espada. Una espada valiente, que levante otra vez este alma cálida y fracasada de Europa.

Y navíos. Navíos de ilustración y navíos también que

se hagan a la mar, que nos traigan, que nos arranquen del sueño otros mundos nuevos desconocidos, con nueva vida a injertar en el alma de Europa.

Tenéis en esta evocación la ecuación matemática del Imperio. Verso—englobando cultura, catolicidad y espíritu—, espada—una actitud militante y castrense ante la vida—y navíos, que es el gozo de los descubrimientos.

Verso, espada y navíos, igual a Imperio. Pero, ¿quién nos lo va a conquistar? ¿Acaso Gonzalo de Cisneros?

Os digo, camaradas, que mientras ahora os hablaba de mendigos y de lacras, Cisneros se fué a Roma. ¡Un español en Roma! Qué interesante. hacer una digresión sobre esto, porque pienso que la más alta y completa medida de lo humano está en el español para lo católico, para lo militar y para lo político.

Os iba a decir que el español rompe un poco los designios de la Providencia, que no necesita más que ir a Roma para ponerse junto a la piedra angular que los canteros desecharon para edificar como piedra de escándalo, pero que había de ser, porque era Cristo, la piedra angular del tiempo y de la eternidad, contrastando allí con la piedra de Cristo y con la piedra de San Pedro; contrastar lo español, que es virtud maravillosa.

Cisneros en Roma. Ha brillado este clérigo en Salamanca por su extraña sabiduría en sus ambos derechos, y en Roma igual. Los cardenales le hacen preguntas y le piden consejos.

Su padre ha muerto en Torrelaguna. Siente la llamada de la Patria, y guiado sólo por el dedo de Dios, que le lleva con un fin de vocación y misión, este hombre, con unas letras expectativas, que, aunque estaban prohibidas por el Concilio de Trento, Pablo II le da, vuelve otra vez a España. En las letras expectativas se pide que, como premio de sus saberes y consejos, se le dé un beneficio vacante.

Vuelve Cisneros a España. El cardenal Carrillo, un car-

denal excesivamente militar y excesivamente humano, porque el hombre que hace traición a su vocación pierde su figura de hombre.

Si yo, camaradas—y esto me interesa decirlo en este Consejo—, cediera un punto así, un pelo en mi sacerdocio, yo haría a la Falange el peor de los servicios y dejaría de ser falangista.

El cardenal Carrillo vaca un beneficio, al que opta Cisneros, que va con sus letras expectativas—el mayor elogio que puede tener un hombre en la tierra, porque el Sumo Pontífice ha dicho que por encima de la brillantez de sus saberes está la luz que irradia de su virtud y su honestidad.

Dispensadme que ahonde en este tema: Carrillo niega el beneficio vacante a Cisneros. El defiende la legitimidad de su título, y entonces el cardenal Carrillo lo encierra en la torre de Uceda. Dos años. Pero éste, encarcelado, como acontece tantas veces, para que se le perdone; no, es de acero, tiene una vértebra netamente española, y entonces el cardenal Carrillo, al ver que no cede, lo encierra en otra cárcel peor, en la torre de Santorcaz. Y allí tiene que estar Cisneros ocho años, hasta que su madre, por intercesión de una muy allegada sobrina del cardenal, consigue sacarle de la cárcel. Diez años de encarcelamiento. No me olvidéis este dato, porque voy a volver sobre él. Va a Sigüenza de vicario general. Allí está Mendoza, que le aprecia, que le quiere, que le trae. El le aconseja también, le ordena aquella Vicaría; es luz de virtud y don de sabiduría en aquellos años. Pero este hombre, Gonzalo de Cisneros, va herido de cárcel y herido de soledad, y aprovecha que su madre ha muerto para entonces él, voluntariamente, encarcelarse, y se hace franciscano.

Uno de sus biógrafos más ingenuos, que a mí me ha conmovido siempre, Ocampo, dice que Cisneros veía el paisaje español, sus fluctuaciones políticas, dónde estaba el medio, y él se consideraba tan pequeño, tan sin fuer-

zas, que, por una reacción contraria, huyó a la soledad, a encarcelarse voluntariamente en la estameña pura y perpetua del franciscano. Se hace franciscano.

Sigámosle. Va primero a Toledo; pero en Toledo hay mucho locutorio, muchos visiteos, juego de idas y venidas, y éste es el César de la soledad, es el hombre enviado como precursor desde el destierro; y este hombre renuncia a estarse en Toledo, se va a Santa María del Castañar, cerca de Toledo. Y allí, entregado a penitencias durísimas, alimentándose solamente con pan, agua y hierbas amargas, tampoco está contento este hombre; lee las Sagradas Escrituras. Es hombre de cárcel, de soledad interior, y pide a sus superiores que le trasladen a otro sitio, y va a Salcedo, y allí aun hace más: se construye una cabaña apartada del monasterio, apartada del comercio y del convivio humano, y allí está este hombre preparándose para ser el autor gigante del Imperio.

A su muerte, en los dos siglos que siguen hay un gran olor de virtud, lo quieren aclamar por santo; el cardenal Cisneros es el santo de España y de los siglos XVI y XVII. Se inicia el proceso de beatificación y canonización. Aquello va a Roma.

Los historiadores, los biógrafos, pasan como sobre ascuas sobre esta vida oculta de Cisneros. No tienen en ella ni aquella dignidad augusta del capelo, ni esos muarés lucientes que llevan los mantos de los cardenales, ni báculos fastuosos, ni anillos, ni bendiciones pontificales; no les interesa.

No les interesa, camaradas, porque os diré que cada tiempo, cada edad, tiene su versión, su cardenal Cisneros.

Después, el liberalismo, la Monarquía española necesita su cardenal; pero ha de ser un cardenal fastuoso, un cardenal de Fiesta de la Raza y de juegos florales.

La Dictadura también tiene su cardenal, un cardenal de exportación iberoamericana, maravilloso.

La República también necesita su cardenal, y hay dos

versiones de Cisneros en aquel deshonor, en aquella amargura de España: una, aquel poema de Pemán, una comedia para derechas y de derechas; y luego, aquel gran cartelón en la Puerta del Sol en febrero de 1936, todo apresurado y angustiado—que no estaba el horno para bollos—, aquel gran cartelón de la Puerta del Sol, en el que un hombre de chaqueta, un jefe político, mostrando con su dedo unos chafarrinones, decía: «Esos son mis poderes».

Pero, camaradas, yo os traigo un cardenal para la Falange. Un cardenal flaco, como era en sí. Un haz de huesos, una estameña mendicante, pero un amor, un corazón tan grande, un genio político, un cardenal total, totalitario; porque, mirad: Cisneros será el confesor de la Reina, y Regente del Reino, y político, e inquisidor, y autor de la Complutense, y el padre de esta gran Universidad de Alcalá; será el conquistador, será un haz de flechas yugadas por la soledad de la cárcel, yugadas en un arco distendido. Este arco con las cinco flechas de la Falange, que van disparadas sobre una diana: a la unidad tremenda española que debe traernos la Epifanía del Imperio. Este es el cardenal de la Falange.

Esta no es una pura ficción poética. Además tengo dos razones, que creo que os bastarán:

El hombre es una capacidad, una potencia que va reuniéndose en actos, sucesivamente, en el desarrollo de la vida; por el clima de educación y de cultura que le rodea va reuniendo en actos su capacidad. Pero en el hombre hay una etapa en su vida, esa etapa de la virilidad, en que debe completar toda su psicología y rasgos personalistas característicos. Tiene que hacerse el «yo», que está en crisis.

En la Edad Media hay una tradición del demonio meridional (no sé por qué a Felipe II se le va a llamar el Demonio Meridional), que es el del paso del mediodía, en el estío, cuando tocan las campanas a vísperas, y se

ha decidido que este demonio meridional sea un demonio grosero, carnal, el que nos traiga las tentaciones de la lujuria, porque este demonio es el de la mitad de la vida, en que la virilidad está en crisis, en que el hombre tiene que hacerse hombre, tiene que luchar con su enemigo doméstico, con los enemigos interiores y exteriores, hasta decantarse, hasta purificarse, hasta hacerse esquema. Hay una razón psicológica, y es que entre los treinta y cuarenta años es cuando baja el hombre. Y los treinta-cuarenta años de Cisneros están recogidos allí, en una cárcel.

Y tengo otra razón distinta, de tipo místico: la Providencia, camaradas; la Providencia, cuando destina a un hombre a una alta misión, lo baña en aguas acedas, amargas, de tentación, de prueba; lo mete en el crisol del fuego y en otros crisoles de exquisita purificación, porque tampoco a su Hijo, a Cristo, le quiso librar de este crisol de la prueba que debe ser la pasión y muerte. De forma que este rasgo, esta característica de Cisneros, olvidada en las historias, es el fundamento de este Cisneros falangista.

Oíd una interpretación de la soledad: Sólo admito del último ensayo de Marañón, «Soledad y Libertad», ese postulado en que afirma que «la soledad es uno de los más altos dones que puede alcanzar el alma humana». Porque después ya no hay derecho a que detrás de estas dos tan altas palabras, libertad y soledad, Marañón dirija uno de los más tremendos ataques a esa institución base del matrimonio, del hogar, de la familia.

Pero me quedo, sin embargo, con este postulado de arranque: la soledad es uno de los dones más altos concedidos al alma humana, y en seguida os digo que voy a interpretar la soledad dentro de nuestra cultura, de la cultura cristiana—no occidental, no—, latina, entendedlo bien, de nuestra cultura cristiana, de esta cultura cristiana, de nuestra era cristiana. Tenemos el primer ejemplo de la soledad: el solitario.

Pero el solitario ved que no hace más que huir del martirio. Es la hora de las persecuciones, y el primer solitario huye, un poco por terror, por miedo a todas las crueldades de los garfios, de las arenas candescentes del circo, de los leones y de las fieras.

Y el hombre se va al desierto y, claro, es muy natural, como castigo de esta actitud cobarde, el solitario se encuentra de pronto con que el demonio tiene una importancia tremenda, y es la lucha gigantesca y terrible del solitario contra el demonio. Y el demonio le hace judiadas, le trae doncellas hermosísimas, figuraciones de la ciudad, manjares dilectísimos; se sube a las barbas del solitario, le azota; es cosa tremenda ésta.

Y efectivamente, parece a primera vista que la soledad, dentro de la cultura cristiana, es una actitud inferior. Y no es así. Porque tenemos los príncipes de la soledad, San Pacomio, San Antonio... San Jerónimo, allí está en su soledad, lee las Sagradas Escrituras, las compulsa, las traduce, las comenta, y en esa edad que sigue a la edad de los martirios, que es la edad de los apologistas de la herejía, aquellos gigantes paladines de la cultura tienen que ir a la soledad y estarse allí con los solitarios y pedirle consejo al solitario, porque es buena consejera la soledad y es la que vence, en definitiva, esta tormenta de la incursión bárbara de la herejía en el campo cristiano.

Fecunda y maestra la soledad. Pero la soledad hay que saberla vivir.

Actualmente es una edad babélica; lo estáis viendo en la filosofía, en el arte, en la sociología; una edad de dispersión, una edad babélica. Es un martirio, representa un martirio, camaradas, vivir honestamente en la sociedad y en el mundo cultural actual. Uno siente la tentación, como aquellos primeros solitarios, de irse al desierto.

Mirad, camaradas: Hasta Ortega y Gasset grita: Ensimismamiento. Pero mucho cuidado, porque el «ensimismamiento» de Ortega y Gasset no me gusta, no me sue-

na esta palabra; porque este ensimismamiento, no sé por qué, me trae al recuerdo esta falsa fase, ese estarse contemplando el ombligo, aquella actitud pecaminosa que da siempre en carne, en tentación. No. No me gusta este ensimismamiento.

En la soledad hay que estar de una manera española, entera; estar en la soledad, en la torre de la soledad, como estaba Santa Teresa de Jesús en su morada, dentro del castillo interior, activamente solitaria, extática, maravillosa, tocando a Dios, pero a la vez andando, siendo andariega. Una soledad traducida a vida, a carne y sangre y a apostolado. Este es el misterio de la soledad. Entonces la soledad es fecunda, porque a un hombre como Cisneros, que está en su torre de Santorcaz, le puede asaltar el peligro de hacer de su torre una torre de marfil, el verdadero parnasismo de la soledad y de la torre, o si no, si quiere hacer algo en la vida, hacer sólo política de campanario, porque está en su torre. Pero no. Cisneros, no. Lo vais a ver ahora mismo.

Cisneros, no, porque lo español no puede admitir más torres que las altas torres de las catedrales, hechas con bronce de heroísmo, o las torres de los altos castillos, castrenses y militares, o las torres del mar, esos faros que son luz y guía de los navíos extraviados y también arribada magnífica después de las grandes tempestades del mar.

Y así, de esta manera está nuestro Cisneros en la soledad.

Los biógrafos de Cisneros, como no les interesa esta soledad, han dicho—yo lo diré, por irreverencia no, sino por fidelidad con los datos históricos—, han dicho que Cisneros en esos diez años de cárcel se despiojaba sobre las Sagradas Escrituras. No voy a forzar el texto.

El hombre encarcelado, Cisneros, en su cárcel, tiene abiertos los libros del Evangelio y, claro, como una soledad con otra soledad se ayuda, seguramente que Cisneros leería aquella soledad de Cristo, aquella Cuaresma

de Cristo, aquellas tentaciones de Cristo. Yo lo imagino así. Que, efectivamente, Cisneros se metió en una cuaresma en un desierto y en una tentación, para ser después lo que fué, el gigante de España. Lo vamos a ver:

Cristo en el desierto. Va allí para prepararse a cumplir su misión; como Cisneros. La misión de salvar el género humano; pero necesita apartarse de él, y Cristo, en su soledad, tiene una tentación primera. Se le acerca el demonio y le dice: «Haz que estas piedras se conviertan en pan». Y Cristo le responde: «Apártate de Mí, Satanás; no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que viene de la boca de Dios». No olvidéis, camaradas, este dato maravilloso. El demonio tienta a Cristo porque sabe que tiene capacidad para obrar un milagro. Cristo es Dios, pero es hombre; es una naturaleza humana y divina, unida en la persona de Cristo maravillosamente. Cristo, en cuanto hombre, naturalmente, siente el hambre, y la fatiga, y la sed.

Qué pensamiento tan hermosísimo para consuelo de nuestra pobre fatiga humana delante de los pies fatigados de Cristo, y así siempre. Pero detrás de esta fatiga, nosotros intuimos la naturaleza divina, que no tiene hambre, ni sed, ni fatiga. Sólo hay un momento en aquel huerto de Getsemaní en que se dislocan las dos naturalezas y viene un choque violentísimo, que le hace sudar sangre, y allí está por medio el pecado, que no puede atacar a la naturaleza divina y, en cambio, ahora, aquí en el desierto no hay esta lucha. Lo tienta el demonio a Cristo estérilmente, y le dice: «Haz que estas piedras se conviertan en pan».

Todo hombre, después del pecado de origen, es tentado por su propia concupiscencia. San Pablo nos habla de esta experiencia, de aquel latigazo que se opone a la ley de la razón, a la ley del espíritu, con una violencia fuerte e inusitada.

¡Ah! Pero el político, el político, que tiene la misión de

conducir a otros hombres, es necesario que entre en la soledad, y el Estado, o el Reino, o la República le tienen que exigir esto, que se presente en el vértice de la vida pública después de haber vencido en él esta primera tentación del pan. ¡La tentación del pan! Camaradas: imaginaos al político que hace de la política su pan. Su propio pan, así como el de los suyos. Que hace de la política establecimiento de enchufes para él, para los suyos, para el partido político. Yo os digo que solamente un concepto metafísico de la Patria puede vencer en el político esta tentación: nada más que este sentimiento de la unidad de destino, y, sobre todo, este amar a la Patria, «como nosotros amamos a España, porque no nos gusta». Porque entonces el político, puesto en el vértice de su política, no tendrá más que un ansia: el día nuevo para buscar una nueva perfección con que adornar y engalanar el cuerpo de la Patria, y no esperará el día nuevo con el feliz presagio o augurio de que le traiga el nuevo pan, cada vez más productivo.

Cisneros, en su cuaresma, vence la tentación del pan. La ha vencido porque se ha metido por voluntad en esa cárcel de los tres votos, y es casto y es pobre.

He dicho que es casto. ¡Qué interesante otra digresión sobre la presencia de la mujer en la política como tentación del político! Dalila, Cleopatra, Josefina, la Pompadour... Esas mujeres peligrosas, satánicas, demoníacas. Cisneros también tiene una mujer. Pero está ahí, arrodillada a sus pies, la Reina Católica. El es el confesor de la Reina. Pero entre santa y santo, pared de cal y canto; y es de los pocos casos de la Historia en que el político puede ir del brazo de una mujer, para entre estos dos brazos arrancar al sueño de los mares un nuevo mundo para Dios y para el César.

Pero la medida en esta primera tentación, la medida que yo busco en el político Cisneros, la encuentro precisamente en la respuesta de Cristo: «No solamente de

pan vive el hombre, sino de las palabras que vienen de la boca de Dios».

Cisneros es el primero que establece en su vida pública del Reino una rigurosa jerarquía de valores: lo espiritual y lo cultural sobre lo mundano, lo mundanal. Ahí destacan primeramente estas condiciones de su política. Lo primero, reformador, inquisidor. Dentro de esas jerarquías de valores urge—como urgiría ahora, camaradas—, una depuración de nuestro mundo cultural, de nuestros escritores, de nuestros falsos filósofos, de nuestros falsos poetas. Urge lo primero esto cuando el aluvión es alto y las olas pueden desbaratar y hacer naufragar el navío. Por eso Cisneros es primero reformador. No será nunca renacentista. No aceptará la bacanal de Boccacio, del Renacimiento; se adelantará a Lutero en reformar; es necesario reformar. Junto a él hay dos grandes católicos. Pero éstos son torpes, atolondrados. Cisneros, no. Es español, es rígido, va con pies de plomo; primero, va a reformar lo suyo, su Orden, lo que conoce; luego reformará a España. ¿Cómo? Con la Inquisición, que debe amar y alabar todo buen falangista. Porque es necesario apartar del alma española las torpezas y, sobre todo, por la razón fundamental de que hay motivaciones en la vida que no tiene derecho el hombre a elegir, como son la mentira y el error. Esa cosa que dijo José Antonio: «O salvarse o condenarse», porque es la única manera seria de entender la vida.

Y Cisneros es también inquisidor. Desde luego, cuando él toma en sus manos la Inquisición la vuelve más humana, le quita un poco aquella dureza de Torquemada y la hace más franciscana.

La segunda medida, ahí la tenéis: la Complutense y esta Universidad. «No sólo de pan vive el hombre, sino de la palabra que viene de la boca de Dios». Y él tiene muchos afanes castrenses en el corazón. Es claro, ha estado la mitad de su vida encarcelado y tiene prisa. Es lo que

contesta al Rey Católico cuando viene aquí, y después de la conquista de Orán, para ver lo que ha hecho Cisneros, y le dice: «¿Pero tú quieres levantar este monumento a la sabiduría con motivos de eternidad, como lo has hecho de ladrillos y barro?» Y le dice: «Me urgía. Tenía prisa». Y, efectivamente, hace esta Universidad con ladrillo y barro, y la levanta aquí, enfrente de la de Salamanca. Salamanca es la Filosofía, es la Teología, es la Matemática, es el Derecho, todo lo que queráis; pero no encarna el alma española. Es necesario que salga de aquí un Cervantes para que cree Don Quijote; que salgan de aquí Adelantados; que salgan gentes apostólicas: Juan de Avila, el gran santo; el padre Villanueva; que salga Loyola, que salgan estos hombres nuevos que no hubieran salido de Salamanca. Y después Lope, y después Calderón, y Quevedo, y Arias Montano, y, sobre todo, la Complutense, la maravilla de la Biblia poliglota. No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. Por esto, porque la palabra de Dios es eso: la Escritura infalible, que ni puede engañarnos ni engañarse.

Ahí tenéis—y tengo que ser breve, porque me queda poco tiempo—cómo en su soledad, detrás de la tentación del pan, surgen estos rasgos altos, fundamentales de nuestro cardenal.

Después viene la tentación del mundo. A Cristo le dijo el demonio: «Todo el mundo te daré si postrándote me adorares».

Efectivamente, el encarcelado no tiene otro consuelo que el cielo, no ve más que el cielo detrás de los cuatro barrotes de su ventanuco. El rechaza la convivencia humana y, sin embargo, al hombre encarcelado, al político que debe encarcelarse en su cuaresma, se le presenta también el demonio, o debe presentársele, de estas tentaciones del mundo.

Todo el mundo te daré si postrándote me adorares. ¡Qué tentación! ¡La tentación del mundo! El príncipe, el

conductor de masas, el rey, cifran toda su gloria indiscutible en aquellas palabras del Evangelio: el origen divino de la monarquía. Con que ufanía en las medallas: Rey, por la gracia de Dios y por la Constitución. Muy bien, origen divino. Pero al político, al rey, al príncipe, se le intercepta la tentación tremenda, porque si efectivamente tiene un origen divino el que manda, de aquí nace un concepto del Estado, y de la República, y de la Monarquía, no de propiedad, sino de administración. De administración. Y en el Evangelio está aquella petición que hace Cristo al mayordomo infiel, que el conductor, el príncipe, el rey, debieran tener todos los días delante de sí. De manera que cuando el mundo se presente al político como una tentación debe contenerle en estos principios del Evangelio: «No propiedad del mundo, no propiedad del reino, sino administración».

Camaradas: Si esto pensase el político, ¡qué otra suerte de política! ¡Qué otra suerte de política! ¿Por qué? Porque entonces la política ya no sería ambición, ya no sería egoísmo, sino que sería servicio, nuestro concepto político debe de ser servicio. Entonces el político—como quería José Antonio—no serviría al Rey, que se nos puede morir; serviría a la causa más alta; concretamente, serviría a España.

De aquí ved la nobleza tan fustigada por Cisneros, por sus banderías, por su peligro para la unidad española. Quieren hendir una hendidura entre el Rey y el cardenal, hendidura por donde colarse, ponerle la zancadilla y hacerle caer, y le acusan por infidelidad, y le dicen que quiere ir por encima del Rey, que quiere ser el verdadero Rey de España; y es entonces, camaradas, cuando él, delante de aquellos nobles peligrosos, abre su balcón y dignamente puede decir: «Estos son mis poderes». Porque debajo de su brazo está Castilla reunida, y está el Ejército, que ha de ser potente, y está, sobre todo, su política de servicio. El ha servido a España, tiene derechos inaliena-

bles sobre España por su magna política de servicio. Estos son mis poderes. ¿Y sabéis cuáles son los poderes? Pues son que él ha sobrepasado y purificado en sí la tentación del mundo.

No quiere recibir el mundo; por mano de la tentación lo ofreció el diablo a Cristo. No. Lo quiere recibir por su propia victoria de militar, y es entonces cuando hace aquella empresa gigantesca de Orán, y se hace soldado, camaradas, y fleta todos sus navíos y desembarca .

Vuelvo otra vez a su cronista Ocampo, porque él nos ha legado aquellas manificas arengas que hace el cardenal Cisneros a sus legiones: «Soldados, me guía sólo la causa de la Patria y la causa de Dios».

Y les recordó: «Pensad lo que dirán las mujeres españolas, vuestras madres, vuestras hermanas, cuando vamos a libertar del cautiverio de la morería a nuestros hermanos españoles.» Y tiene este arranque final: «Y qué dicha y qué gloria para mí, soldados, si yo entonces en este menester y esta empresa lo pierdo todo, hasta mi sangre.»

Y conquista Orán.

Y después, porque cree en aquella esfera armilar, se mete en aquella empresa de arrancar del sueño y conquistar aquel mundo nuevo de Colón.

Esta es la política de servicio que nace de la tentación, de la cuaresma, del concepto exacto y falangista del deber del político.

Y, por último—voy abreviándolo todo—, la tentación del propio mando. La última tentación, la que propuso el demonio a Cristo cuando le dijo: «Arrójate del templo, porque, como eres Dios, mandarás a tus ángeles que extiendan sus alas y no tomarás daño. Todo el pueblo, allá abajo, te aclamará y creerá en Ti, porque has hecho este milagro extraordinario».

Ya el poder en manos del político es una tentación, y mirad el político en esta cuaresma. El político español, que necesita de una dura y extremada cuaresma, como

Cisneros, un encarcelamiento como el suyo, debe meditar y ver aquel principio que nos trajo otro español, Loyola. El hombre es creado para servir, y alabar, y hacer honra de Dios y salvar el alma. Y así es el principio de estilo falangista, no superado por nadie, del uso y del abuso. Lo mismo en el orden espiritual que en el perecedero humano, en el corporal.

El poder puede ser una tentación en manos del político. ¡Ah! Pero si no abusa, si usa sólo del poder como el cardenal Cisneros, entonces no es tentación.

Mirad: El Regente puede ponerse sobre aquella corona de su cogulla la auténtica corona de un Imperio que nació de los Reyes Católicos. Y no. En aquellos años se dedicó precisamente a esta obra maravillosa, a dictar aquellas ordenanzas de la hermandad española, a hacer las primeras levas de nuestros soldados, que hasta entonces no habían ido como soldados; a ser el creador de la invicta y gloriosa Infantería española.

Este es el cardenal Cisneros. Ahí tenéis mi pensamiento. Acaso esperabais un cardenal fastuoso. Tengo la consciencia de haberos dado un cardenal como él era, si queréis un cardenal falangista. Porque parece que hemos ido, al estudiar al cardenal, reflejando en nosotros, en nuestros ojos, una doctrina bien conocida y bien amada: la doctrina de la Falange. Ahí le tenéis. Os he dado un esquema. Sois gentes de armas y gentes de letras. Os dejo mi esquema; completadle vosotros, estudiadle, mejoradle, porque **podéis.**

Repito que nuestro tiempo y nuestra edad son parecidos a su edad. La incertidumbre, el atolondramiento y la prisa entre el cambio de dos edades. Cada edad en la Historia comienza por una irrupción de bárbaros. Yo he pensado muchas veces si nuestra Cruzada, que venció la barbarie comunista, había vencido a esa barbarie que irrumpe cuando comienza un nuevo tiempo. No lo sé. Si acaso detrás del bolchevique vendrá otra barbarie de

tipo cultural, de tipo católico. Por eso—mis queridos y entrañables camaradas—, al dejaros mi esquema yo quiero sacar la moraleja, quiero sacar la conclusión: Encarcelaos. Es necesario encarcelarse.

Lo sé. Cuando se tienen veinte años y en la mano abierta la estrella de la fortuna, y de la gloria, y del amor; cuando luce el día alegre y tentador fuera, es difícil y penoso encarcelarse. Pero es necesario. Por eso hemos tomado nosotros nuestra tarea. Porque tiene la virtud de ser difícil y queremos que lo difícil nos siga hasta el final, y después del final. Que la vida nos sea difícil antes del triunfo y después del triunfo; tan difícil—camaradas—, que es difícil hasta el milagro. Pero nosotros tenemos fe en el milagro. Encarcelaos. Primero, en esa disciplina rigurosa y exacta de un pensamiento ortodoxo y católico, en la pureza de una fe fanática, como la fe del carbonero, en la pureza de una fe católica, apostólica, romana y militante, que así es la fe española.

Encarcelaos. Sin discutir, disciplinadamente. Encarcelaos para trabar la lucha con los enemigos domésticos. Los primeros enemigos, los domésticos.

«No vine a traer la paz, sino la guerra.» Nosotros no somos como aquella chata y sucia y estropeada juventud roja, que cifraba todo su heroísmo en aquel atleta desnudo que tenía un arco de oro en la mano y en realidad no era más que un libertinaje del sexo. Encarcelaos. Que la obediencia y la castidad son las dos grandes potencias que deben mover, que mueven, el mundo de los genios y de las almas. Encarcelaos a la disciplina del Partido, del Movimiento, a la disciplina de las letras, del fuero universitario; sed mejores, camaradas.

Y ahora permitidme que me ponga de pie. Mis palabras son de homenaje a otro encarcelado. Tenía nobleza de sangre y de alcurnia y pergaminos, y la cruz santiaguista le cruzaba el pecho; y tenía nombre de César, y lo dejó todo y se encarceló para hacerse norma y es-

quema, y luz y guía, y luchó dentro de sí y se hizo artesano con los camaradas artesanos, y soldado con nuestros combatientes, y estudiante con vosotros, universitarios. Tenía nombre de César: José Antonio.

El miedo, la incomprensión, la ignorancia y la cobardía le encarcelaron. ¡Cárcel de Madrid! ¡Cárcel trágica y gloriosa de Alicante! Creían que a un hombre con vocación, a un hombre con destino, que abría radiante, en el surco de la tierra española, un surco nuevo, y que había puesto su sangre y su corazón, y su saber y su alma entera, se le podía encerrar y acallar en las cuatro paredes de una cárcel. Y se equivocaron. La injusticia lo asesinó y él triunfó, camaradas.

Ayer, cuando cruzaba por última vez por El Escorial, en un día de diciembre, con un sol de primavera, allí estaba, en lo alto, el sol como una lámpara votiva o como una corona, imagen de oro y eternidad, gritando la figura de nuestro César.

Encarcelaos como él para que triunfe España.

Mirad: Os hablaba de Fray Francisco de Cisneros; de nuestra visión del cardenal Cisneros, que es una visión de fraile mendicante. Y ahora, en mis palabras finales, me acuerdo de otro Francisco, del pobrecito de Asís, y os dejo aquel ejemplo maravilloso de sus florecillas de la perfecta alegría, y os lo entrego para vuestro consuelo y para vuestra fortaleza:

Fray Francisco salía un día con Fray León, el lego ingenuo. Marchaban a Santa María de los Angeles. Iban a su casa, que era el convento que él había edificado. Y en el camino le dice a Fray León: «Mira, Fray León, escribe: Si mis monjes mendicantes conociesen el curso inquieto de las estrellas y los misterios ocultos de las hierbas y de la alquimia y supiesen todos los saberes de este mundo..., escribe, Fray León: En esto no está la perfecta alegría.

»Escribe: Si mis monjes mendicantes hicieran milagros,

y resucitaran muertos, y curaran leprosos y apestados, y pusiesen luz en las cuencas vacías de los ciegos, y pusiesen brazos en los mancados, escribe, Fray León: En esto no está la perfecta alegría.

»Escribe: Si todos supiesen y tuviesen todas las lenguas de este mundo, y convirtiesen a todos los pecadores del mundo..., escribe, Fray León: En eso no está la perfecta alegría.

»Mira: Ahora vamos a nuestro convento. Y vamos a llamar. Y si nos sale el lego y nos dice, en medio de esta noche destemplada de invierno: ¡Fuera, porque sois asesinos, porque sois salteadores de caminos! ¡Que no, que no! Que somos tus hermanos. Y nos echa afuera, y nosotros volvemos a llamar: Mira, hermano, que somos tus hermanos, que es nuestra casa. Y otra vez nos arroja fuera, y nos llama majaderos y engañadores de pobres, y lascivos, y nosotros llamamos otra vez, porque es invierno y nos morimos sobre la nieve, y sale irritado, y con fustas y palos nos pega, y nos veja y nos tunde en el suelo, entonces, escribe, Fray León: Cuando todas estas cosas las hayamos sufrido por el amor de Dios, entonces es la perfecta alegría.»

Camaradas: Os hago la parábola con emoción: Hay un invierno en España, el invierno de la decadencia, el invierno de la derrota, el sucio invierno marxista. Nació la Falange entonces. Ella traía la verdad y traía la luz y sabía dónde estaba el camino de la salvación, camaradas. Hizo milagros la Falange. El milagro de poner de pie lo que parecía muerto: el corazón y el ansia de la juventud de los hombres buenos de España. Sabía todas las lenguas, sabía hablar a los españoles con su lengua materna de Imperio. Era un invierno destemplado.

Hicimos más, camaradas: reconquistar paso a paso la tierra española con la sangre de los mejores.

Y después, en la hora de la victoria, cuando hemos ido a llamar a nuestra casa, nos ha abierto la puerta el

lego del capitalismo, y nos ha llamado estraperlistas y ladrones. ¡Pero que es España, que es nuestra casa! Y hemos vuelto a llamar. Y los que nos han abierto han sido el falso intelectual, el mal catedrático, los malos escritores, los hombres que están imbuídos ya sabemos por quién, y nos han llamado estúpidos, sin estilo, malos poetas, cuando tenemos la verdadera poesía, la verdadera visión de la vida. Y hemos vuelto a llamar, y nos ha salido el político y nos ha echado fuera y nos ha privado de todo.

Hermana Falange: No era entonces la perfecta alegría. Yo te digo: Escribe, escribe, hermana Falange: Cuando todas estas cosas las hayas sufrido por amor de Dios y de España, entonces es la perfecta alegría.

Y hay más extraordinario prodigio: Fray Francisco de Asís tenía cinco llagas como cinco rosas, abiertas sobre la carne, penetrantes, y por aquellas llagas, en otro invierno, allí en Santa María de los Angeles, obtuvo de Dios la gran porciúncula de los perdones y de la misericordia para todo el mundo. Y el prodigio fué en aquella destemplada época del invierno; como certificación de aquel milagro surgieron rosas de sangre.

Invierno de Europa, invierno de una Edad, invierno destemplado de la cultura española. La nieve de Rusia, y sobre la nieve de Rusia, la sangre de nuestras rosas, los corazones de los mejores. Por ellos obtendremos de Dios, camaradas, una porciúncula de perdón, de misericordia a los amigos y enemigos, a todos los españoles, y una victoria. Volverán banderas victoriosas al paso alegre de la paz, y traerán prendidas cinco rosas—cinco llagas, muchas llagas, infinitas llagas—, las flechas de mi haz.

¡Arriba España!

Día 16 de Diciembre

DISCURSO DE CLAUSURA DEL JEFE NACIONAL ACCIDENTAL DEL S. E. U.,

CAMARADA CARLOS M.ª R. DE VALCARCEL

Camarada Ministro Secretario general del Movimiento, Excmos. Sres., Jerarquías, camaradas:

Antes de nada, dar las gracias más cumplidas a esta hidalga ciudad de Alcalá, que por boca de su Alcalde y Jefe de la Falange, camarada Cayo del Campo, hoy nos despide tras nuestra breve estancia. Gracias también a cuantos con la presencia de su significación honran este acto de clausura.

Nos cumple hoy, con alborozo y sentimiento parejos, dar fin a nuestras tareas, iniciadas hace una semana, a la sombra fecunda de estos muros, cargados de gloria y de viejas sabidurías. Llegamos aquí, unos desde el fondo de las provincias más apartadas, otros desde esta cercanía acuciante de Madrid, llenos de buenas promesas y de esperanzas espléndidas, armados sólo del exiguo bagaje de nuestro ardoroso entusiasmo, ya que no de los conocimientos que hubieran sido de desear, pero que hemos intentado suplir con la fe que alienta en el corazón de cada uno. Y si en el permanente servicio que es la Falange nunca hemos de estar conformes con nosotros

mismos, quiero decir esta vez, ante nuestras jerarquías, y aun a riesgo de que esto suene a heterodoxia, que yo, como jefe vuestro que he sido en estos días de constante trabajo, estoy satisfecho, no de mi labor, sino de la que vosotros habéis realizado.

Como en el ideal ayuntamiento que pedía Alfonso el Sabio, hemos laborado juntos en una perfecta, y estoy por decir, desconocida fusión, profesores y alumnos, y al unísono se han alzado nuestras voces cuando hemos tratado de estas cosas fundamentales y trascendentes que han sido el nervio de nuestras reuniones.

Vaya por delante mi afirmación de que esa oratoria brillante que quizás se mereciera este Paraninfo, donde tantas palabras elocuentes resonaron, no ha tenido lugar en nuestro Consejo; de propio intento, hemos rehuído tratar temas metafísicos, vastos y vagos, para reemplazarlos por asuntos concretos, de agobiante actualidad, que las descarnadas esquinas de la realidad presente nos imponen a nosotros, los universitarios españoles.

Estudiamos en primer lugar la posición de nuestro Sindicato ante la Universidad, ante esta Universidad, tan traída y tan llevada, que sigue sin gustarnos, quizá porque, como a España José Antonio, la amamos con pasión. En nuestras conclusiones respecto a dicho tema no sólo pedimos, sino que exigimos clara y altamente que la Universidad se convierta en el instrumento político más eficaz de la Falange, puesto que admitimos de un modo dogmático que de ella, como en la hora primera, han de salir los futuros gobernantes de la Patria. Consecuencia inmediata de ello es nuestra recta exigencia, que aquí proclamada debe adquirir su máximo valor, de que la Falange se interese de un modo activo, definitivo y resuelto por la Universidad.

Os recordaba yo en mi discurso de apertura de este Consejo que la Universidad de los primeros tiempos españoles servía de osamenta y médula a una ambiciosa política, precediendo a veces su actuación a la misma espada de los capitanes; de entonces a esta otra Universidad, tan ajena a la vida y problemas de la política de España, media la diferencia de una generación, media un río de sangre, una larga historia de sacrificios esterilizados por la incomprensión de los unos y el odio de los otros; media una distancia que, en definitiva, ha encontrado su formulación geométrica en lo alto de las estrellas. En esta orilla de nuestra generación, de este tiempo que sufrimos, llena la tierra de la sal bíblica y de las ruinas que son el implacable cumplimiento de la profecía que la voz tremenda de José Antonio nos anunciara como una nueva invasión de los bárbaros, la Falange se ha comprometido a edificar, con el rigor esforzado del verso latino,

«Una mano sua tenebat gladium
et altera faciebat opus»,

la conciencia irrenunciable de un destino permanente en la salvación de la Patria. La traducción de este verso heroico habrá de plasmarse en una acción vigilante y directa de la Falange sobre la Universidad. Y esto por dos razones: una, porque «la acción sin la doctrina es pura barbarie», según dijo José Antonio, y otra porque la doctrina, o incita unas ejemplaridades nuevas cada día, o se anquilosa en un quietismo inoperante y nostálgico.

Este y no otro es nuestro afán de autenticidad. Así queremos una exigencia falangista frente a los problemas universitarios, que es lo contrario a esta contemplación cómoda y amable a la que asistimos a diario.

Otra vez, camaradas, jerarquías, ha llegado la hora

de invocar las razones de nuestra ira ante la coyuntura que, día tras día, se viene desaprovechando, y de alzar la voz de alerta antes que esta nueva generación se vuelva ñoña y blandengue por no encontrar en el aire de España las consignas de su tiempo, las claves emocionales para su quehacer histórico.

En una palabra: o la Falange cumple su enterizo deber en la Universidad, o estamos abocados a defraudar esta generación, que llega a nosotros con un puro temblor de asombro ante el mundo en que se emplaza y que descubre.

Mirad si es grande nuestra responsabilidad. Nada menos que el destino de salvarse o perderse de la única generación que quizá pueda recobrar a España definitivamente es lo que nos estamos jugando a esta alegre carta del dejar hacer o del dejar pasar. Y hemos de negarnos el descanso diario en nuestra tarea, porque el tiempo no admite espera ni argumentos sofisticados, y su rueda implacable irá arrastrando a todos los que no se incorporen con voluntad alegre a su dinámico rodar cósmico, que ordena en círculos exactos la trayectoria de los soles y las generaciones.

Nuestra consigna ha de ser ésta: negarnos al desaliento, a las voces seductoras, a la traición inefable de lo fácil y lo cómodo. Engañarnos a nosotros mismos es una manera de ser tremendamente desleales a la rabia de las trincheras y a la desesperación de las pistolas que desvelaron la interpretación dialéctica de un mundo que no nos gustaba. Por eso alzamos nuestra bandera de combate, hoy en trance de ser abatida ante el cerco de aires con intención de bayoneta y vuelo amable, que intentan rendir la fortaleza de nuestra voluntad.

No es un pleito menor, jerarquías y camaradas, éste en el que se empeña nuestro afán de hoy; no es solamente un pleito universitario, sino que él representa el inevitable azar del ser o no ser de la Falange. Ya en el Consejo de El Escorial reclamábamos para nuestra ambición la dura empresa de asumir la responsabilidad del destino de los jóvenes de nuestro tiempo; porque el ser universitario no es sino la apasionada vocación de interpretar la entraña radical, es decir, el mundo de los símbolos del paisaje vital de nuestro entorno. Y la reclamábamos también porque aun nos duelen en carne viva las razones de la unidad entre los hombres de España, de que nos hablara con riguroso mensaje José Antonio. Vincularlos a una unidad de destino, a un quehacer histórico común, ha sido la consigna suprema que orientó las decisiones de nuestro Consejo cuando nos planteamos el problema de nuestra incorporación, generosa y alegre, al Frente de Juventudes, única esperanza de nuestra continuidad misional.

Y si es verdad que en la doctrina de la Falange, en tanto valen derechos en cuanto crean deberes e incitan responsabilidades, nosotros, que habíamos sido los primeros en exigir de nuestra conducta un desvelo permanente por el destino de nuestra generación, y que en este desvelo habíamos quemado nuestras entrañas, llegada la hora de la verdad teníamos toda la razón para exigir unos derechos insobornables en la conducción política de nuestra juventud. Nuestra fué la responsabilidad en las horas primeras; nuestra fué también la dificultad, y queremos que la dificultad siga hasta el final, pero para nos-

otros, para nuestra amargura o para nuestro gozo último, porque nosotros aceptamos el desenlace de esta aventura con la audacia descubridora y fundacional de todas las grandes, fecundas empresas españolas. Mas si nuestra alma se enamora de la aventura, nuestra razón sopesa en cada momento la seguridad y la certeza de un camino que no admite extravíos ni equivocaciones. Seguridad y certeza de saber que si instalamos en el alma de nuestras juventudes una conciencia política, un conocimiento y un amor entrañablemente nacionalsindicalistas, que sean apasionada clave de una profunda inquietud espiritual, habremos acertado con la raíz atormentada de su salvación.

Y si esto conseguimos, jerarquías y camaradas, habrán vuelto otra vez las banderas victoriosas para este S. E. U. combatiente, al que si un día le faltara una dialéctica violenta y ardida, no encontraría explicaciones para su razón de ser.

Banderas victoriosas sobre caminos de legiones romanas, caminos de arquitectura. de civilidad, de edificación, que no aludirán a gritos de alboroto o revuelta, sino a canciones de milicia, ricas en números y sabias en empresas.

No os queremos dar una relación árida de nuestros hechos; no queremos detenernos en la contemplación narcisista de nuestra obra cumplida, sino continuar hoy mismo, que damos fin a nuestra primera jornada, en esta línea de exigencia permanente, en la que se ha encontrado el S. E. U. siempre a lo largo de su vicisitud.

Exacta línea de exigencia a la que son leales, con lealtad de hierro y de sangre, los mejores camaradas, que hoy, como ayer, combaten sobre la nieve desalmada y

bajo un cielo angustiado, sin poesía ni liturgia. Su ausencia es la mejor espuela de nuestro corazón; su ejemplo alecciona nuestra tarea diaria. Ellos han estado presentes en nuestro Consejo, y su recuerdo vivo nos mantendrá firmes y tensos en la fe inicial.

Jerarquías, camaradas, ¡Viva Franco! ¡Arriba España!

Día 16 de Diciembre

DISCURSO DEL MINISTRO SECRETARIO GENERAL DEL MOVIMIENTO,

CAMARADA JOSE LUIS DE ARRESE

Camaradas:

Con paso firme, como corresponde a nuestra decisión de avance, hemos llegado al V Consejo Nacional del S. E. U. En él se han tratado temas de profunda necesidad universitaria, pero entre todos ellos quizás dos sean los de mayor trascendencia: uno, la reforma de la Universidad; otro, el robustecimiento del Sindicato.

La revolución materialista, de la que con tanta ansia estamos pretendiendo liberarnos, y a la que con tanto denuedo defienden todavía los partidarios del «ande yo caliente», había llegado a infeccionarlo todo. La Universidad, como la política, se había puesto al servicio del dinero, y ya tanto la cátedra como el título académico no eran otra cosa que procedimientos económicos de entender la ciencia.

Cuando el liberalismo vino, supo muy bien elegir la táctica; supo muy bien que si al hombre no se le coge de joven, no se le coge nunca; que las revoluciones no se hacen en una hora, sino en una generación; y empezó la labor pausada, pero segura, de envenenar el sistema

educativo, y, fijaos bien: la vida perdió tono y se volvió de espaldas a la autenticidad precisamente cuando la Universidad se hizo liberal; precisamente cuando prefirió inhibirse de su función educadora para no violentar la conciencia libre del joven, y se dedicó simplemente a la enseñanza; cuando el Magisterio español, maestro de maestros en las Universidades del mundo, se resignó a convertirse en organismo burocrático de un Ministerio y entró en el escalafón de los empleados del Estado, con sueldos equiparados a los porteros de entrada.

Este era el mal, y ésta ha de ser la labor de la Falange: liberar a la Universidad de la costra que la asfixia; no consentir que quede reducida a una fábrica de títulos académicos, o, en el mejor de los casos, a una fábrica de ciencia a presión.

Una Universidad que sólo sirve para enseñar y no forma al hombre como lo quiere la Falange, es de todo punto inútil en esta hora de España.

Porque enseñar que dos y dos son cuatro y quedar tan satisfechos, seguros de que nadie nos puede contradecir, es algo que repugna a nuestro concepto total de la vida; con dos y dos, en España se ha hecho muchas veces ciento, sin más que poner sobre el signo de la matemática el signo de la Patria.

Por eso la innovación más profunda que se impone a nuestra vida universitaria es, sin duda, la de romper el viejo molde de monotonía orgánica del siglo XIX y hacer que la Universidad forje, a la par que profesionales, espíritus educados para la vida, fuertes de cuerpo y de alma, con la fe puesta en los ideales del Movimiento, que empiezan en la concepción católica de nuestra Historia y llegan a la prestancia y a la agilidad física.

Pero para este hondo sentido educativo, que es el que

importa adscribir a la resurrección de nuestros tradicionales Colegios Mayores, que vendrán a ser en la nueva Universidad verdaderas Facultades de formación religiosa y política, social y física de la juventud, no basta con modificar por arriba el sistema educativo; es preciso también que el estudiante penetre con vocación y arranque en el seno de la vida universitaria.

Quizás alguien nos pregunte cómo debe ingresarse en la Universidad.

Ciertamente, la recluta estudiantil no puede estar basada en el factor económico de las familias. José Antonio dijo que no hay felicidad mayor que la de sentirse acorde con su propia estrella, y empeñarse en sustraer a otros trabajos a individuos no dotados para el intelectual es, además de desacentrarlo, hacer desertores en lugar de servidores, traicionar el espíritu de servicio de la Falange.

Y así, con esta selección y nuestra decisión de triunfo, llegaremos a la concepción firme del Sindicato; a ese Sindicato que está llamado a ser el cerebro de la Falange, y que para serlo el Caudillo le ha puesto ya a la cabeza del Frente de Juventudes, esperanza y porvenir de España.

Camaradas, en vosotros ha de recaer preferentemente el más grave de los servicios: el servicio del mando; pues bien, templad vuestros corazones.

En estos momentos, en que la mediocridad se desborda y los nervios se aflojan, en que ya olvidado el ruido del cañón vuelve la lengua a la murmuración y se busca a derecha e izquierda lugares para la postura cómoda, sed vosotros, universitarios españoles, que ya conocéis el dolor y el sacrificio, los que salgáis en defensa de la autenticidad.

Recordad a todos que mientras unos creen que la política es un problema de apetitos a incorporar, que la

transigencia y la tolerancia son formas de gobierno, y que debemos captar a las personas sensatas y de orden, nosotros sabemos que no hay otra manera de ser falangista que la de ser intransigente. España no es ese círculo donde los problemas se ven a través de la frivolidad en las mesas de cafés más o menos elegantes. España es toda una serie magnífica de pueblos en los que aún el vértigo de la vida no ha borrado el dolor y la esperanza, y a los que, faltando tantas cosas que a los murmuradores sobran, aun tiene el gesto hidalgo de saber creer y de saber esperar.

Camaradas universitarios, cuando volváis a vuestros claustros no habléis en el tono blando; usad el recio de nuestros primeros escuadristas, y si alguien os pregunta con qué derecho habláis tan fuerte, si alguien cree que ponéis hasta insolencia en vuestros deseos, mirad la lista de los caídos del S. E. U., desde Matías Montero hasta Eugenio de Arizcun; mirad los sitios donde cayeron, todavía rojos con su sangre, desde las esquinas de Madrid, cuando todo era miedo y componenda, hasta los hielos de Rusia, y decidles, con el orgullo de nuestro Cardenal Cisneros: «Para hablar así, para obrar de esta manera, ésos son nuestros poderes».

Y para terminar, recordemos una ausencia que es dolor y que es orgullo.

Mientras en esta Universidad estamos reunidos en vigilia de estudio, dos mil camaradas vuestros, con sus Jefes nacionales a la cabeza, están en vigilia de armas sobre la noche helada de los campos rusos.

Algunos han caído ya, han cumplido su último servicio, y esperan de vosotros el fruto de su muerte.

Los demás volverán, con sus banderas desplegadas, a la vida de la Universidad: que el recuerdo de unos y la presencia de otros os anime siempre a llevar a la práctica las enseñanzas de este Consejo.

¡Arriba España! ¡Viva Franco!

INDICE

DIA 9 DE DICIEMBRE

Págs.

APERTURA: Discurso del alcalde de Alcalá de Henares, camarada Cayo del Campo 3
Discurso del Jefe Nacional accidental del S. E. U., camarada Carlos María R. de Valcárcel 7
Discurso del Vicesecretario General de F. E. T. y de las J. O. N. S., camarada José Luna Menéndez 19

DIA 10 DE DICIEMBRE

Conferencia del Secretario Central del S. E. M., camarada Gerardo Gavilanes Verea. Tema: "El S. E. U. y el S. E. M." 25
Conferencia del camarada del S. E. P. Manuel Ballesteros. Tema: "El S. E. U. y el S. E. P." 43

DIA 12 DE DICIEMBRE

Conferencia del Delegado Nacional del Servicio Exterior de F. E. T. y de las J. O. N. S., camarada Felipe Ximénez de Sandoval. Tema: "Relaciones universitarias internacionales" .. 53

DIA 13 DE DICIEMBRE

Conferencia del Delegado Nacional de Prensa, camarada Juan Aparicio. Tema: "Prensa universitaria" 71

DIA 14 DE DICIEMBRE

Conferencia del Asesor Nacional de Cultura del F. de J., camarada Julián Pemartín. Tema: "Asesoría Nacional de Formación Nacionalsindicalista" 79
Conferencia del camarada Antonio Tovar. Tema: "Misión del estudiante en la Revolución Nacionalsindicalista" 83

DIA 15 DE DICIEMBRE

Conferencia del camarada Laín Entralgo. Tema: "Medios de captación del universitario" 97

DIA 16 DE DICIEMBRE

Conferencia del camarada Fermín Izurdiaga. Tema: "El Cardenal Cisneros" 121
CLAUSURA: Discurso del Jefe Nacional accidental del S. E. U., camarada Carlos María R. de Valcárcel 145
Discurso del Ministro Secretario General del Movimiento, camarada José Luis de Arrese 153

Terminóse de imprimir este libro el día 9 de abril de 1942, en TALLERES GRAFICOS MARSIEGA, Menéndez Pelayo, 26, MADRID